



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Rios, Alarcón, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. E.), Araquistain, Anchorena, A. Irujo, Ardaiz, Ariza, Arrieta, Balaguer, Barait, Barzanallana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo, A. senia (D. Pedro), Campomanor, Camus, Canalejas, Cabete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Casurro, Cervino, Cheste (Conde de), Collado, Cortina, Corradi, Coimero, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Cabanque, Dacarrote, Diaz José María, Durán, Duque de Rivaz, Echevarría (J. A.), Espin y Guillen, Estrada, Echeagaray, Epulac, Escosura, Estrella, Eulate, Fablé, Ferrer del Rio, Fernández y González, Fernández Guerra, Fernández de los Rios, Fermín Toro, Flores, Figueroa, Figueras (Angusto Suarez de), García Gutiérrez, Gayangos, Galvete de Molina (D. Javier), Graells, Gimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güell y René, Güelvenzu, Guerrero, Inceaga, Harzenbusch, Iriarte, Zapata, Janer, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lopez Guizarro, Lorenzana, Llorente, Lafuente, Macanaz, Martos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Merco, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Orgaz, Ortiz de Pinedo, Olózaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustín), Perez Galdós, Perez Liria, Pi y Margall, Poy, Rainsos, Rotes, Revilla, Rios y Rosas, Rivera, Riecro, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Ros y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarminaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmorón, Sanroma, Selgas, Segovia, Serrano Alcazar, Sellés, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.  
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.  
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.  
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 28 de Mayo de 1882.

La suscripcion en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.  
 Redaccion y Administracion, Jacometrezo, 65.

SUMARIO.

Revista general, por Hoc.—La cuestion de arceos, por D. Eusebio Asquerino.—Estados Unidos de Venezuela, por D. M. Nuñez de Arce.—Una reunion libre-cambiata, en el teatro de la Comedia, por D. Alfredo de la Escosura.—Los hijos vengadores en la literatura dramática, por el Marqués de Valmar.—De los usos del pronombre él, en sus casos oblicuos sin preposición, por D. J. M. de Bassoco.—Poetas americanos: José Martí, por D. Héctor Florencio Varela.—La mujer ante sus destructores, por D. A. M. Dulimovich.—República Argentina, por D. P. de Navarrete.—Francia de Rimini, por Lear.—La Huerta del Tío Martín, por don Julian Zugasti.—Anuncios.

REVISTA GENERAL.

Por fin aconteció lo que tantas veces y en todos los tonos tenían profetizado al fusionismo los observadores imparciales de la política interior. Exhausta de fuerzas la mayoría, quebrantada diariamente por descontentos y disensiones, que en lugar de calmarse aumentaban más y más, ni uno sólo dudaba que la hora del rompimiento había de llegar, sonando con eco lúgubre en los oídos del señor presidente del Consejo. La actitud inquieta y revoltosa de la mayoría, desde los primeros días de su existencia, falta de una hábil dirección que encauzase sus ideas y sus votos, y la impidiese poner obstáculos a la marcha desembarazada del Gobierno, no podía dar de sí otra cosa. Conjuróse el peligro con la suspensión de las sesiones, creyendo sin duda que unos meses de inacción harían más precavidos y prudentes á aquellos que tan de atolondrados se la echaban; pero al reanudar sus tareas las Cortes, se vió que de nada había servido la indirecta amonestación: los diputados ministeriales tornaban de sus forzadas vacaciones con el mismo espíritu de independencia que se llevaron al marchar á sus distritos; ahora, como antes, la indisciplina era su única ley, y á ningún respeto obedecían, á ningún freno se sujetaban. Sin querer comprender que la union constituye la fuerza, y que solo por su cohesion eran temibles, presentábanse desordenados y dispersos ante las haces compactas de los conservadores, y siempre era nesario emplear á última hora esfuerzos desesperados para que en ellos despertase el instinto de propia conservación. Con semejante espectáculo á la vista, cada cual se preguntaba por el jefe de aquella mayoría revoltosa. ¿Lo era el señor Sagasta? ¿Lo era el Sr. Gonzalez? ¿Por qué entonces permitian que las cosas llegasen á tal extremo, y que diputados de la mayoría combatiesen á los funcionarios públicos, empleando en combatirlos más ardor que en luchar con los enemigos de sus ideas? ¿Cómo toleraban que en el sorteo de secciones fuesen derrotados los candidatos ministeriales por diputados que apoyaban la política del

Ministerio? Los cabildos que hicieron célebre la famosa seccion segunda, los ataques á D. Cándido Martínez, las censuras en plena Cámara al señor Rico, eran síntomas visibles verdaderamente alarmantes, que ningún político previsor debía haber dejado pasar sin inmediato correctivo si eran faltas, sin atencion justísima si eran atinadas reclamaciones.  
 En vez de esto, ¿qué hacia el Sr. Sagasta? Contemplar con sonrisa bondadosa las alharacas de los inquietos ministeriales, sin decidirse á enseñarles el ceño adusto, el ceño de los días de mal humor, tal como padre bonachon que mira sin alterarse las travesuras de sus pequeñuelos, faltó de carácter ó sobrado de cariño para poner orden en las cosas. Esperaba, sin duda, que la edad les hiciera más formales, más sumisos, ménos alborotadores, y todo lo encomendaba al tiempo, achaque general de los españoles, dados de suyo á la apatía y á la dejadez. Y el tiempo trascurrió en efecto, pero fué para alentar esperanzas y dar confianza al vacilante y fuerza al débil. Sin buena dirección desde un principio, el árbol creció torcido, y un día se ostentó fuera por completo del centro de gravedad. No hubo desde entonces quien no se las echase de profeta, y por cierto á bien poca costa, pues en este sentido las profecías no requerían gran suma de perspicacia. Un soplo de viento un tanto fuerte, y el árbol se derrumbaba... Sopló el viento y el árbol se vino al suelo. ¿Tenía que suceder!  
 Por lo mismo no sorprendió á nadie. El mal databa del mismo día 8 de Febrero, y había tenido, por lo tanto, tiempo más que suficiente para gastar el organismo. El descontento de los elementos constitucionales nació ese mismo día. Cuando todos esperaban gozar del triunfo que su perseverancia por una parte, sus declaraciones ultra liberales por otra, les habían dado, la realidad destruyó muchas ilusiones. El centralismo lo invadió todo; Sagasta no fué ministro sino con la garantía del grupo liliputiense que Martínez Campos había hecho fuerte con el mandoble de Sagunto; Romero Ortiz fué relegado al Banco de España; Balaguer ocupó una posición distinta de la á que aspiraba; se desairó á Lopez Dominguez en sus pretensiones por antipatías del ministro de la Guerra; se burló á Navarro y Rodrigo en su afán de ser oído en los consejos de la Corona, y aquí empezaron ya á revelarse los primeros síntomas del mal que ha de dar muerte á la fusion. Despues de desatender á los grandes no se tuvo tampoco consideraciones con los pequeños, y á todo el mundo se disgustó, y la mayor parte de los hombres del parti-

do constitucional sólo conocían que estaban en el poder al leer el nombre de Sagasta en vez del de Cánovas al pie de los decretos refrendados por el rey que publicaba la Gaceta.  
 Tampoco lo conoció por otra cosa la opinion pública, ávida de reformas, ansiosa de libertad. Las promesas hechas en la oposicion, no pasaron de la categoría de tales; al espíritu francamente reaccionario de los conservadores había sustituido el débil é irresoluto de Alonso Martínez, patrocinado por la condescendencia ó la falta de iniciativa de Sagasta.  
 Y aquí está, verdaderamente, la gran muestra de talento político que dieron los disidentes. Se hicieron campeones de las reformas prometidas en la izquierda, que esperaban inútilmente su cumplimiento. Ocultaron tras este velo tupido sus resentimientos personales, y ansiosos de dar la batalla al Gobierno, en cualquier campo que fuese, eligieron uno altamente simpático al país. Y desde que obraron de este modo pasaron por ser los adalides de la libertad contra la incalificable resistencia del Gabinete Enarbolaron la bandera de los principios constitucionales, y allí, á su sombra, se reunieron los desairados, los ofendidos, los pospuestos, para despues de la lucha convencer á todos de que no eran ellos los derrotados, sino los dogmas del partido; de que no eran ellos los mal tratados, sino las mismas ideas de que los vencedores se declaraban partidarios. Los más autorizados constitucionales ¡hablaban así al manifestar cuál era su actitud dentro de la mayoría:  
 «Hoy, en la cuestion de organizacion de tribunales para lo criminal, al lado de los resueltos defensores del Jurado; mañana, en la ley de imprenta, con los que defiendan la legislación comun y el Jurado, es decir, el voto particular que en representación de la minoría constitucional, sostuvo el Sr. Balaguer; otro día, y al tratarse del juramento, apoyando la supresion; y cuando se trate del sufragio, ó de re-forma de la ley municipal, defendiendo siempre los principios y soluciones de nuestro partido, sin consideracion alguna á las personas, ni á las especiales circunstancias que nos rodean.»  
 Presentado al Congreso el proyecto de juicio oral y público, dióse lectura del voto particular del Sr. Linares Rivas, pretexto buscado para el rompimiento definitivo. Los principales disidentes hablaron, exponiendo sus opiniones francamente liberales, y presentándolas en frente de la irresolucion del Ministerio, recordaron los compromisos contraídos; y su influencia arrastró á muchos y sus palabras convencieron á no pocos. En vano el presidente del Consejo declaró cues-

tion de Gabinete la aprobacion del proyecto: veintiocho diputados votaron con el Sr. Linares Rivas; veintidos diputados se abstuvieron con el Sr. Navarro y Rodrigo.

El voto particular fué, pues, desechado y los ministeriales cantaron victoria; pero no eran sus voces las de un ejército triunfante, sino más bien las de una tropa quebrantada, para quien la fortuna ha sido tan dura como el desastre.

Y es que aquellos veintiocho diputados que se apartaron del Gobierno, no se llevaban sólo su influencia personal, sino la bandera del partido y las ideas sustentadas en la oposicion, y á las cuales debió este su elevacion al poder; y nuevos Eneas de la política, iban á navegar por mares desconocidos, llevando consigo los dioses lares de sus principios ignorantes de la playa hospitalaria á que podrían arribar.

Todo el interés de la pasada quincena se cifra en estas preguntas: separados del Sr. Sagasta, ¿qué harán ahora los disidentes? Apartado de los hombres más importantes de su partido, Linares Rivas, Balaguer, Angulo, Lopez Dominguez, Gonzalez Fiori, ¿qué hará ahora el Sr. Sagasta?

Preguntas á que el tiempo se encargará muy en breve de dar oportuna contestacion.

Confirmando los vaticinios que algunos pesimistas hicieron con motivo de la lamentable actitud de Cataluña frente al nuevo tratado de comercio franco-español, han aparecido algunas partidas en aquella parte de la Península, pero movimientos aislados que nada significan ni representan, el Gobierno no las concede gran atencion, y lo mismo hace la opinion. Perseguidas por fuerzas del ejército, se desbandan y merman diariamente, sin que nada dé á entender que han de hallar eco en parte alguna.

Y nada más ocurre en nuestra patria, que sea digno de mencion.

\* \*

Algo más graves son las noticias que el extranjero proporciona á nuestra Revista.

Parece que un mal génio acompaña á la libertad y se complace en poner ante ella obstáculos difíciles de vencer y vallas difíciles de salvar. En el progreso es donde más se nota esa ley fatal é ineludible que quiere que los campos del porvenir se abonen con sangre, fecundante rocío que hace germinar las ideas más puras y grandiosas. Así como los despojos humanos hacen fértil la tierra en que descansan, así también en la esfera moral los mártires fertilizan el punto en que cayeron.

Siempre sucede lo mismo. La historia de ayer es la historia de hoy, la historia de mañana. El personaje es siempre el hombre; la atmósfera que le envuelve es siempre la atmósfera de la ignorancia, de las preocupaciones: sólo cambian el lugar de la accion y la época del suceso.

Hace veinte días saludáramos con amor la nueva Era que se abría para Irlanda, ese país agitado por las convulsiones que preceden á las grandes crisis sociales. El Ministerio Gladstone deponía su antigua severidad; declaraba en pleno Parlamento que no plantearía las leyes coercitivas; en arras de su promesa otorgaba su libertad á los sospechosos, y al período de represion iba á suceder un ensayo de transigencia, de perdon, de olvido... M. Forster, secretario general de Irlanda, presentó su dimision, siendo sustituido por lord Cavendish, que fué á tomar posesion de su destino, mientras Gladstone defendía ante la Cámara sus nuevos proyectos; confesaba la impotencia de las medidas del rigor para conducir al bien y volver al redil la oveja en mal hora descarriada, y rechazaba con indignacion las palabras de los conservadores que le acusaban de haber hecho un pacto con los hombres de la Liga Agraria. Dominando el Parlamento como triste agorero de desventuras, M. Forster presagiaba males sin cuento, y se dolía ante un porvenir que entreveía preñado de desgracias.

Y sus vaticinios se realizaron. Los odios que el terror no se había atraído, los despertó la libertad. El génio de la represion se había hecho temer, el génio de la benevolencia se hizo odiar. Fué cosa de un momento, algo como un relámpago que rasga momentáneamente el horizonte, cuando parece haber cesado la tormenta. Dos nubes han chocado, y se produce el trueno, y se enciende el espacio, y la exhalacion cae y hierre, y mata, y se hunde luego en el seno de la tierra dejando absortos á los mortales que no la esperaban, á los campos que parecían libres de la tempestad. Así que llegó á Irlanda lord Cavendish se encargó del mando que se le había confiado; paseando estaba en *Phania Park*, el paseo más frecuentado de Dublin, cuando unos desconocidos se acercaron á él y á su secretario M. Burke, que á la sazón le acompañaba. Formóse un grupo, pero los paseantes no hicieron caso y cada cual siguió su paseo. Cuando el grupo se deshizo, lord Cavendish y M. Burke yacían en el suelo, con el cuerpo acibillado de heridas, y unos hombres huían á lo lejos. Habíase cometido un crimen, y un crimen horrible. El mensajero de la paz había sido asesinado; la sangre había rociado el ramo de oliva con que acababa de presentarse al pueblo de Irlanda. ¿Quién eran los asesinos? Veinte días han pasado desde entonces y aún permanecen sus nombres en el misterio más profundo. La noche ha envuelto el crimen en su en-

lutado ropaje, amontonando sombras impenetrables ante los ojos de la justicia de los hombres.

El telégrafo prestó sus alas á la triste nueva. El estupor que produjo fué inmenso, indescriptible. A la sorpresa del momento, siguió una explosion de cólera indignacion. Irlanda no quiere la paz; tendrá la guerra. Puesto que en ella sólo el rigor es inviolable, tendrá el rigor pesando como una maldicion sobre su frente. Los mismos que acogieron con alegría la aurora de la indulgencia fueron los primeros en volver sobre sus pasos, y desandar en un instante el camino penosamente hecho. El Gobierno presentó al Parlamento una nueva ley para Irlanda, y el Parlamento la aprobó por unanimidad, y la opinion pública la sancionó con sus aplausos. Otra vez reina en Irlanda la amenaza. En virtud de la nueva ley, una de las más severas que se han dictado en Inglaterra, el ejercicio del Jurado queda en suspenso por tres años, y tres jueces del Tribunal Supremo serán los encargados de castigar los delitos que se cometan. Se dan al virey atribuciones dictatoriales extraordinarias, y se le concede por ellas el derecho de suprimir periódicos, disolver reuniones y disponer á su arbitrio cuanto se refiere á la seguridad individual. Además, todos los habitantes de una parroquia ó de un distrito, pueden ser responsables de aquellos crímenes que se cometan y cuyos autores no sean descubiertos.

Dura en demasía es la ley, pero el último atentado ha hecho tan patente la necesidad de armarse contra el crimen, que ni una voz sola se ha levantado contra ella; los que hubieran querido protestar han retrocedido ante la idea de ser calificados de simpatizadores de los asesinos. Los individuos de la Liga Agraria se han apresurado á publicar manifiestos en que declaraban su indignacion por el repugnante delito que acaba de manchar el suelo irlandés con mengua de los fueros de la hospitalidad. Se han prometido grandes sumas á quien dé detalles sobre los asesinos ó coadyuve á su captura. En la creencia de que se hayan embarcado para los Estados Unidos, se han tomado serias disposiciones, y si es así, los criminales serán presos al poner el pié en la libre tierra americana que no quiere hacerse encubridora de tan salvaje delito. Pero hasta ahora todos los esfuerzos han sido inútiles; varios individuos presos por sospechosos en los primeros momentos, recobran su libertad por no resultar cargo ninguno contra ellos, y las dos víctimas de pasados abusos yacen aun sin venganza, y sus asesinos permanecen ocultos á las pesquisas de la policia y á la espectacion del mundo.

¿Qué interés ha motivado el crimen, que precisamente por las circunstancias en que se perpetró y por la mision de que estaban encargadas las víctimas es tanto más horrible y repugnante? Si los asesinos pensaban en mal hora contribuir á la redencion de Irlanda, ¿cómo no pensaron que en tales momentos, cuando iba á ensayarse una nueva política, política de expansion y libertad, los efectos que un crimen produjera habian de ser por necesidad contraproducentes? ¡Desgracia inmensa, fatalidad inconcebible la que hace que los odios engendrados por la tiranía caigan sobre la frente de la libertad!

Ante estos hechos en que tanto abunda la historia de la humanidad, el más fuerte siente momentos de vacilacion, momentos de duda, en que llega á discutir la libertad, que es indiscutible, á admitir el imperio del mal sobre el bien, lo que es absurdo. Hace falta mucha fé, mucha confianza, una conviccion muy fuerte, unas ideas muy arraigadas para no caer en el excepticismo, para creer, para no odiar á los hombres, para no renegar de las ideas.

\* \*

Lo que ha dado en llamarse cuestion de Egipto, ha preocupado la atencion pública en Europa durante la última quincena.

Conocido es de todos el origen del conflicto. Acusados de rebelion contra el ministro de la Guerra Arabi-Bey, varios oficiales circasianos fueron sometidos á un consejo de guerra y condenados á muerte por tan temible tribunal. Levada la sentencia al Jedive para su sancion, negóse éste á firmarla, oyendo las excitaciones de los cónsules extranjeros. Ante esta actitud, el Ministerio, en vez de presentar su dimision, como parecia natural que así lo hiciera, se declaró en rebeldía contra el Jedive y, sin consultarle, dispuso la reunion de la Asamblea de notables á la cual debía presentar íntegra la cuestion.

Noticioso el sultan de Turquía de lo acaecido en Egipto, telegrafió al Jedive, dándole seguridades de que todo se arreglaría por su intervencion; pero Inglaterra y Francia están hartas interesadas en mantener en aquel país su preponderancia, y ante la perspectiva de que un conflicto ocasionado por causa de tan poca trascendencia pudiera motivar complicaciones que alterasen el equilibrio europeo, decidieron, obrando de acuerdo, y despues de consultar á las demás potencias enviar sus escuadras reunidas á Egipto para proteger los intereses europeos é impedir la ingerencia de Turquía, á no ser que ésta se comprometiese solemnemente á reembarcar sus tropas apenas quedase de nuevo restablecida la disputada autoridad de Jedive.

En estos últimos días, la cuestion ha adelantado poco. Arabi-Bey ha declarado que apenas la es-

cuadra turca se presente, él se refugiara en la ciudadela, llevándose, como rehenes, á todos los habiajes otomanos; el presidente de la Asamblea de los Notables y los cónsules extranjeros, tratan de llegar á una inteligencia entre el Jedive y sus ministros, inteligencia á que se resiste el primero, que quizá se refugiara en Alejandría, donde ya están ancladas las escuadras inglesa y francesa, sino temiese á los trabajos que, en su ausencia, podía hacer para destronarle Arabi-Bey.

Es indudable que la intervencion extranjera ha dado á esta cuestion, puramente interior, de Egipto, caracteres extraordinarios, tintes que no debia tener, y que la elevan hasta el grado de ser hoy una preocupacion de la política europea; el fanatismo musulman ha sabido sacar partido del actual estado de cosas, y la situacion del Jedive se ha hecho más delicada, pues el ministro rebelde ha podido enlazar su causa á la causa de la independencia del Egipto. Pero no se puede menos de reconocer que hay en el fondo de esto algo que en un principio no se ve; que escapa nuestra penetracion, pero que no por eso deja de existir. No toma tales proporciones el descontento de un ministro con su soberano, si aquél no tiene atrás de sí el sentimiento popular.

\* \*

En cambio Portugal está de fiesta, celebrando hace algunos días el primer centenario del nacimiento del gran estadista portugués Sebastian José de Carvalho y Melho, marqués ilustre de Pombal.

Hijo de un capitán de caballería y formado en el odio á la aristocracia y al jesuitismo; encargado de varias misiones diplomáticas en los Gabinetes de Viena y Londres, su matrimonio con una condesa austriaca y los servicios que había prestado al trono le valieron el favor y la amistad del rey José I, que en 1750 le nombró su secretario de negocios extranjeros y de guerra, y en 1755 su secretario general.

Causa admiracion verdaderamente su lucha con la nobleza y con el jesuitismo, llevada á cabo con una tenacidad pasmosa y una fortaleza de que hay pocos ejemplos en la historia. Combate á la primera robusteciendo á sus expensas el poder de la Corona; vence al segundo confiscando los bienes de la Compañía, trasladando á 600 de sus miembros á Civitta-Vecchia, y consiguiendo del Papa Clemente XIV un breve que daba por disuelta la Compañía de Jesús en 21 de Julio de 1773.

En 1755 dictó su célebre ley, por la cual ponía en vigor otras no obedecidas, y decretaba la libertad de los indios en las colonias portuguesas, resucitando una de 1747 en la cual se prevenia que aquellos desgraciados *pudiesen servir y trabajar libremente con quien más les conviniese y les pagase su trabajo*. En 1764, para acabar con el abuso que hacia la Iglesia de las excomuniones, dispuso que el rey conociese en las dictadas contra magistrados, tribunales, etc., lo cual daba á la majestad el derecho de intervenir también en las lanzadas contra toda clase de personas. En 1773, decidido á terminar con la distincion de cristianos viejos y nuevos que dividía á los católicos en castas enemigas, hacia que el rey, como señor soberano que en los asuntos temporales no reconoce superior en la tierra, como protector de la Iglesia y supremo magistrado, declarase nula esta distincion, considerando á unos y otros iguales en todos los derechos.

La muerte del rey José I, acaecida en 1777, ocasionó la retirada del marqués de Pombal, poco simpático á la reina doña Maria. Cinco años vivió lejos del poder sufriendo toda clase de vejaciones y torturas por aquella reina que, influida por una corte fanática, desconocia los servicios que prestara el valido á su corona. Al cabo de esos cinco años murió, dejando su nombre escrito entre los libertadores del pueblo. Revolucionario decidido, fué un noble precursor de los principios del 89, y obra suya es la pérdida de la influencia jesuitica en Portugal y sus colonias. Al celebrar su centenario nuestros hermanos los portugueses, no hacen sino pagar á la memoria del ilustre marqués el tributo de gloria que su gran obra merece.

HOE.

## LA CUESTION DE ARROCES.

Es esta cuestion de tan vital interés para la hermosa ciudad de Turia, la encantadora Valencia, que los que conocemos este rico producto de su privilegiado suelo y admiramos el perseverante y laborioso trabajo que emplean sus inteligentes hijos en el cultivo de tan preciosa semilla, que constituye la base fundamental de su riqueza agrícola, no podemos menos de consagrar nuestra preferente atencion y salir á la defensa de sus intereses, amenazados por la pretendida introduccion en España, libre de derechos, del arroz extranjero para desembarcarlo y trasportarlo á Cuba ó Puerto-Rico.

No nos impulsa solamente al exámen de esta cuestion, importantísima bajo todos aspectos, el afecto sincero y vehemente que nos inspira la patria esclarecida de Vives, Escolano, Juan de Juanes y otros varones eminentísimos en todos los ramos del saber humano, sino el culto más eleva-

do de la equidad y de la justicia á que rendimos homenaje.

Tienen razon sobrada los propietarios arroceros de la provincia de Valencia en la exposicion que han dirigido al ministro de Hacienda, y que hablan en nombre de autoridades tan respetables y justificadas como lo son el Consejo de gobierno de la Sociedad de Seguros Mútuos Agrícolas, La Edetana y delegados de la Sociedad Económica de Amigos del País, Sociedad Valenciana de Agricultura, Liga de Proprietarios y de la Junta de gobierno de la acequia real del Júcar y del canal del Turia.

Constituyen estas ilustres sociedades personas dignísimas, resplandeciendo á la cabeza de la comision permanente un patricio nobilísimo, dotado de preclara inteligencia, de actividad prodigiosa en todos los negocios que afectan al porvenir de su patria, que ama con entusiasmo profundo: no conocemos un valenciano más entusiasta que se dedique con la solicitud más viva, con la abnegacion más generosa, con la energía de carácter más íntegro y decidido por el fomento de la riqueza de su país, y al mismo tiempo más celoso del esplendor de sus antiguas glorias, de los timbres y blasones que, cual riquísimos diamantes, esmaltan la corona histórica de la ciudad del Cid, conquistada por el heroico rey Don Jaime; no hay, repetimos, quien atesore con tal magnificencia tan superiores dotes del alma como nuestro antiguo y queridísimo amigo el señor don Juan Baullista Tamarit y Vives, marqués de San Joaquin.

No imaginen los lectores habituales de LA AMÉRICA que la antigua amistad que profesamos al presidente de la Edetana y de la mencionada comision permanente, hace brotar de nuestra pluma elogios exagerados. Las muchísimas personas que en Valencia, como en Madrid, le conocen en su vida íntima, y que pertenecen á todas las esferas sociales, desde las más elevadas hasta las más modestas, estamos plenamente convencidos, si leen nuestras frases, que abundarán en la expansion de nuestros sentimientos y apreciarán la verdad de nuestro juicio.

Y, por último, un rasgo basta para fotografiar la fisonomía moral de nuestro amigo. En nuestro desgraciado país, donde se prodigan en todas las situaciones políticas las distinciones honoríficas sin títulos con frecuencia merecidos; en que se eligen diputados y senadores, desconocidos muchas veces en los distritos y en las provincias que los nombran, porque carecen de la celebridad á que por sus talentos ó por sus servicios son acreedores, á ser adoptados por ciudades ó provincias en las que no han tenido el privilegio de nacer; el marqués de San Joaquin, á pesar de tantos merecimientos, á su edad, ya madura no ha obtenido, es decir, no ha aspirado á obtener los sufragios de los electores para representar á su país en el Congreso ó en el Senado.

Y la verdad es, que á sus cualidades personales reúne la independencia que dá la fortuna, asociada á la independencia del carácter; pero nuestro amigo vive ageno á la ambicion, y cifra su felicidad sólida y verdadera en el purísimo y tierno goce de los afectos domésticos en el seno de una familia adorable, espejo clarísimo de una virtud acrisolada.

Allí tambien le ha herido el rayo de la adversidad robándole á su cariño inmenso un ángel de candor que elevó sus alas á célicas regiones.

Peró descendamos de estas alturas á analizar el documento notable que tenemos á la vista, y que revela las diversas fases que ofrece la introduccion del arroz extranjero ó de la India que suponía en cáscara la casa de Perez Odriozola de Santander, pretendiendo pagar solamente en aquella Aduana los derechos marcados en el arancel vigente, 4 pesetas por cada 100 kilos, en vez de las ocho pesetas que adeuda el blanco, ó descascarado.

Esta pretension injustificada fué desatendida por la Direccion de Aduanas, merced al informe luminoso de la Junta Provincial de Agricultura, Industria y Comercio, de la Comision permanente y el Consejo de la Edetana, que demostraron con sólidos argumentos y razones justísimas que la renta de Aduanas y la produccion nacional, iban á ser perjudicadas en extremo.

Mas es una cualidad inherente á la naturaleza humana, el no ceder un ápice en la realizacion anhelada de sus proyectos, que desechados bajo una forma, se revisten y disfrazan de otra nueva, y persigue con incesante empeño el logro apetecido, y esta insistencia del interés y del lucro, aun á costa del menoscabo y detrimento de otros intereses que deben ser atendidos y respetados, estimuló á la citada compañía de Santander á asociarse con los navieros y consignatarios de Barcelona para pedir de nuevo á la Direccion de Aduanas que autorizase la introduccion en la Península de arroz extranjero, en *súcio ó bruto, libre de derechos para su blanqueo y exportacion del reino*. Con este objeto, están establecidas hace un año en Santander máquinas en gran escala, y en Barcelona se han montado los primeros aparatos para el blanqueo del arroz.

Aparece probado, que á pesar de las reclamaciones de la Junta Provincial de Agricultura, Industria y Comercio de Valencia, para que se le remitiese copia de la solicitud original sobre la que se le pedia su informe, así como á todas las Juntas de igual índole del litoral Mediterráneo y Cantábrico, no se ha estimado tan perentoria so-

licitud, para evacuar el informe pedido con verdadero conocimiento de los extremos que abraza, y ha consistido sin duda esta indolente apatía, ó premeditada intencion de no acceder á una demanda de justicia tan evidente, con el fin que se trasparenta de involucrar y confundir los términos de la cuestion, empleando una frase nueva, el arroz en bruto, que no puede ser otro, ni más ni ménos, que el anterior blanqueado en casi su totalidad. Esto se llama adulterar el sentido de las palabras, para expresar una misma idea.

Bien merece respeto y consideracion una industria que se distingue desde remotos tiempos por su brillante historia.

Costoso fruto de seculares sacrificios su cultivo, es gloriosa herencia de los árabes inmortales por sus profundos conocimientos en las ciencias y en la agricultura, desarrollada al amparo de sábias leyes dictadas por los monarcas aragoneses y sus sucesores. Se ha creado su riqueza, legítimamente adquirida, en inmensos terrenos, antes insalubres y mortíferos, que han inmolado á muchas juveniles generaciones, terrenos que no son fecundos para otra produccion, y que han prestado los incalculables y benéficos bienes de sanear dilatadas y extensas comarcas infectas y palúdicas. Ya en el siglo décimo cuarto, quedaron yermas y sin cultivo las que estaban situadas en la parte baja de la ciudad, en sus vastos territorios de Ruzafa y Alfafar, hasta el mar y la Albufera, cubiertos de aguas cenagosas, cuyos miasmas pestilenciales difundieron el luto y la consternacion en las familias, por las malignas fiebres intermitentes que diezmaron las villas más populosas; algunas fueron sepultadas en el polvo, y son mudos testigos de los estragos horribles engendrados por las dobles plagas de las pestes y de las guerras, las informes y venerables ruinas que aún quedan en pié, respetadas por el tiempo destructor, en los distritos de Alcira y Alberique. Tristes monumentos de grandezas eclipsadas.

Un rey, apellidado el Magnífico, no podia mirar con indiferencia las calamidades que abrumaban á los valencianos, y devolvió al laborero las tierras, saneándolas de las aguas pantanosas: con el humanitario pensamiento de repoblar aquella zona, condonó á los nuevos cultivadores el tercio diezmo, y con el fin de obligarlos á mandar los brazales y escorrentías de sus fronteras que espelieran las aguas estancadas, ordenó el nombramiento de Acequero, y que los jurados de la ciudad de Valencia ejercieran el derecho de conceder las tierras y gobernar las aguas de dichas comarcas.

Estas ordenanzas en beneficio comun enaltecen la memoria de don Pedro II de Valencia, IV de Aragon, y constan en el Real Privilegio que dió en Barcelona en 10 de Agosto de 1386, que lleva en el Código valenciano el número 133 titulado, *Provisió sobre les terres de les marchals*.

Además, los nuevos pobladores fueron favorecidos y estimulados, con la escepcion especial de pagar censos y sus atrasos, diezmos, primicias y otras prerrogativas por diez años.

En la bien concebida exposicion, abundante en datos, que nos suministra materia para escribir este artículo, campea el argumento irrefutable, convincente, de que *las tierras pantanosas de la provincia, niveladas por incesante trabajo, ya no permanecen estancadas, sino que pasan constantemente de campo en campo hasta el mar ó la Albufera; las poblaciones, en cuyos términos se cosecha el arroz, han mejorado en salubridad, y si se anulase esta cosecha por poca premeditacion, volverian con el abandono de los numerosos canales de riego y sus derivaciones, cuya limpieza es constante, costosísima y necesaria, á ser nuevamente focos infectos de mortandad, miseria y despoblacion, porque la inmensa mayoría de los arrozales cosechados en terrenos bajos, no sirven para otro cultivo*.

La incontrastable fuerza de estas razones es tan poderosa y tan evidente, que no puede existir un gobierno, un cuerpo consultivo ó una autoridad, por elevada que sea su gerarquía, más ó ménos extraña á esta cuestion, que se atreva á dar un informe, á dictar un fallo contrario á la equidad que vulnera el derecho, menosprecie la justicia, cause la ruina de millares de familias y derrame el luto, la peste, la miseria y la muerte en aquellas regiones privilegiadas por el arte y por la naturaleza para el cultivo del arroz.

Es preciso conocer aquellas comarcas, haber vivido algun tiempo en Valencia y visitado algunas poblaciones importantes de su provincia para apreciar en todo su valor, el trabajo asiduo de sus hijos laboriosos, la frugal alimentacion de los labradores; y en la ciudad como en el campo, el pueblo, á pesar de sus privaciones y de sus necesidades, ostenta un carácter alegre, una imaginacion viva, que resalta y resplandece, sobre todo en sus *festetas*, que hacen lucir los primores de su ingenio, porque los valencianos son artistas por excelencia, sobresaliendo en el arte pirotécnico, en la animacion de las veladas, y patentizan en todos sus actos que son los herederos de los árabes, y no pueden olvidar sus antiguas tradiciones.

Y ya que hemos aludido al carácter valenciano, al correr de la pluma, como expresion espontánea de nuestras impresiones y de nuestros recuerdos, debemos defenderle contra la acusacion que se le dirige por personas que no le conocen como el autor de estas líneas, que rinde verdadero tributo á sus excelentes cualidades, rechazando la torpe

calumnia que le atribuye una índole agresiva que amenaza la seguridad individual, y nosotros, que hemos atravesado de noche, á pié, muchos meses, y aun algun año entero, solitarios, sus campos; que vivíamos en la alquería de la Cadena, más allá del Cabañal, del Cañaverol, del Cabo de Francia; que hemos ido á altas horas desde el Grao á Valencia, cruzando tambien sus desiertas calles, jamás hemos sufrido la molestia más leve, nadie se ha interpuesto en nuestro camino, y siempre recordaremos á Valencia con afecto profundo, á la ciudad hospitalaria, en la que hemos recibido testimonios indelebles en nuestra memoria y en nuestra alma de cariñosa amistad y de esquisita deferencia.

Para hacer patente la importancia de la produccion arrocerá, basta á nuestro propósito copiar de la citada exposicion las cifras siguientes: Mantiene hoy á 108 pueblos, da trabajo á más de 20.000 braceros de las provincias limítrofes, de Castellon, Alicante y otras, con buenos jornales; la de Valencia contiene 360 á 370.000 hanegadas. Las de Tarragona, Castellon y Alicante 130 á 140.000, y forman un total de 490 á 500.000 hanegas.

Se calcula su valor en 700 millones de reales, y su produccion ánuua en 150 millones que se distribuyen como sigue: 70 millones en jornales de braceros y caballerías, 33 en abonos, 33 en arriendos, 2 en pensiones, cequiages, mondas, etc. y 12 en beneficios para el colono, total; 150 millones.

La de Valencia sostiene tambien 150 molinos de arroz con más de 200 piedras, y un valor de 35 á 40 millones de reales, empleándose en ellos diariamente 1.500 á 1.800 operarios, que ganan de 12 á 15 rs. diarios, sin contar el comercio de cabotaje, la inmensa carretería y ferro carriles que se ocupan en sus trasportes y la relacion proporcional que tienen con la de Valencia las provincias de Castellon, Tarragona y Alicante.

Estas cifras son tan elocuentes, derraman una luz tan viva, que desvanecen las nebulosidades de la duda, sobre los perjuicios y daños incalculables que reportaria esta industria que contribuye con enormes tributos á sostener las cargas públicas, á aumentar el tesoro de la nacion.

Y es incontestable el argumento de que para favorecer á los navieros ó consignatarios, no es condicion precisa que se lleve el arroz de la India á nuestras provincias de Ultramar desde Santander, porque se puede llevar directamente á aquellas desde el Asia. Esta observacion no admite réplica.

Y existiendo desde muy antiguo en Valencia centenares de molinos, esta industria puede crearse y favorecer con ella mucho más á nuestras provincias hermanas de Ultramar.

El tráfico entre Asia y América se puede utilizar en bien de la industria, del comercio y de los navieros, porque la oposicion de Valencia *no impide el funcionamiento de un tráfico y de una industria importantes que contribuyen al movimiento comercial de otros países y que no es contraria á los intereses de la patria, porque continúa entregado á manos extranjeras el comercio de las provincias españolas de Ultramar*.

Lo que Valencia rechaza con justicia, es que el arroz indiano haga tránsito en Santander, porque mataria la industria nacional; monte en buen hora sus artefactos en Cuba, mercado de consumo, que le lleven nuestros navieros desde la India, centro productor; pero querer traerlo á España, soportando los cuantiosos gastos de *recalar los buques, de desembarco, acarreo al artefacto de descascarar, desensarse del grano, y luego nuevo envase, nuevo acarreo, nuevo embarque, nueva salida de los buques para transportarlo á Ultramar, con otro embarque y nuevo acarreo*, son operaciones tan complicadas, que al mismo tiempo que ponen de relieve la pericia y el conocimiento exacto y minucioso en todos sus detalles de la comision permanente valenciana, dejan entrever sin ambigüedades ni circunloquios, que no aparece muy sincera la peticion de los señores Perez Odriozola, de Santander, que abraza horizontes y perspectivas de ganancias, siempre legítimas, cuando no redundan en detrimento de sagrados derechos, de intereses inmensos que son la vida de millares de familias.

Y no es ménos acertado el juicio de que el tendero ó acaparador del arroz asiático recibiria exclusivamente el beneficio del menor precio de aquel, resultando insignificante para el consumidor, mientras el pueblo infeliz se veria privado de las ventajas reconocidas de la circulacion de 150 millones anuales, que dá vida á otras industrias secundarias, crea riquezas múltiples, que se distribuyen entre clases productoras, y la fecunda semilla que brota de su suelo férax, merced al laboreo constante de los incansables labradores, son el alimento habitual de todos sus hijos.

La introduccion de los arroces extranjeros libre de derechos, para blanquearlos en la Península, produciria la consecuencia funesta é inevitable de la inmoralidad del fraude: por desgracia, muchos hechos, más ó ménos recientes, atestiguan el vicio profundo de que adolecen la administracion pública, y los comerciantes de mala fé; es claro que existen honrosísimas escepciones de probidad y de rectitud, pero recuerdan muy oportunamente los señores que firman la exposicion, que en el año 1861 fueron defraudados considerablemente los derechos del Estado en la misma Valencia, y que se instruyó una causa con este motivo, por la que fueron condenados á presidio varios

empleados en la Hacienda, y tres ó cuatro comerciantes muy conocidos en aquella capital. Estos deplorables abusos autorizan á creer tristemente en la posibilidad de introducir mayor cantidad de arroz en cáscara del que se declare en las Aduanas, y también introducir el arroz blanco extranjero, en grande escala, cual si fuese arroz en cáscara, de esponderlo en el país ó trasladarlo á las Antillas como nacional, por su forma igual al valenciano, obteniendo las ventajas arancelarias á su entrada en aquellas islas.

Los arroceros valencianos enviaron hace tiempo comisionados á Londres y á Liverpool, para estudiar la cuestión del arroz indiano, y la conocen tan perfectamente, que por la intervención del cuerpo consular adquirieron copiosas muestras de todas clases, que presentaron al ministro de Hacienda, observando el dato importantísimo de que *arroz completamente rojos ó en cáscara no salían de la India para Europa, sino descascarados imperfectamente con maquinillas, por los indios, cuyo arroz blanco llaman los valencianos essequell, que corresponde al que aquí produce el primer pase de muelas, y que es el que llama en bruto la casa Perez Odriozola, con lo que se economiza el flete, que sería mucho mayor en su estado primitivo, ó sease completamente en cáscara, como sale recién trillado de las eras. De esta manera, llevados á Inglaterra, se blanquean los arroces de las clases que el comercio demanda, y de esta especie imperfectamente blanqueado, ó como la casa Odriozola llama ahora, en bruto ó súcaro, era el que el verano último quiso introducir pagando los derechos de Aduana, bajo el supuesto falso de ser en cáscara, que como se ha visto son una mitad de los del blanco.*

Está demostrado que el arroz en bruto ó imperfectamente blanqueado, es el único que se importa del Asia, para su venta en los mercados de Inglaterra y de Alemania, que es el que se pretende importar en España.

Por cálculos muy exactos aparece que el arroz extranjero blanqueado perfectamente, sale á 12 reales 78 céntimos arroba valenciana, y pedido en grandes partidas á los puertos de Inglaterra ó Alemania, puede resultar á 10 reales 78 céntimos.

El coste de cultivo en la provincia de Valencia, perfeccionándolo al estado de cilindrado que ha servido de tipo para la cuenta del blanqueo del Asia, sale al precio de 22 reales 50 céntimos arroba, con una diferencia en igual clase de arroz de 11 reales 72 céntimos, por arroba; es imposible que pueda subsistir la producción del arroz valenciano por lo dispendioso de su cultivo, con la competencia de los arroces extranjeros.

Se destinan inmensos y feraces terrenos que no exigen abono alguno para el cultivo del arroz en la India, que se cria casi espontáneamente en seco; sembrado en Junio, cogido en Noviembre, sólo se dá una reja á la tierra con búfalos, cuyo jornal de un par cuesta 2 reales 50 céntimos, y 1 real 25 céntimos cada peon.

Se exporta el arroz por los rios hasta el mar, muy próximo á los arrozales, que no necesitan capital alguno, porque son concedidos por la Municipalidad á quienes los piden. Como los gastos son de tan poca monta, se puede ceder dicho grano á un precio menor siempre de 2 reales barchilla; así lo demostró la Sociedad *Edetana*, años atrás, y fué reconocido así mismo por el Consejo Real de Agricultura.

Aún cuando el introductor del arroz extranjero abonara el derecho de arancel vigente de 4 reales por arroba, el destinado al consumo en la Península ascendería sólo á 14 reales 78 céntimos, y el del país no puede cederse á menos de 22 reales 50 céntimos, en el punto de producción, y se ha de recargar, cuando ménos, en 2 reales arroba por los gastos de transporte á los puntos de consumo.

Hemos resumido y condensado en este artículo el espíritu de las manifestaciones de los propietarios arroceros valencianos, y hasta la forma que revisten nos ha servido para llevar al ánimo de nuestros lectores la convicción de la justicia que les asiste.

Y no debilita en lo más mínimo el vigor con que defendemos sus indisputables derechos, la afición, ya muy antigua, que profesamos á Valencia y que nos estimulará siempre y en todas las circunstancias de la vida á abogar por sus legítimos intereses, ya se refieran á los que afectan á los gremios que están bajo la custodia activa y vigilante de nuestro querido primo, D. Estanislao García de Monfort, uno de los más eminentes jurisconsultos del ilustre foro de aquella ciudad, campeon decidido, elocuente y autorizadísimo del progreso y de la democracia, que le distingue con especial predilección por sus talentos reconocidos y por sus servicios perseverantes á favor de tan noble causa, como los que tengan relación con otras industrias, por más que resalten en su abono los juicios más ilustrados y competentes de nuestros estimables colegas valencianos, que son el ornamento de la prensa por su elevado y concienzudo criterio, que en todos resplandece, y con los que nos ligan vínculos fraternales.

Si, vínculos fraternales nos unen con un país querido también por nuestro inolvidable hermano Eduardo, que mereció la honra singular de ser elegido en dos diversas legislaturas senador de la provincia de Valencia.

¡Ay! ¡Cuántos recuerdos tiernísimos y tristes se agolpan en tropel á nuestra imaginación desde

los primeros días de la juventud ardiente y entusiasta en que el hermano de mi alma, y el conmovido relator de estas memorias, aspirábamos el perfume delicado de la amistad valenciana, al mismo tiempo que el fragante aroma de su vergel de flores! ¡Ay, cuántos estíos ardorosos hemos refrescado nuestro cuerpo en las argentinas ondas de su mar azul como su cielo y apacible como un lago! Valencia adoptó á mi hermano, Castellon y Segorbe adoptó al que nunca puede olvidar tan señalados favores! Los dos fuimos representantes del reino de Valencia. Uno en el Senado, otro en el Congreso.

Si con tan honrosos títulos nos han favorecido los hijos magnánimos de aquel país delicioso, ¿no hemos de consagrarle el testimonio público y solemne de nuestro profundo reconocimiento?

Reciban además el homenaje de nuestro cariño los numerosos amigos, que en todas las clases sociales nos distinguen con su simpatía, que tanto agradecemos.

Y no olvidamos á esa pleyade ilustre, á esa juventud esclarecida que, no es ya solo la esperanza del porvenir, sino la gloria del presente.

Jóvenes, distinguidos en el foro, en las Academias, en los Ateneos, en la Universidad, en todos los Centros políticos, literarios y científicos irradian la luz de su inteligencia, de su sabiduría, en la conciencia del pueblo honrado y laborioso, que atesora tantas virtudes, cuyo rasgo eminente, capital, en el estudio que ha hecho del pueblo el profundo filósofo Michelet, lo que más ha admirado, es el que entre los desórdenes del abandono, y los vicios de la miseria, encontró siempre la riqueza del sentimiento y la bondad del corazón.

La facultad de abnegación, el poder del sacrificio es la facultad soberana, que posee en más alto grado el pueblo, el verdadero soberano.

EUSEBIO ASQUERINO.

## ESTADOS-UNIDOS DE VENEZUELA.

### ELECCION DE GUZMAN BLANCO.

Sea cual sea el pedazo del mundo en que se produzca un hecho trascendental, no solo para el perfeccionamiento á que la humanidad aspira, sino para el triunfo de las grandes ideas liberales que lo ayudan y preparan, allí debe fijarse nuestra atención, para estudiar ese hecho y tributarle el aplauso que pueda merecer.

Y si el punto en que se produce es alguna sección del Nuevo Mundo, mayor debe ser el interés que el acontecimiento nos inspire, dado el nombre que lleva este periódico, la misión que se ha impuesto, y las tendencias que desde su origen le dió su ilustre fundador.

Por eso hace ya varios meses venimos dedicando una atención marcada y preferente á la vida política y administrativa de la República de Venezuela, comprendiendo que allí se ha operado una de esas transformaciones que varias naciones de Europa han necesitado siglos para realizar, que otras no han conseguido realizar todavía, y á que la voluntad de un hombre ha dado cima en un par de años de trabajo incansable.

Ese hombre es el general Guzman Blanco, y ese trabajo presenta todos los caracteres del milagro, si se tienen en cuenta para juzgarlo, la situación en que la República se hallaba cuando recibió el mando y los hábitos de desquiciamiento y anarquía que en ella dominaban, siendo aquella una verdadera orgía, en que los que mandaban se sucedían en virtud de la voluntad de los más fuertes, no en virtud de la voluntad popular, ahogada completamente bajo su omnipotencia salvaje.

Hasta hace muy poco tiempo, los caudillos que en América se levantaban sobre las masas populares, debían su prestigio á su valor, á su audacia, á rasgos de heroísmo en los campos de batalla, ó al terror que conseguían infundir apenas lograban imponerse.

El prestigio de Guzman Blanco es de otra índole y pertenece á otra escuela: es el prestigio del talento, de la inteligencia, del estudio, del patriotismo, de la abnegación, del tino y la cordura, y de todas las grandes cualidades que engrandecen á un hombre, en el vasto escenario político de un pueblo.

Como soldado, nadie fué más valiente que él en los campos de batalla, nadie más sereno en medio del fuego; pero una vez disipado el humo de los combates, ya no fué en la gloria militar donde buscó su prestigio, sino en el carácter de un pacificador, de un vencedor clemente, de un hermano que no venía á ejercer actos de venganza, en nombre de la omnipotencia que la victoria le daba, de un patriota que aspiraba á levantar su país de la prostración y de la deshonra en que se había agitado durante medio siglo.

Esta misión era nueva para Venezuela. Un vencedor de estas condiciones, jamás le había conocido.

¿Pero, cumpliría Guzman Blanco lo que prometía, después de haber triunfado como soldado?

Si evocando, al escuchar su palabra, el recuerdo de tantas y tantas apostasías, el pueblo pudo alimentar esa duda, Guzman Blanco no tardó en arrancarla de su espíritu, inspirándole confianza, no ya con palabras, sino con hechos prácticos, que empezaban á producirse al día siguiente de su entrada triunfal en Caracas.

Esa confianza fué el pedestal de su prestigio, de un prestigio sin precedente, no sólo en Venezuela, sino en América, pues á su sombra, con su auxilio y poder, aquel hombre verdaderamente extraordinario ha conseguido producir en su país el hecho trascendental de que hablamos al empezar: — darle completa y definitiva organización en nombre de la libertad, del derecho, del ejercicio tranquilo de la ley, del respeto á la autoridad, y con el concurso potente de una nación, que ha visto y vé en Guzman Blanco el delegado glorioso de la voluntad popular.

Y acaso un país en el que tales hechos se producen, ¿no merece que en él fijemos la atención? ¿No lleva nuestra sangre y habla nuestro idioma?

¿No mantenemos con él cordiales y afectuosas relaciones?

Si en otra época nuestra prensa tenía á gala atacar á las Repúblicas americanas, haga ahora acto de justicia, dando á conocer la situación próspera en que, como Venezuela, viven algunas de ellas.

Es lo que hacemos nosotros. Las últimas noticias recibidas de este hermoso país, nos anuncian que el Congreso había elegido Presidente al general Guzman Blanco.

Sobre este hecho de tan grandes consecuencias, dice el *Monitor*, el diario más importante de Venezuela, escrito por el eminente Eduardo Cañao, lo siguiente:

«Al acto de la declaratoria del resultado de la elección, para lo cual se puso de pié el Consejo con todos los concurrentes, respondió nutrida salva de aplausos, vivas y aclamaciones, fuegos artificiales, detonación de la artillería y el himno *Gloria al bravo pueblo*, ejecutado por la banda militar.

Acordó en seguida el Consejo pasar en cuerpo á la morada del ilustre americano á consignar en sus manos la credencial, que se hizo extender inmediatamente, lo que llevó á cabo acompañado también del Ministerio, de todas las corporaciones oficiales y cuantos concurrentes habían asistido á la elección.

El presidente del Consejo, después de un breve pero patriótico y entusiasta discurso, entregó al general Guzman Blanco la credencial aludida.

El ilustre americano contestó que, hecha la elección de presidente de la República por el Consejo federal, quedaba consumada la instalación de las nuevas instituciones que ha querido darse el país, examinando con su criterio y sancionando con su voto todos y cada uno de los puntos que constituyen el conjunto.

Agregó que, en la lucha de sus convicciones con la voluntad del país, era lógico, material y moralmente, que triunfase el país; y que ya que la nación había aceptado la responsabilidad del porvenir como era natural que lo hiciese, á él no le tocaba sino obedecer.

«En cuanto á mí, dijo, no es que me someto, sino que me incorporo al movimiento de la República; y no doy gracias por la elección, porque ella no encierra nada de personal.»

A estas palabras respondió la concurrencia con aclamaciones de «Viva el triunfo de los pueblos.» «Viva el ilustre americano», después de lo cual se retiró el Consejo con toda la concurrencia, á quien el ilustre americano acompañó hasta la puerta de la calle.

Ha quedado, pues, definitivamente resuelta la crisis política que pesaba sobre el país y mantenía en expectativa los ánimos, determinando como rigurosa consecuencia la desconfianza de todos los gremios, la paralización de los negocios con la timidez del dinero, la baja de la deuda pública, la honda tristeza que produce siempre en los pueblos como en los individuos la inseguridad del porvenir.

El Consejo federal ha cumplido con el solemne deber que le han impuesto los pueblos, las Asambleas de los Estados, los Concejos Municipales, las legislaturas, las Cámaras federales, la prensa nacional, la prensa extranjera que se ocupa en los intereses de Venezuela, y los capitalistas de dentro y fuera del país, que no quieren perder los fondos que arriesgan en nuestras empresas industriales; y Guzman Blanco, coaccionado, vencido por la opinión universal, ha sido electo presidente de la República.

Cuando emprendimos esta campaña sirviendo de intérpretes á la voluntad de los pueblos y de defensores del progreso y de la civilización de Venezuela, sabíamos demasiado bien que el país en masa iba á levantar su voz con nosotros; empero, aunque llenos de fé en el patriotismo de Guzman Blanco, no estábamos seguros, es la verdad, de alcanzar el resultado espléndido que ha coronado el voto de los pueblos, porque sabíamos la repugnancia que á causa de tantos sufrimientos morales y del quebranto de su salud había adquirido Guzman Blanco por el ejercicio del poder, á más de la abnegación que lo distingue, del deseo de dedicarse al descanso y á la educación de sus hijos, y de la noble ambición de gloria que lo posee y que juzgaba menoscabada con su permanencia en el Gobierno.

La lógica de los razonamientos populares, las brillantes consideraciones políticas de eminentes escritores de Europa y América como Varela, Castelar, Nuñez de Arce, Albistur y tantos otros, el calor de la prensa patriótica y desinteresada que todo lo arriesgaba por el bien del país, el amor de los pueblos, y más que todo eso, los palpables resultados de su insistencia en retirarse del país, así como los más terribles que ya se dibujaban en lontananza para hundir la república en la desmoralización de la guerra, en el descrédito y en la retrogradación, haciendo infructuosos los sacrificios, los dolores y las conquistas de tantos años de laborioso trabajo, todo ello ha decidido del triunfo de la causa popular, haciéndole ver al caudillo de Abril, que su verdadera gloria y el verdadero interés de la patria están en inclinarse respetuosamente, como se ha inclinado ya, ante la voluntad de los pueblos tan explícita y universalmente manifestada.

Ya lo hemos dicho; esta elección de Guzman Blanco no

implica solamente el mantenimiento de la paz y del orden públicos, el desarrollo de las industrias, el progreso, el bienestar de los pueblos y el crédito y la civilización que son una consecuencia forzosa de esos bienes sociales y políticos, sino que implica asimismo la existencia de la República, porque no tenemos hoy otro prestigio que pueda mantener y desarrollar, como se necesita después de tantas perturbaciones, el prestigio y la omnipotencia de la ley; y una nación sin cabeza no es más que un cadáver, un cuerpo sin alma, una nave sin piloto, sujeta por lo tanto al vaiven de las olas en las tempestades políticas, que la hundirían al fin ó la estrullarían contra las rocas de la anarquía.

El país recibe con alborozo la feliz nueva, porque es evidente que con dos años más bajo la dirección del que ha realizado en tan corto espacio de tiempo la transformación maravillosa de Venezuela, quedará vigorizado el respeto á la autoridad, entronizado el deber como una emanación precisa del derecho, afirmadas las liberales instituciones que nos rigen, dominada por completo la anarquía con los nuevos intereses industriales creados, afirmado el crédito interior y exterior, terminados los ferro-carriles que son una de las bases fundamentales de la paz futura y del bienestar social, y establecido al fin sólidamente el progreso y la felicidad de Venezuela.

Esta revolución pacífica, esta victoria incruenta, nueva en los anales de Venezuela y de toda la América, está publicándose á los cuatro vientos, el avance de los pueblos de Venezuela en la práctica de los principios, su voluntad inquebrantable de entrar vigorosamente en la revolución industrial del siglo y las risueñas esperanzas con que quiere entregarse al trabajo que produce el bienestar, y al desarrollo de los intereses públicos que fundan la gloria y prosperidad de las naciones.

Es más aún, es un espléndido voto de aprobación y de confianza otorgado á Guzman Blanco; voto que jamás había recibido ninguno de nuestros gobernantes, y que es una lección severa para los trastornadores del orden público, pues les enseña que Venezuela está ya aleeccionada y que no es el que derriba sino el que crea el que hoy obtiene el voto, el amor y el respeto de las masas populares.

Nos hacemos un deber en felicitar á la república por el triunfo alcanzando tan felizmente, y que ha quedado hoy sellado con la elección del general Guzman Blanco para regir los destinos de Venezuela en este período constitucional.

Este artículo, escrito por un verdadero patriota, por un hombre honrado é independiente, como es el Sr. D. Eduardo Calcaño, sintetiza, por decirlo así, el significado de la elección de Guzman Blanco, la importancia y el alcance que ha tenido, las esperanzas que despierta y las aspiraciones que viene á colmar.

Pero lo que por un exceso de modestia no dice Calcaño, lo diremos nosotros: que la principal gloria de esta campaña le pertenece á él, como á él se le debe, en gran parte, que el general Guzman Blanco, vencido por la opinión, haya concluido por aceptar el mando.

Conociendo su resolución de no querer aceptar nuevamente el mando, y comprendiendo todos los peligros que esa resolución entrañaba para el país, fundó el *Monitor*, que debía ser un diario de propaganda.

En él inició su famosa campaña, y los pueblos, y las Asambleas de los Estados, y los Ayuntamientos que tenían la misma aspiración — que Guzman aceptase el mando — viendo que contaban con un órgano caracterizado en la prensa, ya no tuvieron escrúpulo en hacer llegar el eco de su voluntad á oídos del ilustre caudillo.

En presencia de tan imponente manifestación, ¿cómo había de vacilar?

Cedió y aceptó el mando; y de aquí los grandes regocijos populares á que se había entregado el país al recibir la noticia de su aceptación.

Espectadores frios y desapasionados de aquellos acontecimientos, y sin otro vínculo que nos ligue al hombre ilustre que la simpatía que nos inspiran sus actos, sus hechos y su patriotismo, comprendemos, que aceptando el mando, *ha salvado á Venezuela del peligro que la amenazaba*, pues para regirse por la nueva Constitución que se ha dado, obra exclusiva del famoso caudillo, era indispensable su presencia en el Gobierno.

A este respecto, y como una justificación á lo que hace un año venimos sosteniendo en la prensa de España acerca del deber en que estaba Guzman Blanco de aceptar el mando, vamos á copiar aquí las palabras con que el soberano Congreso de la República concluye el notabilísimo Mensaje en que contesta al que le fué presentado por Guzman Blanco, en el momento de abrir sus sesiones. Son estas:

«No cumpliría el Congreso con uno de sus más solemnes deberes en la actualidad, impuesto por el patriotismo y por la expresa voluntad de los pueblos á quienes representa, si antes de terminar esta contestación no hiciera punto principal de ella representarnos la suprema necesidad de que, inmolando una vez más nuestro bienestar, y aun vuestras convicciones personales, aceptéis la elección presidencial que os disciernen los pueblos y que tenemos mandado de nuestros comitentes para hacerla efectiva, á fin de que las nuevas instituciones, que son todavía un problema en sus resultados para la República, se desenvuelvan en su sentido genuino bajo la dirección de su autor y de los propósitos generosos que os las han inspirado.

La experiencia de los últimos meses debe haber corregido vuestra persistencia á continuar al frente del Gobierno, porque la intervención directa que con vuestras indicaciones, consejos y esplicaciones os habéis visto obligado á tomar en la organización de los nuevos Estados, para enmendar errores, estorbar prácticas viciosas, hijas del hábito, y conservar su pureza al espíritu de la nueva estructura política, os ha

de haber convencido de que, si no es cuerdo afrontar el peligro de que naufrage la obra de tantos esfuerzos en que tiene vinculado la patria su porvenir de paz, de libertad y de progreso, debéis asistir desde la altura del puesto á que os llama la nación al planteamiento de las instituciones hasta en sus mínimos detalles. Debeis pensar que la República ha deferido en absoluto á vuestro criterio al aceptar la Constitución que formulásteis, y que esa confianza popular os compromete á no dejar incompleta la obra, cuyos resultados ha librado el país á vuestra habilidad y á vuestras notorias intenciones patrióticas.

Y después de todo, el porvenir cierto que promete á la República virtual transformación económica, con la explotación de las riquezas naturales del territorio en el Orinoco y en el Táchira, por ahora, y más tarde en todas nuestras féculdíssimas comarcas; el enlace de la capital de la Unión con el primer puerto marítimo, por el ferro-carril que habéis iniciado, y de la capital de Carabobo con Puerto Cabello, unificándose enseguida ámbas vías por medio de la que atravesase los Valles del Tuy y los de Aragua, centro de la mayor riqueza agrícola de la nación, así como todas las infalibles consecuencias del progreso, que se extenderán fácil y prontamente por toda la extensión del país, creando grandes intereses, fundando innumerables industrias, enriqueciendo á los ciudadanos y al fisco, y cimentando sobre incommovibles fundamentos la paz y el bienestar perdurables de la patria, todo ese prospecto halagüeño de felicidades nacionales, reposa exclusivamente sobre la confianza que vuestro Gobierno inspira á las Bolsas extranjeras, nuestro único y verdadero depósito de recursos, pues sólo el crédito que habéis levantado y conservado es la razón que explica el éxito de las gestiones que con aquellos fines se han intentado en los mercados europeos.

El testimonio de la prensa de aquellos países, las manifestaciones explícitas de los capitalistas que han concurrido allí á formar las compañías de explotación, y el sentido lógico mismo, dicen á una que vuestro nombre y vuestra acción al frente de los destinos de la República, son la condición indispensable de la verdad y estabilidad de esas conquistas; y no hay cómo suponer en presencia de tan segura bancarrota de las más halagadoras esperanzas nacionales, no hable en todos los pechos el patriotismo para señalar á todos y á cada uno el deber que les corresponde llenar. Aun con los dineros en caja para llevar á término aquellas obras peligraría su realización, ya que la experiencia de lo antes acontecido con el ferro-carril de La Guaira, que dejásteis en activa construcción, persuade á todos de que esos trabajos han menester de vuestra directa vigilancia, de vuestro incesante calor, para que la nación pueda holgarse en breve de poseer por completo esas conquistas del progreso.

Estas, y muchas otras que no caben en los límites de este documento, son las razones que han despertado el patriotismo de todos los pueblos de la República, de sus Consejos, de sus Asambleas, legislaturas, corporaciones y gremios, para reteneros al frente del Gobierno.

Esas mismas son las que deben haber obrado en vuestro ánimo para que confesásteis en presencia del Congreso, que no os asiste el derecho de negar este sacrificio á la patria.

El Congreso os ha tomado la palabra.»

Al reproducir estos párrafos del notable Mensaje del Congreso venezolano, contestando al que le presentó Guzman Blanco, concluiremos llamando la atención sobre su lenguaje y estilo, que revelan la talla de los hombres públicos de aquel país, y la manera cómo manejan la lengua de Cervantes.

M. NUÑEZ DE ARCE.

## UNA REUNION LIBRE-CAMBISTA

EN EL TEATRO DE LA COMEDIA.

«Necesidad de decretar la libre importación y urgencia del restablecimiento de la base 5.» era el tema que iba á ser discutido por los señores Costa, Pedregal, Azcárate, Moret, Rodríguez y Carreras y González. Francamente, lo que me obligó á asistir al coliseo de la calle del Príncipe, fué, no la importancia indiscutible del asunto, sino la fama de los oradores, distinguidos publicistas unos, honra otros de la tribuna y del profesorado.

Principió la sesión á las tres y media, bajo la presidencia del ilustre economista, Sr. Figuerola.

Este, en un discurso breve, pero notable, expuso el objeto de la reunión: dijo que la asociación libre-cambista no podía menos de censurar la conducta de un Gobierno que, como el actual, olvida en las altas esferas del poder los principios que ha defendido en la oposición. El tratado de comercio recientemente aprobado, dijo, respeta nuestros ideales; pero no es un acto libre-cambista. Después de su aprobación, esperábamos con legítimo derecho el restablecimiento de la base 5.; pero el Gobierno, débil é indeciso, no ha satisfecho nuestras esperanzas; y en vez de abrir nuestros mercados á los trigos extranjeros, con el fin de mitigar las dolorosas consecuencias que trae siempre consigo la pérdida de una cosecha, se contenta con decir, por boca del ministro de la Gobernación, y á la faz de los representantes del país, que nadie se ha muerto de hambre. ¡Triste indecisión la del Sr. Sagasta, termina el Sr. Figuerola, que ha militado un día con nosotros bajo la bandera del libre-cambio!

Habló después el Sr. Costa, quien en un discurso, notable como todos lo suyos, extractó elocuentemente las diferentes cuestiones que, más tarde, serán presentadas por otros oradores ante la consideración del auditorio. Censura con energía la

conducta del actual Gobierno que ha faltado, dice el Sr. Costa, á su deber y á una palabra que debería ser sagrada; hace atinadísimas observaciones sobre la tan debatida cuestión de subsistencias, y pide para el obrero un jornal que evite en parte la emigración; propone el desarrollo de las obras públicas como un medio de aminorar las desastrosas consecuencias de la sequía que amenaza á más de ocho provincias españolas: la carretera, dice, ha hecho fecunda la libertad de comercio; cita hechos históricos que prueban la verdad de sus afirmaciones, y desenvuelve teorías económicas que ponen de relieve la profundidad de sus conocimientos; insiste sobre la actitud que el Gobierno guarda en lo referente á la reforma de los aranceles; llama al Sr. Sagasta libre-cambista especial, puesto que pide libertad para industrias importantísimas, y protección, en el sentido económico de la palabra, para industrias de reconocida insignificancia; fija lo que en la ciencia económica se entiende bajo las palabras, *primeras materias y productos elaborados*; defiende en períodos brillantísimos á la clase agricultora, y demuestra que la escuela del libre-cambio, es la única compatible con el proyecto de la industria nacional; consigna, que dedicados los 700 millones de reales que exige á las industrias el sistema protector al desarrollo de nuestra marina mercante, sería España la cuarta potencia naval; califica al proteccionismo de absurdo económico, y termina su discurso haciendo una severa crítica de la sublevación catalana.

El Sr. Costa siente y hace sentir. No podemos decir más.

El Sr. Carreras y Gonzalez, ilustrado catedrático de la Escuela de Comercio, defiende con la profundidad de criterio que le ha conquistado un nombre respetable y una envidiable reputación científica en el campo, todavía estrecho, de la *Filosofía del interés personal*, lo que ha defendido siempre en la cátedra, en el libro y en las Cortes: la libertad de comercio. Pide la libre introducción de las primeras materias; habla del proteccionismo y del libre-cambio, y con razones, que si no arrancan aplausos llevan el convencimiento al ánimo de los que escuchan, prueba que sólo los adeptos en esta segunda escuela son los regeneradores de la industria nacional; aboga por la libertad de crédito, que es la única, dice, que contribuye á aumentar los capitales; presenta á la Asociación como defensora de todas las industrias y á los partidarios del proteccionismo como defensores de principios egoístas; extiéndese en consideraciones sobre el hierro, los productos químicos y el carbon de piedra; y termina su discurso rebatiendo algunos conceptos del pronunciado en la reunión anterior por el proteccionista Sr. Padrós.

El Sr. Pedregal examina detenidamente la cuestión de subsistencias; describe en sentidos párrafos la aflictiva situación por que pasa la clase obrera en la mayor parte de las provincias españolas; defiende al agricultor en brillantísimos períodos que el público premia con espontáneos aplausos, y pide, como el Sr. Carreras, la libre importación de trigos. La elevación de los precios de los primeros artículos de necesidad, dice, es un dato seguro para que el Gobierno tome medidas más enérgicas que las adoptadas hasta ahora. El Sr. Pedregal termina su hermosísima peroración defendiendo el principio de igualdad que informa la ley positiva.

El Sr. Carbó, libre-cambista catalán, pronuncia un discurso que es muy aplaudido. Sr. Carbó: no es Vd. literato; pero las ideas liberales y el acendrado patriotismo de Vd. le hacen acreedor á mis simpatías. No siempre se expresa lo que se siente; en cambio, muchas veces, donde no hay sentimiento brota la palabra.

El Sr. Azcárate, dignísimo catedrático de la Universidad Central, hace un examen comparativo de varias industrias, y demuestra que las que piden más, son las que menos pagan; censura el proteccionismo que repite sus argumentos, sin demostrar jamás la falsedad de los principios de la escuela del libre-cambio; defiende la libertad de comercio; examina la cuestión del arroz, la de los azúcares y la de subsistencias; combate con energía digna de aplauso el movimiento separatista iniciado últimamente en Barcelona, y es muy aplaudido al calificar de *ridícula* la situación que presentaría Cataluña independiente y al censurar con toda la indignación de su alma un artículo publicado en uno de los diarios de Barcelona.

¡Cuánto ganaría la oratoria del Sr. Azcárate si éste moderara un poco la impetuosidad de su palabra!

El Sr. Moret demuestra la conveniencia del restablecimiento de la legalidad arancelaria; niega que haya trabajo é industria nacionales, y hace con este motivo disquisiciones históricas que prueban una vez más sus vastos conocimientos y su elocuencia incomparable y espontánea; y, por último, señala los beneficios de la concurrencia económica.

El Sr. Moret se hace primero dueño del público para hacerse luego dueño de la palabra; por eso en los corazones de los que le escuchan no cabe más que un sentimiento: el sentimiento de Moret.

Finalmente, el Sr. Rodríguez hace el resumen de los discursos que se pronunciaron. Declara que la Asociación libre-cambista no aplaudirá jamás la indecisión del Gabinete presidido por el Sr. Sagasta; recuerda que los Sres. Camacho, Albareda,

Leon y Castillo y Sagasta han pertenecido á la Asociación y han defendido con él los ideales de la escuela libre-cambista; dice que el vergonzoso eclecticismo del Gobierno en materias económicas, retarda, pero no anula el restablecimiento de la ley-Figueroa; atribuye la indecisión del Presidente del Consejo á debilidad de carácter; manifiesta que el Sr. Moret es en las Cortes el genuino representante de la Asociación libre-cambista, y al terminar su discurso, dice que la Asociación no abriga esperanzas respecto al triunfo de los principios que viene defendiendo.

La reunión terminó á las seis y media. El público, compuesto en gran parte de elegantes damas, salió muy complacido. Al fin, la mujer ya no reina solo en el hogar doméstico. ¡Cuántos oradores buscan en unos ojos negros la hermosa luz de la inspiración!

ALFREDO DE LA ESCOSURA.

LOS HIJOS VENGADORES,  
EN LA LITERATURA DRAMÁTICA.

ORÉSTES.—EL CID.—HAMLET.

FUENTES DE ESTOS TRES MITOS.

IV.

HAMLET.

SU VERDADERO CARÁCTER LITERARIO.

El drama *Hamlet* está lleno, en verdad, de ingeniosísimas situaciones, de profundos estudios del alma humana, de diálogos animados y vigorosos, de pasiones ardientes, de poéticos resplandores; obra singular, única en la literatura dramática del mundo. En ella andan amalgamados tan heterogéneos y discordantes elementos, que sólo ha podido combinarlos, con visos de armonía, el genio poderoso del inmortal dramaturgo inglés; por una parte, la desnuda y bárbara energía de una tradición leyendaria de los escandinavos, fuente de la concepción dramática; por otra, las cavilaciones filosóficas de ánimos endeblez y enfermizos, las embozadas arterias de una corte culta y refinada, las vacilaciones morales de un siglo que duda y se transforma, el estro melancólico de la musa británica; esto es, cuanto había en la sociedad contemporánea, que puede ser dramática, pero nunca épica; cuanto había en la inspiración de Shakspeare, hijo de una época analizadora y escéptica.

Pero á pesar de los grandes primores y de las peregrinas dotes que resplandecen en esta obra extraordinaria, que tanto ha llamado y llama la atención del mundo literario, hay en ella un defecto capital, en el cual se estrellan todos los encomiásticos esfuerzos y críticas lucubraciones de sus más ardientes admiradores: el carácter de *Hamlet*. Este carácter constituye la esencia del drama, y por ello es forzoso darle el primer lugar en el examen de esta obra.

Goethe, heredero como lord Byron, del espíritu escéptico que, por vez primera en la literatura moderna, introdujo Shakspeare en el teatro, ve evidentemente con interna fruición aquella sombría y melancólica figura del príncipe dinamarqués, que, precursor lejano del siglo XVIII, se enlarga dolorosamente en el acervo mar de la incertidumbre y de la duda; mas no intenta sostener que cuadre tal carácter, según los sanos principios de la estética, á la vida, á la unidad, al movimiento de la escena.

*Hamlet* es indudablemente una personificación ingeniosa, y á veces profunda, de la censura y del castigo que merecen la perfidia y la vileza humana. Ya irónico, ya descarado, ya sutil y dialéctico, se muestra sin cesar implacable con la maldad y la flaqueza. Pero irresoluto, como quien anda siempre entregado á filosóficas lucubraciones, más parece nacido para discutir que para obrar. No es ciertamente el protagonista dramático que conviene al terrible cuadro de la filial venganza, trazado en la leyenda escandinava; es el símbolo de las dolencias y de las transformaciones morales, fruto inevitable de los hondos sacudimientos político, social y religioso que el Renacimiento trajo consigo.

Oréste vengá á su padre, movido por la irresistible fatalidad de la teogonía helénica; fatalidad, no ciega, como algunos suponen, sino terrible y violenta en su ley moral inexorable, que emplea hasta el crimen para castigar otro crimen mayor, y no exige á los mortales, instrumentos suyos en la tierra, del torcedor de los remordimientos, como se ve en las Furias, que destrazan el alma del desventurado hijo de Agamenon. Su situación es clara, firme y vigoroso el arranque de sus sentimientos y sus pasiones, y por eso es su figura en alto grado conmovedora y trágica.

No es menos dramática la figura del Cid, que, para vengar á su padre, ni un solo instante titubea, imperiosamente avasallado por dos impulsos, á los cuales su alma noble y enérgica no sabe ni quiere resistir: la ternura del hijo, y el sagrado honor del caballero.

*Hamlet* ¡qué diferencia! carece por completo de la entereza y de la consecuencia que tan grandemente requieren sus propósitos y sus pensamientos.

Nada empeña tanto la atención del espectador

en el teatro, como ver á los personajes seguir constantemente el camino que les señala su peculiar naturaleza según las vicisitudes del enredo dramático. El menor desvío en este punto causa tibia y provoca la censura hasta del más indolente. La unidad de carácter vale tanto como la unidad de acción, y es uno de los principales secretos del interés escénico. *Hamlet*, como lo presenta Shakspeare, es una especie de baladrón de la virtud, que, como todos aquellos en quienes la palabra prepondera sobre los grandes impulsos del corazón, no tienen en el fondo sino flaqueza y apatía. Alma desasosegada y tétrica, sin ilusiones, sin entusiasmo; habla, intenta, medita mucho, pero se asusta de la acción, y cuando llega la ocasión de realizarla, vacila y retrocede.

Así, por ejemplo, con espíritu anticristiano, ve en el suicidio el único medio de librarse de los afanes de la vida, que su alma enclenque no puede sobrellevar; pero suicida platónico y reflexivo, se para ante el horror de lo desconocido. Donde más de manifiesto pone su índole inerte é indecisa, es en la escena tercera del acto tercero, cuando al ver arrodillado y orando al asesino usurpador, juzga propicia la ocasión para consumar la venganza en que cifra todo su anhelo, como el fin mayor de su existencia. «Obremos, pues,» exclama: pero en el momento mismo detiene su ímpetu vengador la repentina reflexión de que matar en tal momento á aquel malvado, sería enviarle al cielo (1). esto es, darle galardón, y no castigo. Este refinamiento nada cristiano de crueldad y encono no es más que el sofisma sutil con que el hombre débil é irresoluto quiere engañarse á sí propio para dar largas á una acción vigorosa y extrema que no está en su naturaleza. Jamás habría ocurrido tan ingeniosa rémora á hombres del temple de Oréste ó del Cid.

Ni aún el amor es en el príncipe dinamarqués pasión verdadera y dramática. Quien ama de veras es la inocente Ofelia, á quien cuestan la razón y la vida las bárbaras palabras y los retrocesos ofensivos del inconsistente amador. Cuando la ve en la sepultura, esto es, cuando ya no hay remedio, entonces prorrumpe *Hamlet* en dolientes lamentaciones y en hiperbólicas protestas de amor. «Achaque es de ánimos apocados é indecisos, dice á este propósito un certero crítico francés, no saber con claridad lo que desean hasta que ya les es imposible alcanzarlo.» (2)

Todo es incierto é incompleto en el carácter del príncipe dinamarqués. No es el ímpio que desconoce y niega los consuelos y las potestades del cielo; no es tampoco el creyente que acata y venera los misterios divinos.

Desconfía de todo, y la duda es su verdugo y la fuente de su flaqueza. ¿Qué verdad, qué ímpetu, qué entereza cabe en su resolución de filial vengador, si duda unas veces del crimen mismo que ha de vengar, y otras de la aparición del rey, su padre, que tan vivo terror le infundió al principio, y que desencadenó en su ánimo la avasalladora pasión de la venganza? (3).

No hay duda que causa enfadosa impresión en el teatro, como en la realidad de la vida, un personaje que cree y no cree, que siente y no siente; que, como sacando fuerzas de flaqueza, se muestra firme y austero en designios y en palabras, y forma briosos propósitos que no ha de realizar. El drama vive de pasión y de acción, y nada requiere tanto en los personajes como vigor, firmeza, claridad, determinación de impulsos y carácter. Esto es cabalmente lo que se echa de menos en *Hamlet*.

No cautiva á Schlegel (Guillermo), uno de los más conspicuos y profundos reformadores de la crítica moderna y el más entusiasta admirador de Shakspeare, el carácter de *Hamlet*. Merecen citarse sus palabras:

«*Hamlet* es la tragedia del pensamiento. Inspirada por meditaciones profundas, que nunca acaban, acerca del destino del hombre y de la sombría confusión de los acontecimientos terrestres, esta obra suscita meditaciones en la mente del espectador. Drama tan enigmático se asemeja á las ecuaciones irracionales, que es imposible resolver, y en las cuales queda siempre una fracción de magnitud desconocida... Lo sorprendente es que una obra que encierra tan recónditas é impenetrables miras, parece hecha á primera vista para agradar á la multitud. Todo en ella es extraordinario y animado. La única circunstancia que podría dar motivo á considerarla como menos dramática que las demás, es que la acción principal se detiene, y aún, al parecer, retrocede en las escenas últimas; resultado inevitable de la índole del asunto.

El objeto general del drama es poner de manifiesto que el espíritu reflexivo que se afana por contrapesar todas las relaciones y las consecuencias posibles de un designio hasta los últimos límites de la prevision humana, embarga las fuerzas activas del alma.»

«Según mi modo de entender las miras del poeta, no puedo juzgar tan favorablemente como Goethe, el carácter de

(1) *¿And now I'll do't; and so he goes to heaven; and so am I reveng'd? That would be scanned...*  
Act. III, 3.

(2) Saint-Marc Girardin.

(3) Hay momentos en que teme que la visión de su padre no sea realidad, sino ardid del demonio. *Hamlet* dice á Horatio: «Observa á mi tío, y si el secreto de su crimen no se revela en sus palabras, la aparición es obra del infierno, y las sospechas negras cavilaciones mías.»

Act. II, 2.

*Hamlet*. Es en verdad un príncipe de entendimiento maravillosamente cultivado, que junta á una noble ambición la facultad de admirar en los demás las prendas de que no está dotado. Es ingeniosísimo en la ficción del papel de loco, y así con las verdades que le dice, como con el peregrino donaire con que de ellos se mofa, persuade de su locura á los mismos encargados de espiarle; pero en los muchos proyectos que á cada paso forma y que nunca realiza, demuestra la flaca voluntad de que adolece. Tiene inclinación natural á seguir sendas torcidas, y lo hace á veces sin que la necesidad le obligue á ello. A menudo procede de mala fé consigo mismo, y los entorpecimientos que se forja, son meros pretextos para esconder su falta de entereza...

*Hamlet* carece absolutamente de verdadera fé: duda de sí propio y de todo el universo. Pasa de la confianza religiosa á un escepticismo escudriñador. Cree en el espectro de su padre cuando le vé; pero en cuanto se desvanece, se convierte para él en mera ilusión. Se aventura hasta decir que sólo por la imaginación son las cosas buenas ó malas. Se extravía el poeta con su héroe en un laberinto de ideas que no tienen fin ni principio, y ni el cielo mismo se digna responder con la marcha de los sucesos á las demandas que, con mayor ahínco, le dirige. Una voz que viene, al parecer, de arriba, pide venganza de un monstruoso crimen, y la venganza no se efectúa. Cierta es que, al fin y al cabo, los delinquentes reciben el castigo; pero esto acontece por una especie de casualidad, y no, como se debía, para presentar un ejemplo solemne de la justicia divina por medio de un encadenamiento de consecuencias inevitables. La indecisión, la perfidia, ó un repentino arrebató, arrastran á todos los personajes á una ruina común, y la misma suerte está deparada á los inocentes que á los culpados. En esta obra está presentado el destino humano como una esfinge gigantesca, que propone un tremendo enigma á los mortales, y hunde en el abismo de la duda á quien no acierta á resolverlo.» (1)

Incontestables nos parecen estos juicios del más perspicaz y elocuente de los críticos alemanes. En un solo punto puede acaso diferirse de su opinión, á saber: en la detención y retroceso de la acción, que atribuye á las últimas escenas del drama. A nosotros se nos antoja que en las últimas escenas la acción cambia de rumbo, pero no se para y entorpece, sino que, por el contrario, se precipita para llegar á un desenlace más conforme á la leyenda romántica y violenta que á la índole filosófica y subjetiva del pensamiento generador del drama.

Mas no ha de creerse que Shakspeare ignoraba los achaques morales del héroe de su drama. El mismo *Hamlet* reconoce y declara en varias ocasiones su inconsistencia y su apatía. Dice, aludiendo á la inactividad de sus propósitos, que sus «pensamientos llevan en sí una cuarta parte de cordura y tres cuartas partes de cobardía.» En el monólogo con que termina el acto segundo, expresa con vehemencia y claridad la desesperación y la vergüenza que le causan su falta de vigor moral, y la preponderancia que tienen en su índole las palabras sobre la acción:

«¡Y yo, exclama, inteligencia burda, alma de cieno, permanezco en estúpida iracencia, indiferente á mi propia causal... Soy un cobarde... ¿Qué sandez la mía!... Bravo proceder! ¡Yo, hijo de un padre asesinado; yo, á quien el cielo y el infierno excitan á la venganza, me contento con desahogar mi indignación con palabras, y prorumpir en vanas imprecaciones, cual podría hacerlo la última de las prostitutas!... ¿Qué vergüenza!»

Shakspeare, al pintar el carácter de su héroe tan desmesuradamente indeciso y apático, esto es, tan contrario al interés dramático, que nace por lo común del brío, resolución y firmeza en los afectos y propósitos, no procedía inadvertidamente.

El grande escritor sabía lo que se hacía. No era su objeto desarrollar, como en *Macbeth*, en *Otelo* y en *Ricardo III*, la violenta imagen de implacables y desenfrenadas pasiones. En *Macbeth* principalmente, obra sublime cuyo carácter grande y terrible, según la expresión de Schlegel, sólo puede compararse á *Las Búrnidas* de Esquilo, no prepondera el pensamiento sobre la acción: corre ésta vigorosa, encadenada y rápida hasta la postrera catástrofe, fatalmente lógica y espantosa. En *Hamlet*, la índole y el rumbo del pensamiento fundamental son muy distintos. *Macbeth* todo es acción; *Hamlet* todo es pensamiento. El príncipe dinamarqués, que no tiene ni culpas, ni amor, ni ambición, ni remordimiento, ni nada de lo que mueve al hombre en la esfera común de la vida; que trata á la humanidad con desden é ironía, porque no vé en ella sino el mal, es una figura simbólica de las angustias y vaivenes del alma cuando pierde ésta el equilibrio de los sentimientos morales y el firme asiento de la fé. *Hamlet* no es malo, ni se atreve á ser anticristiano; pero su escepticismo filosófico embarga su corazón, turba su entendimiento y le inutiliza para la acción práctica y útil de la religión y de la vida. «No existen por sí ni el bien ni el mal; todo consiste en el concepto que de ellos formamos»: esta es la desconsoladora y siniestra doctrina que profesa *Hamlet*.

No puede dudarse que Shakspeare ha querido hacer de su héroe una representación simbólica de la época turbada é indecisa en que él vivía. Y

(1) AUGUST WILHELM SCHLEGEL. «*Hamlet ist einzig in seiner Art: ein Gedanken-Traverspiel, durch anhaltendes und nie befriedigtes Nachsinnen über die menschlichen Schicksale; über die düstre Verworrenheit der Weltbegebenheiten eingegeben, und bestimmt eben dieses Nachsinnen wieder in den Zuschauern hervorzurufen*», etc.

Über dramatische Kunst und Litteratur.—Heidelberg, 1811.

lo ha conseguido plenamente, dando al propio tiempo á su obra carácter de generalización sublime, que asoma siempre á un en las pinturas individuales de sus dramas. Hamlet es en muchas cosas el hombre de la Edad Media: en su amargura desesperada, en su falta de entusiasmo, en su desprecio de los hombres, en el vacío de su corazón, en su inclinación al suicidio, en la confusión de su conciencia, es el pensador pesimista, el filósofo descreído, que no acierta á resignarse como cristiano á los misterios de la muerte ni á los sinsabores de la vida, y que ha de llamarse, anagando el tiempo, Werther, Fausto, Jacopo Ortis, Obermann ó Manfredo.

Shakspeare, identificado siempre con los tipos generales de la humanidad que retrata en sus obras desaparece en ellas como autor y como hombre. En *Hamlet*, por excepción, no acontece lo mismo. ¿Quién no siente palpitar en el famoso *to be or not to be*, y en la elocuente censura de los vicios sociales del segundo monólogo, el alma dolorida y escarmentada del gran poeta? Análogas ideas, igual melancolía se hallan en algunas poesías del autor, especialmente en un soneto (1) en que expresa vivamente, como impresión personal suya, el menosprecio y el desaliento que le causan las miserias y las injusticias de la sociedad humana. El *tedium vite* asoma por doquiera, así en la corte brillante, pero hipócrita y corrompida, de Isabel de Inglaterra, como en las clases cultas y pensadoras. Muestra de ello es una carta (publicada por un autor alemán) del famoso conde de Essex, prócer rico, animoso, de todos envidiado, escrita en 1599 á la reina con motivo de una comisión importante que le confiaba la angusta señora.

Merecen citarse algunas palabras (2): «¿Qué servicios puede esperar Vuestra Majestad de un ánimo turbado, caviloso, enflaquecido por las pasiones, de un corazón despedazado por angustias y sinsabores, de un hombre que aborrece cuanto le rodea y le conserva la existencia?» Esta profunda misantropía en el colmo del favor y de la fortuna, es claro testimonio de que había empezado la hora del aburrimiento y del hastío, del precoz cansancio de la vida, de la duda orgullosa y fría, de la melancolía moderna, visible decaimiento del vigor cristiano, que cifra en la *conformidad* la más necesaria y consoladora de sus virtudes.

¿Cuánto más se parece *Hamlet*, el desalentado filósofo del drama, al conde de Essex que al *Hamlet* de la leyenda épica, al *viking* (rey del mar y pirata), que ni estudió en las universidades de Wittenberg, ni dejó de cumplir lógica y resueltamente su venganza cuando llegó el momento oportuno!

*Hamlet* no está escrito como las demás obras de Shakspeare, con fin verdaderamente dramático. ¿Qué importa al poeta-filósofo el mito primitivo de la relación leyendaria de Saxo, que probablemente no conocía? El héroe de la tradición dinamarquesa no es para el poeta más que un pretexto. Buscaba un campo en que desplegar los audaces vuelos de su imaginación, su estro inagotable, los amargos devaneos de su espíritu, y lo halló en otro *Hamlet* anterior al suyo, que probablemente intentó refundir, como había refundido tantos otros dramas (3), y que se convirtió en la peregrina obra donde reina el soberano ingenio de Shakspeare con su opulenta fantasía y con sus dialécticos primores.

El anacronismo voluntario de la Universidad de Wittenberg en tiempo de Hamlet, demuestra que lo que empeñaba la atención de Shakspeare no era la historia del príncipe escandinavo de épocas fabulosas, sino la pintura indirecta del estado social y moral de Inglaterra. Wittenberg, donde Lutero había publicado su ruidoso programa de las noventa y cinco tesis, es en el drama como el emblema de la Reforma, cuyo espíritu «vive y razona (según la expresión acertada del doctor Vischer) en la implacable dialéctica de Hamlet.» Marlowe había colocado en esta ciudad, cuna del protestantismo, una parte de la acción de su *Fausto*, y su nombre no podía menos de sonar como foco de libres y audaces pensadores en los oídos de los ingleses. Los demás anacronismos de *Hamlet*, como la artillería; el cristianismo de los antiguos dinamarqueses, adoradores de Odino y de Freya; la guardia suiza del rey usurpador; las representaciones dramáticas en que se habla de Hércules, de Hécuba y de Roscio; el pedante *eu-fuismo* de Polonio, moda cortesana de los contemporáneos del poeta, y otros señalados anacronismos de los demás dramas, como poner á Maquia-

velo en boca de Ricardo III, no son ignorancia de Shakspeare, como sin razón se ha supuesto.

Es sistema, como lo fué igualmente en el teatro español, no sacrificar en lo más mínimo á la exactitud erudita la impresión popular. A esta idea corresponde la famosa declaración humorística de Lope de Vega:

Y escribo por el arte que inventaron los que el vulgar aplauso pretendieron, porque, como las paga el vulgo, es justo hablarle en necio para darle gusto (1).

En otro concepto, pero con el mismo espíritu de considerar el teatro como arte vulgar y no cortesano, decía de las obras dramáticas inglesas el citado Nash, á principios del siglo XVII:

«El pueblo está ansioso de ellas; pero se cuida poco de los que las escriben. Así es que los autores no se apuran mucho para componerlas. Roban, traducen, amplifican y ponen en escena el cielo, la tierra, el infierno, lo que es y lo que no es, los acontecimientos de ayer, crónicas, novelas, cuentos. Se burlan de todo, y con tal de que nos diviertan, no les pedimos otra cosa.» (2).

Shakspeare, prodigando en sus obras todos los tesoros del genio, seguía instintivamente esta poética popular, como la seguían Lope, Tirso, Calderón y los demás creadores del teatro español, el cual tiene con el teatro inglés profundas y evidentes afinidades. Shakspeare quería ante todo, ser entendido de su público, compuesto, en su mayoría, de plebe y clase media; y puede advertirse que en las obras de asuntos británicos es exactísimo en épocas, hechos y costumbres, mientras que en asuntos extranjeros, nada le importa ser infiel á la verdad histórica y geográfica, y pone todo su conato en asimilar los caracteres y las acciones á los usos y á las ideas de la nación inglesa.

Schlegel manifiesta claramente en esta parte su luminosa opinión con respecto al *Hamlet* en los siguientes términos.

«Convenía á menudo á Shakspeare dar el color de su época á acontecimientos de remotas edades. Por esta razón, aunque se trata de hechos de la antigua historia del Norte, reinan en *Hamlet* las formas y lenguaje de la sociedad de moda, y hasta el traje contemporáneo. Sin estas circunstancias no habría sido dable convertir al héroe en pensador esceptico, que es la idea fundamental de la obra.» (3)

Los críticos franceses neo-clásicos que, sin caer en ello, cometían también anacronismos, atribuyendo á héroes antiguos espíritu y pensamientos modernos, no debían haberse manifestado tan severos con lo que malamente juzgaban bárbaras impropiedades escénicas del dramaturgo inglés. No era, por cierto, menor impropiedad anacrónica presentar en los teatros de París y Versalles á César con peluca, y con espada (que no llevaban nunca los romanos en tiempo de paz), y á Rodoguna con tontillo.

La esencia eminentemente subjetiva y metafísica del carácter de Hamlet le da cierto viso de parentesco y semejanza con la índole reflexiva y analizadora de la raza alemana, por lo cual el erudito Gervinus exclama: «Hamlet es la Alemania: como él, exclusivamente consagrados á las cosas del espíritu, olvidábamos el mundo externo; como á él nos llegaban más al alma Wittenberg y su escolástica que el honor y la gloria de la nación... Perdimos también, como Hamlet, el gusto á la vida; y prescindiendo de lo real, nos refugiábamos en el imperio de lo ideal. El concepto de la vida instintiva llegó á depravarse por el abuso de la reflexión y de la gimnasia intelectual, y el sentido de la acción por devaneos quiméricos.» A esto contesta un ingenioso crítico francés: «*Hamlet* no es la Alemania; es el hombre moderno: por eso esta obra maestra del entendimiento humano es, de un siglo á esta parte, el libro más estudiado, más leído y más comentado.» A nosotros nos parecen extremadas ambas opiniones. En Hamlet vemos, en efecto, el símbolo profético del hombre moderno, más inclinado á la palabrería, á la discusión y á la sofistería que á la resolución pronta, noble, clara y generosa. Este es el sentido universal del mito de Shakspeare; pero en la preponderancia del pensamiento sobre la acción, del designio filosófico sobre el sentimiento, y de la ironía sobre la indignación, se nos antoja que en Hamlet se reflejan no exclusivamente la nación germánica, sino generalmente las naciones neoteutónicas.

No hay que decir que en esta obra filosófica de Shakspeare el sentimiento religioso es por demás escaso y mal definido. Sin embargo, el espíritu cristiano que alguna vez asoma en ella, establece entre los mitos de los hijos vengadores griego y británico, en su respectivo proceder con sus madres, una diferencia esencial.

La situación de Hamlet, si bien, por lo irrespetuosa, es poco grata y simpática con respecto á su madre, está muy lejos de la feroz crueldad del desnaturalizado Orestes, el cual desde luego toma la odiosa actitud del asesino de Clitemnestra. Hamlet es de suyo blando y poco resuelto, y además, ni la reina Gertrúdis es la impenitente y soberbia reina de Argos, ni el padre del príncipe dinamar-

qués impone á su hijo, como Agamenon, la muerte de su madre; antes bien le recomienda respeto y miramiento. Así dice la sombra (acto I):

«Cualquiera que sea la forma en que emprendas la venganza, permanece moral é intachable, y nada hagas contra tu madre. Confiar su castigo al cielo y al pasador agudo que lleva en el corazón.»

Pero es innegable que desde el punto de vista dramático lleva Orestes gran ventaja á Hamlet, porque tiene su carácter más unidad y más firmeza. Dadas las preocupaciones y las falsas doctrinas religiosas del paganismo helénico, es la figura de Orestes tan verdadera y lógica como conmovedora. La religión le absuelve, la naturaleza le condena: á un tiempo piadoso y malvado, buen hijo y parricida. Estos contrastes no son debilidad é inconsecuencia: son leyes fatales de la situación moral, religiosa y política del desgraciado príncipe. Cabalmente en ese abrumador conflicto de sentimientos y deberes estriba el alto interés dramático de *La Orestia*.

En el carácter de Hamlet falta por completo la unidad, y éste es el defecto capital del drama admirable de Shakspeare.

En suma, no es la venganza filial la esencia de la concepción dramática de *Hamlet*, pues, más que por este sentimiento, se devora el alma el príncipe ideólogo por las imperfecciones humanas y por los misterios de la vida y de la muerte. Podría imaginarse que Shakspeare ha querido darlo á entender así poniendo en su drama otro hijo vengador, Laertes, y haciendo á éste ardoroso, de idiosincrasia meridional, hombre que obra y no cavila. Podría compararse á Orestes ó al Cid, si no envenenase la espada con que piensa dar muerte á Hamlet. Tan vil acción no cabe ni en el héroe griego ni en el caballero castellano.

## V.

## MONUMENTOS DEL MITO DE «HAMLET» ANTERIORES AL DRAMA DE SHAKSPEARE.

## 1.º

*La historia de los reyes de Dinamarca, por Saxo Grammaticus.*

Se imprimió por primera vez en París, el año 1514, con este título:

«Danorum Regum heroumque Historie stilo eleganti a Saxone grammatico natione Sialandico neonon Roskildensis ecclesie preposito: abhinc supra trecentos annos conscripte et nunc primum literaria serie illustratæ tersissimeque impressæ.»

Al fin del libro:

«Hactenus Saxo Grammaticus Sialadensis, ver disertissimus. Que accurata diligentia impressit in inclitya Parrhisiurum academia Iodocus Badius Ascensius. Idibus Martiis, MDXIII, supputatione romana.»

La leyenda de Hamlet, escrita por Saxo, está sacada de antiguas tradiciones dinamarquesas. Así lo declara el sabio Molbech en el apunte siguiente, que nos comunicó en Copenhague y conservamos autógrafa:

«L'histoire fabuleuse (ou l'Aventure) de Hamlet repose, dans la source la plus ancienne, sur le récit remarquable et assez étendu de Saxo Grammaticus, à la fin du 3.<sup>me</sup> et le commencement du 4.<sup>me</sup> livre de son *Histoire danoise*. On voit clairement que Saxo dans sa narration a suivi un recueil d'anciennes traditions danoises sur la vie pleine d'aventures romantiques d'un fils de Roi, ou plus exactement d'un Prefet de Jutlande, Horwendill, qui épousa Gerutha (mère de Hamlet), dont le nom a été changé par Shakspeare en Gertrude. Au reste, l'immortel poète anglais n'a pas, comme on sait, suivi Saxo lui-même, mais une ancienne *Hystorie of Hamlet*, qui est la traduction d'une des nouvelles de Belleforest, publiées en 7 volumes, 1564 et sq... Shakspeare n'a pas de même pris que très peu des événements racontés par Saxo (1). Notre ami Mr. Oehlenschläger a suivi assez proche la source originale de Saxo dans sa tragédie *Hamlet*, une *Ilias post Homerum*, dont j'ai vu une représentation, mais que je n'ai pas encore lue.»

## 2.º

*Sagas islandesas.*

Hé aquí, traducida, la noticia que el Sr. Molbech nos dió acerca de ellas.

«El asunto interesante y poético de la antigua tradición de las aventuras de Hamlet no pasó inadvertido para los islandeses, cuya imaginación y habilidad para la narración oral en prosa, aprovechaba los asuntos poéticos y románticos de la Edad Media para forjar con ellos *sagas*, no históricas, sino de pura fantasía. Esta clase de *sagas* corresponden, al menos en su mayor parte, á una edad bastante moderna, (los siglos XIV, XV y XVI). Esto acontece cabalmente con las narraciones islandesas de la historia fabulosa de Hamlet, de la cual se conservan tres *sagas* diferentes, dos en prosa y una en verso:

1.º *Sagan af Amloda, Hardvendils Sijini.* (Saga de Amlod (*Hamlet*), hijo de Hardvendil.)—Colección de Arnas Magnæus, de la Biblioteca de la Universidad de Copenhague, núm. 221.—Es casi una traducción de Saxo con algunas alteraciones ó adiciones.

2.º *Saga af Amloda edr Ambales.* (Saga de Amloda ó Ambales (*Hamlet*)). Es tres ó cuatro veces más extensa que el número anterior. El fundamento de esta saga es, sin asomo de duda, la narración de Saxo; pero extremadamente alte-

(1) Está señalado en sus obras líricas con el número LXVI.

(2) ACKEN, *Elisabeth von England*.

(3) Por ejemplo, *El Rey Juan* es la refundición del drama antiguo *El Infeliz reinado de Juan*; las dos partes de *Enrique IV* y *Ricardo III* están fundadas sobre los dramas titulados *La Gloriosa victoria del rey Enrique IV*; *La Contienda de las casas famosas de York y de Lancaster* y *Verdadera tragedia de Ricardo, duque de York*, y así algunos otros.

Nash dice, hablando de Shakspeare, contemporáneo suyo: «Nació en Stratford. Vino á Londres mozo y pobre; corrigió por algunos chelines obras dramáticas de antiguos autores, compuso prólogos y epílogos y borroneó intermedios.»

En un recibo del siglo XVI se lee: «Tres chelines adelantados á Guillermo Shakspeare, comediante de la compañía del *Globo*, para que refunda las antiguas piezas del repertorio.» PAYNE COLLYER, *History of the English Stage*.

(1) Arte nuevo de hacer comedias.

(2) *Histrionasticæ; Epistle dedicatory.*

(3) *Über dramatische Kunst und literatur.* Vorlesungen von August Wilhelm Schlegel.

(1) Opinión es de profundos investigadores críticos de nuestro tiempo que Shakspeare no tomó directamente el pensamiento de Hamlet ni de Saxo ni de Belleforest.

rada con respecto á los hechos y á los nombres de las personas. Nada se dice en ella ni del viaje á Inglaterra, ni siquiera de la muerte de Hamlet. El célebre historiógrafo dinamarqués, Sr. Suhm, no concede á esta novela islandesa, en prosa, mayor antigüedad que el siglo XV.—La misma colección de manuscritos de la Universidad de Copenhague.

3.ª *Rimur of Ambales.* (Poema de Ambales.) Es producción moderna, del siglo XVI ó del XVII, como todos los *Rimur* ó poemas de los islandeses. Es una paráfrasis prolíja y enfadosa del núm. 2, esto es, de la novela islandesa de la historia de Hamlet.

Como se ve, estas obras de la literatura islandesa, en su edad de bronce ó de hierro, es decir, en su último período antes de la reforma literaria, confirman esta observación: que la tradición de Hamlet no existe en forma alguna más auténtica ni más antigua que en la historia de *Saxo Grammaticus*.

## 3.º

*La DANSKE RIMKRONNIKE* (Crónica rimada dinamarquesa.)

Esta crónica en verso fué, según indicamos en otro lugar, el primer libro impreso en Dinamarca. No pudo ser escrito antes de la segunda mitad del siglo XV, pues la serie de los monarcas, cuya historia contiene termina en Cristiano I, que subió al trono en 1448. Toma de *Saxo Grammaticus* la mayor parte de los sucesos; pero la forma es singular: consiste en una cadena de monólogos con carácter dramático, en los cuales cada personaje refiere patéticamente su propia historia. Hamlet cuenta la suya, abreviando con exceso, y desfigurando no poco la bella leyenda épica de *Saxo*.

Es posible, y aun probable, que esta crónica fuese conocida en Inglaterra mucho antes que las *Historias trágicas* de Belleforest. Eran íntimas y continuas las relaciones comerciales y políticas entre la Gran Bretaña y los tres reinos escandinavos, que adquirieron grande importancia europea en los veinticinco años que duró la famosa Unión de Calmar. Jacobo I de Inglaterra, hijo de la desventurada María Estuardo, que, siendo Rey de Escocia, había pedido apoyo á la corte de Dinamarca contra la cruel Reina Isabel, en 1589 se trasladó á Copenhague para contraer matrimonio con la princesa Ana, hija de Federico II. ¿Qué mucho que con tantas conexiones llegase directamente á Inglaterra la interesante y popular leyenda de Hamlet?

## 4.º

François de Belleforest, historiógrafo francés, en tiempo de Enrique III, publicó, con el título de *Histoires tragiques*, una copiosa colección de relaciones y novelas sacadas en su mayor parte de las obras del famoso novelista italiano Bandello. En el tomo IV (impreso en París el año de 1570, por Jeau Hupleau, rue Saint-Jean-de-Latran, á l'Arbre Sec.) se halla la historia de Hamlet con este epígrafe:

«Avec quelle ruse Amleth, qui depuis fut Roy de Danemarch, vengea la mort de son père Horwendille, occis par Fengon son frere, et autre occurrence de son histoire.»

No nos fué posible dar con *Les Histoires tragiques* en las bibliotecas de Copenhague. Las vimos más adelante en la Biblioteca Nacional de París. La novela de *Hamlet* es la relación misma de *Saxo Grammaticus*, unas veces mutilada (1), otras prolíjamente amplificada, y por lo común desnaturalizada con reflexiones y discursos morales, en que la mitología, la ortodoxia, la historia bíblica y romana forman una amalgama singular y afectada de la erudición y las ideas de la época de Belleforest, con la épica llaneza de la leyenda escandinava.

En 1596 se publicó en Londres un traducción inglesa de las *Histoires tragiques* de Belleforest, que probablemente leería Shakspeare.

## 5.º

*Un drama sobre HAMLET, anterior á Shakspeare.*

El diligente y sagaz historiador de la literatura dramática inglesa M. A. W. Ward (1876), admite, como otros insignes críticos, la probabilidad de un *Hamlet* dramático anterior al de Shakspeare. Las dos primeras ediciones de la obra de éste, muy diferentes entre sí, son de los años 1603 y 1604. La primera, imperfecta y pobre con respecto á la segunda, puede y debe ser una refundición de las muchas que hizo el gran poeta, y que se convirtió después en la obra magistral que tanto admira el mundo literario. El baron Herman von Friesen, catedrático de la Universidad de Viena (*William Shakspeare's Dramen*, Wien, 1876) (2), que ha estudiado con luminosa crítica el teatro de aquel grande hombre (*Shakspeare Studien*, Wien, 1874-1875), se inclina á creer, no solamente que existió un drama sobre *Hamlet* anterior al de Shakspeare, sino que este poeta tomó de él cosas importantes, principalmente la revelación del fratricidio hecha por el monarca aparecido.

La verdad es que esta revelación sobrenatural, poderoso núcleo del drama, no se halla ni en *Saxo*, ni en las *Sagas*, ni en la *Crónica rimada dinamarquesa*, ni en Belleforest, mientras que

Lodge, en un folleto (*Wit's Miserie, and the World's Madness*), publicado en 1596, menciona el papel del aparecido que gritaba en el teatro con tono lamentable: «Hamlet, venganza!»

Añadiendo á este hecho otros tres muy significativos:

1.º Que en el catálogo (1594) de Henslowe, librero de Londres, está consignada la existencia de un drama *Hamlet*, como obra ya representada y no nueva.

2.º Que en una carta del satírico Nash (1), tan conocedor del teatro de su época, habla ya en 1588 burlescamente de un *Hamlet* dramático.

3.º Que en 1603, comediantes ingleses, que desde 1597 recorrían la Alemania, representando, traducidas al alemán, las obras dramáticas aplaudidas en Londres, pusieron en escena un drama, probablemente traducción del primitivo *Hamlet* (inglés), titulado *Der bestrafte Brudermord, Prinz Hamlet aus Dänemark*. (El fratricida castigado, ó Príncipe Hamlet de Dinamarca); y teniendo en cuenta, además, que no hay indicio histórico de que antes de 1582 se representase *Hamlet* alguno en que hubiese, como autor ó refundidor, tomado Shakspeare la menor parte, parece, no sólo probable, sino muy cercana á la verdad, la conclusión de los señores Clarendon y Wright (*Clarendon Press Series*, 1872), que hallamos reproducida en la *Historia* de Ward, á saber:

Que ha existido un drama antiguo fundado en la leyenda de *Hamlet*, del cual ha entrado gran parte en el *Hamlet*, publicado en 1630, el cual es una especie de bosquejo, que hacia 1602 había preparado Shakspeare para la escena, refundiendo el texto anterior, y que sólo en la obra perfeccionada de 1604 tenemos el *Hamlet* verdadero y cabal del poeta filósofo.

¿De dónde, pues, sacó Shakspeare el mito de *Hamlet*? Por lo mucho que lo desnaturaliza y transforma, y por las circunstancias capitales que le agrega, bien puede afirmarse que no fué directamente de la leyendaria narración de *Saxo*, ni de las versiones que, conservando su genuino espíritu, la reproducen. Todo induce á creer que imitó el pensamiento y parte de la trama de un *Hamlet*, ya representado en el teatro y que, aun teniendo á la vista la novela de Belleforest, ó la *Crónica rimada*, no quiso ó no se atrevió á cambiar ciertas circunstancias de la economía del drama (cual la ilógica y sangrienta hecatombe final) tales como el público las conocía.

Como quiera que sea, la creación de Shakspeare no consiste en la trama, ni mucho menos en el desenlace: consiste en el carácter del héroe, triste, pero admirable estudio psicológico de la transformación social y moral del siglo XVI.

## 6.º

*Analogía con HAMLET de algunos dramas anteriores.*

Todos los críticos de nota atribuyen por conjetura á Tomás Kyd, poeta dramático, que murió por los años de 1594, el *Hamlet* dramático anterior al de Shakspeare. Fúndase la conjetura en que Kyd es el autor de un drama titulado *La Tragedia española, ó Jerónimo*, en cuyo enredo y pensamiento se advierten singulares analogías con el drama de Shakspeare (2). Son tales, que juzgamos oportuno dar siquiera una idea brevísima del asunto.

Se hallan en guerra España y Portugal. El animoso campeón español Andrea, novio de Belimperia, sobrina del rey de España, muere en un combate á manos de Baltasar, hijo del rey de Portugal. Los españoles, sin embargo, mandados por el valiente general Jerónimo, alcanzan la victoria, y Horacio, hijo de Jerónimo, hace prisionero á Baltasar. Pero Lorenzo, hermano de Belimperia, se atribuye pérfidamente la hazaña de Horacio, por donde nace entre ellos enconada enemistad.

Todo esto se explica en un *Prólogo*, y aquí comienza la acción del drama.

Aparecen en la escena el espectro de Andrea, y la Venganza, personaje alegórico, que promete al espectro que la mano de su novia vengará su muerte. Sale después el Rey de España, y ante él se presentan Lorenzo y Horacio con el príncipe portugués Baltasar, reclamando á éste, cada uno por su parte, como prisionero suyo. El Rey sale del apuro conciliatoriamente no negando la razón á ninguno de ellos, y dejando á Baltasar prisionero en su corte con los honores debidos á su alta jerarquía, para entablar con él de este modo tratos de paz. Baltasar requiere de amores á Belimperia, secundado por Lorenzo, el hermano de esta princesa; pero ella, lejos de dar oídos á las pretensiones del matador de su antiguo novio, da su corazón á Horacio, el amigo de Andrea.

Celebran una tarde los dos amantes una tierna entrevista. El traidor Lorenzo los sorprende acompañado de Baltasar. Sujetan á Horacio y le ahorcan de un árbol cercano. Belimperia es sepultada en estrecho calabozo. Logra desde allí dar noticia del crimen al padre de Horacio, Jerónimo, el cual, por una carta de uno de los culpados, que la casualidad había hecho caer en sus manos, se hallaba ya enterado del horrendo lance.

(1) Publicada al frente del *Menaphon* de Roberto Greene, autor dramático de aquellos tiempos.

(2) Fué impreso el drama *The Spanish Tragedy* en la famosa colección del antiguo teatro inglés de Dodsley. (*Collection of old English Plays*, t. III)

Jerónimo y Belimperia miran como deber sagrado el vengarse: aquél, de los asesinos de su hijo; ésta, del príncipe portugués, que sucesivamente ha dado muerte á sus dos amantes. Como es árduo el cumplimiento de tal designio, Jerónimo se finge loco, esperando que llegue ocasión oportuna para realizar la venganza. Sábese de allí á poco que el Rey de Portugal ha de venir á España, para concertar paces en persona. Prepáranse grandes festines á fin de recibir bizarramente al monarca lusitano, y Jerónimo, aunque, al parecer, con la razón turbada, dispone una representación teatral, en la cual deben tomar parte con él Belimperia, Baltasar y Lorenzo. Según la trama de este intermedio, *Perseda* (Belimperia) ha de dar muerte al sul'an *Soliman* (Baltasar), y un baja (Jerónimo) á un caballero (Lorenzo).

Estos homicidios se realizan en la escena: en vez de aparentar que hieren á sus víctimas, el General y la Princesa las matan verdaderamente á puñaladas. Sorprende á los espectadores tan excesiva verdad escénica, y entonces Jerónimo les explica los justos motivos de aquella sangrienta catástrofe, y en seguida mata al padre de Lorenzo y se mata á sí propio.

Hay, como se ve, en *La Tragedia española*, del propio modo que en *Hamlet*, visión de espectro, premeditación de venganza, demencia fingida para realizarla, drama en el drama, desenlace violento, y en él lujo de sangre y muerte simultánea de inocentes y culpados.

En otro drama de aquellos tiempos *Hoffman* ó *El Padre vengado*, escrito por Enrique Chettle, impresor de comedias y colaborador dramático de Shakspeare, hay también circunstancias análogas á alguna del *Hamlet*; entre ellas merece recordarse que la heroína se vuelve loca como Ofelia.

Este drama, famoso en pasados tiempos, y después olvidado, ha sido reimpresso en Londres el año de 1852.

EL MARQUES DE VALMAR.

(Continuará)

## DE LOS USOS DEL PRONOMBRE ÉL,

EN SUS CASOS OBLÍCUIOS SIN PREPOSICION.

Muy parecido al último ejemplo es aquel pasaje del capítulo 18 de la parte 2.ª del *Hidalgo manchego*: «Y don Quijote se lo ofreció (á doña Cristina) con asaz de discretas y comedidas razones,» el cual debería leerse: Y D. Quijote se la ofreció con asaz de discretas y comedidas razones,» si hubiésemos de creer á los que pretenden que *la* y *las* son los verdaderos dativos del pronombre ella.»

He señalado ya tres orígenes ó fuentes de donde manan las diversas faltas que se cometen en el uso de este pronombre; el directo masculino diciéndose *lo*, en vez de *le*; el dativo femenino singular, cuando se dice *la* por *le*, y el mismo caso en el plural, diciéndose *las* por *les*: pasaré ahora á la cuarta especie, que es la que cometen algunos en el acusativo masculino plural, usando de *les* en lugar de *los*, que es como enseñan, no solamente la gramática de la Academia, sino todas las demás. Esta falta es la más caprichosa y destituida de fundamento, pues no presenta razón alguna. Al paso que ella es tan frecuente en los escritores peninsulares, pues se encuentran en Miñano, García Mazo, Zorrilla, Ferrer del Río y otros y otros, rarísima, si acaso alguna vez, se encontrará en los de Méjico, y la razón es que aquí no hay leistas, generalmente hablando, y los de allá han creído, tal vez, sin examinar bien el punto, que, pues el acusativo singular es *le*, *les* debe ser del número plural.

Que para este desvío de la regla no puede presentarse razón alguna, se deduce claramente con solo observar que, no teniendo plural el género neutro, no necesitamos para este número las tres terminaciones que necesitamos en el singular para los tres géneros: en el plural nos bastan las dos, que podemos y debemos aplicar, respectivamente, al dativo y al acusativo, sin que haya cosa alguna que aconseje aplicar el *les* á ambos casos, y lo más raro es encontrar esta falta en leistas, que, no queriendo usar de la misma terminación *le* para dativo y acusativo en el singular, sin embargo de la autoridad de la Academia y de las muchas y poderosas razones que hay para obrar así, usan en el plural de una misma y sola voz. Tal vez el poco ó ningún estudio de este pronombre, les haya inducido á creer que la terminación *le* del acusativo singular debe servir pluralizada para el acusativo plural.

En Méjico se comete otra falta que podrá formar la quinta clase, y la considero peculiar de aquí, porque no hago memoria de haberla notado en escritores de otros países. Suele cometerse cuando concurre el acusativo singular de los tres géneros masculino, femenino y neutro de este pronombre, con el nombre *se*, refiriéndose este á un dativo plural: juzgo que necesito valerme de ejemplos para ser bien comprendido, ó darme á entender: tengo cargo, v. g., de comprar un libro, y de dársele á un colegial; cumplo con la comisión y digo al que me la dió, si soy leista: «he comprado el libro y *se le* he dado;» y si soy loista, le diré: «he comprado el libro, y *se lo* he dado.» Hasta aquí no hay falta alguna; pero supongo que se me encargó diera el libro á los colegiales; la respuesta debe ser la misma, porque

el colegial en el primer caso, y los colegiales en el segundo, están representados por el pronombre *se*, que siendo invariable, no varía de terminación, ora se refiera á un nombre singular, ora á dos ó más en plural: pues bien; en Méjico, y en esto consiste la falta, muchos, quizás los más, dirían en el segundo ejemplo, *se los* he dado, en vez de *se lo* he dado pasando al plural el *lo* del acusativo del *loista*, y dicen, *se los* he dado, por que ya se trata de varios colegiales y no de uno desconociendo que este pronombre no se refiere á los colegiales, sino al libro, que en ambos casos es uno solo, y que *se* es el pronombre, que en el primer ejemplo se refiere al uno, y en el segundo, sin variar de terminación, se refiere á los muchos colegiales. Si en lugar de un libro, se tratara de dos ó más, en ambos ejemplos debería responderse *se los* he dado, pues para el caso es lo mismo que los libros se hubiesen dado á un colegial, que á dos ó más. (1) Los que inciden en esta falta se encuentran obligados á decir de la misma manera, *se los* he dado, cuando dan un libro á varios colegiales, que cuando dan varios libros á un solo colegial, incurriendo en el absurdo de referir, en un ejemplo, el caso oblicuo del pronombre *él* al dativo colegiales, y de referirse en el otro ejemplo, en que solo hay variación de número del dativo, al acusativo *libros*, con lo que manifiestan, también, que ignoran las funciones que, en ambos ejemplos, desempeña el pronombre *se*.

Citaré ejemplos de esta falta que, en la conversacion, oímos á cada paso. En lo que escribia para el *Siglo XIX* D. J. B. M., se encontraba con mucha frecuencia; en el reglamento de la Sociedad Lancasteriana, fojas 4, leemos: «se les avisará (á los socios) por papeleta la junta que les toca, á la que no deberán faltar, á menos de que ocupacion ó enfermedad indispensable *se los* impida, etc.» debería decirse *se lo* impida; el *lo* es neutro, no tiene plural, y se refiere á la preposicion que antecede, y aquí se le dieron, creyendo que el pronombre declinable se refiere al dativo *socios*. En el tomo 2.º, disertacion 7.ª de D. Lucas Alman, pág. 164, se lee: «En el bordado tuvieron (los indios) por maestro á un fraile franciscano, italiano de nacimiento, llamado Fr. Daniel, y como la música era cosa muy esencial para los misioneros, pues que con ella habian de proveerse de cantores para sus coros, se dedicó á enseñárselas Fr. Juan Caro:» aquí debería haberse puesto enseñárselas, y no enseñárselas, porque el pronombre *la* es el que se refiere á la música, que está en singular, el *se* el que se refiere á los indios que están en plural. El Sr. Rejon en su respuesta al ministro de los Estados-Unidos, en 1843, dijo: «Pero se dirá que habiéndoselo llamado (á los tejanos) á establecerse en aquella provincia, se radicaron en ella bajo el sistema federal, que regia entonces á la República Mejicana, y que, disuelto este por la fuerza armada, tenían derecho para separarse de México, tanto más cuanto que la Constitucion de 24 *se los* habia dado para hacer un Estado independiente, cuando tuviese los elementos necesarios.» El Sr. Rejon puso *los* en plural, refiriendo el pronombre al dativo *tejanos*, en lugar de referirle al acusativo *derecho*; el pronombre *se* es el que se refiere á aquel dativo. El señor obispo de Puebla, en su pastoral de 27 de Enero de 1847, dijo: «Da vergüenza decirlo (escribia San Jerónimo); los sacerdotes de los idólos, los bufones, etc., reciben herencias; solo á los clérigos y monjes *se los* prohíbe esta ley, y esta ley fué dada por un príncipe cristiano.» Aquí, lo mismo que en la disertacion del Sr. Alman, se pluralizó el neutro *lo*, que se refiere á la oracion precedente, suponiendo que puede referirse á los dativos *clérigos y monjes*, á los cuales se refiere el pronombre *se*, que los representa.

En un editorial del *Siglo XIX* se lee: «Un padre de familia hoy concede á sus hijos una cosa, y mañana *se las* prohíbe, porque así cree que conviene al arreglo de su casa.» Pluralizó el pronombre personal, creyendo que se referia al dativo *hijos*, cuando se refiere al acusativo *cosa*; los hijos están reproducidos ó representados en el pronombre *se*, y debia decir: y mañana *se la* prohíbe, el *se* es el que se refiere á los hijos, el *la* á la cosa. Con estos ejemplos me parece que basta para manifestar en qué consiste la 5.ª especie de faltas, segun mi numeracion.

Además de las que dejo notadas, tambien suelen encontrarse otras en el uso de este desgraciado pronombre, que por desautorizadas é irracionales no tienen probabilidad de prevalecer, ni hay peligro de que adquieran la prescripcion, aun cuando pasen inadvertidas; una, la de aplicar al dativo masculino singular la terminacion *lo* del acusativo masculino del mismo número, segun los *loistas*, y neutro, segun los *leistas*; esta falta no está apoyada en autoridades, ni en razon, y debe atribuirse á la torpeza del escritor, que no alcanzó á distinguir el régimen indirecto del directo: más descabellado es todavía, y por lo mismo mucho menos frecuente, la de aplicar la terminacion *les* al acusativo femenino plural; ejemplo de ella he encontrado en un discurso que se publicó en el periódico titulado *El Tiempo*, de 17 de Marzo de 1846; dice así: «Pues la cuna de su mayor parte (de las naciones) está rodeada de tan densas tinieblas, que jamas conseguirán *disiparles* todos los esfuer-

zos de la critica.» Estan torpe este *disiparles*, que no hay riesgo de que forme secta; conviértele al acusativo en dativo.

Notados quedan los cinco capítulos de las faltas que se cometen en el uso del pronombre personal *él*, por las cuales, y por los ejemplos que he citado, se vendrá en conocimiento de la verdad de mi proposicion, cuando asenté que faltan á las reglas que para su uso ha prescrito la Academia, casi todos cuantos hablan y escriben en español. Se habrá advertido que no atribuyo igual importancia á todas ellas; la primera especie es aquella tiene mayor, y por desgracia, á la que estamos abocada á vencer en fuerza del uso, que tanto favorece ya al *loismo*, cuyos inconvenientes he procurado demostrar. He insistido mucho sobre los que provendrán de privar al español de una terminacion exclusiva para ese directo neutro, que Clemencin y Gallardo califican de riqueza peculiar de la lengua castellana, que no tienen la latina y sus demas hijas, y en cuyas funciones veia el último mucho de misterioso; de ese neutro cuyos peculiares oficios parece desconocen los *loistas*, y sin cuyo conocimiento no creo posible manejar con perfeccion y destreza el idioma castellano.

Las de la 2.ª y 3.ª especie son de poca importancia, si bien no debe reputarse por cosa enteramente insignificante la falta de fijeza y uniformidad en el uso de las reglas de la sintaxis.

No la tienen pequeña las de la 4.ª, pues fácil es de conocer cuánto aumentaria la confusion y desorden, cuando no bastan las terminaciones de este pronombre para marcar distintamente sus oficios, el suprimir una de aquellas (la de *los*, acusativo plural), de suerte que si ahora tiene seis terminaciones para nueve oficios, entonces le quedarian cinco para los mismos nueve. Afortunadamente no es de temer la prescripcion de este defecto, que no cuenta con la razon, ni con un uso extendido, y tampoco es de temer, por lo mismo, que prevalezcan el defecto ó faltas de la 5.ª especie.

La Academia ha hecho muy bien en sostenerse hasta ahora contra los disidentes, que todavía no aciertan á ponerse de acuerdo en algo; probablemente si hubiera tenido la debilidad de condescender con los que aspiran á singularizarse, adoptando novedades sin bastante examen, habria tenido que dar un paso atrás, como le ha sucedido con alguna ó algunas de las que adoptó en la ortografía. Al fijar los cánones de este pronombre ha caminado con acierto, y ha prestado un señalado servicio á la lengua, eligiendo el medio que, pesados inconvenientes y ventajas, era el preferible y adaptable.

Yo quisiera poder persuadir á los encargados de la enseñanza, que, si á los profesores y adelantados en el estudio del idioma, debe ser útil el conocimiento y manejo de la gramática de Salvá, tan abundante en útiles y curiosos datos y observaciones y tan segura en todo lo relativo á la prosodia; y el de la filosofía de Flórez, que por su método y observaciones no es indigna de tal título; para los niños, y como libro de asignatura, es preferible á todas ellas la de la Academia, por su sencillez, por ser la que menos ha variado la nomenclatura gramatical, y porque si carece de algunos primores y delicadas observaciones, que en las otras se encuentran, tambien está exenta de errores; fuera de que, aun en los puntos disputables, es conveniente seguir una sola bandera para ganar la uniformidad, que, por sí sola es en esta materia una no despreciable ventaja.

Aunque el autor deba, por lo comun, quedar tras de bastidores, y que Pascal haya dicho *jamais le moi*, pláceme agregar que la causa de haber emprendido este trabajo, sin embargo de no sentirme con fuerzas suficientes para desempeñarle cumplidamente, no ha sido otra que mi amor á la lengua castellana; y el motivo de haberlo verificado ahora, el deseo de distraer mis cuitas y sinsabores con lo mismo que para otros muchos seria molesto y enojoso en demasia. *Trahit sua quemque voluptas.*

J. M. DE BASSOCO.

(Méjico.)

#### POETAS AMERICANOS.

JOSÉ MÁRMOL.

«Dios envía poetas á los pueblos  
en decadencia, como envía pájaros  
á las ruinas para que canten su  
pasado esplendor.»

OZANAN.

I

El nombre de José Mármol, consignado por la musa de la América latina en los anales literarios del Nuevo Mundo, escrito por el arte en el prosceio de sus teatros, impreso por el sentimiento en el corazón de los que prestaron oído á sus inspirados cantos, ha sido grabado ya en esa última página de la historia del hombre, fria como el cuerpo que cubre, imborrable como la huella de la inteligencia, inflexible como el destino que la coloca entre la vida y la eternidad.

El poeta cuya alma traspuso, hace diez años, los horizontes de la tierra, ha atravesado la mitad del continente americano abrumado por el peso de los dolores de su generacion, llorando, como el

bardo de Jerusalem, la ignominia y la ruina de su pueblo; retemplando con el fuego ardiente de su civismo la fibra de los cruzados argentinos, y reflejando en sus versos los cielos y los paisajes que contemplaba desde su tienda de proscrito.

Mármol pertenecia á la generacion que sucedió á la de Mayo, y de la cual se envanece la América entera, porque ha sido generacion de héroes, de poetas y de mártires.

Dos bandos, engendrados el uno por la educacion y el otro por la topografía del terreno y la industria dominante en la República Argentina; enropeo por las ideas el primero, colonial por la aspiraciones el segundo, se han disputado en aquellos países, durante medio siglo, el poder y la fuerza.

La civilizacion, fundida en las escuelas y las Universidades, se ha batido sin tréguo con la barbarie pastora, engendrada por el conquistador en las entrañas de los campos despoblados.

En esta contienda librada entre los hombres cultos de las ciudades y los hijos ignorantes de los campos, la barbarie venció, y se hizo gobierno.

Los vencidos, representantes del progreso moral del Plata, no desmayaron en la lucha, y á su vez se hicieron oposicion y resistencia sistemada.

Guerreros, su espada brilló en los campos de batalla; poetas, su lira cantó las victorias del pasado y los dolores del presente; publicistas, su pluma fué el arma más temida de nuestros tiranos.

La proscripcion fortaleció en vez de relajar los lazos que los ligaban á la patria y al hogar, lazos con que más tarde ahogaron la tiranía.

Mármol formó en las filas de esos hombres que salvaron del naufragio la libertad y las letras argentinas, de esos proscritos que combatieron con la espada y con la pluma, con el fusil y con la lira.

Entre las primeras personalidades de esa resistencia desesperada y tenaz desceuela la suya, rodeada de la triple aureola del poeta, del romancista y del orador.

Arrojado Mármol de la aula en que estudiaba y de la patria que amaba, sintió por vez primera la revelacion de las grandes dotes que más tarde desplegó, y al tocarse la frente, pudo decir como Chénier: *J'ai quelque chose la.*

Aun cuando sus composiciones no tienen el sabor científico y filosófico exigido á los trabajos literarios de los hombres dotados de una inteligencia superior, ellas nos demuestran que Mármol pertenecia al número de escritores que, lejos de pasar desapercibidos en el mundo del pensamiento, dejan en pos de sí una huella luminosa.

Mármol no poseia como el Dante la historia y su filosofía.

Su inteligencia no estaba preparada para escribir los cantos de la *Divina Comedia*, monumento imperecedero consagrado á los crímenes y á las glorias de la hermosa patria del poeta florentino; pero conociendo á fondo la *única historia* que á él le preocupaba entonces, la historia de los infortunios de su país, sumergió á sus tiranos en un antro de llamas é ignominia que podria agregarse á los círculos infernales que el Dante, imitando á Anfon, levantó al son de su lira de bronce.

La generacion de Mármol necesitaba luz, y él la prodigó en cantidad bastante para alumbrarle los caminos del bien, que en aquella época de luto y sangre eran los caminos del destierro.

Mármol no ha sido solamente un rimador de conceptos vanales y de palabras sonoras.

Inspirado por la musa de la poesía, habló á su pueblo con el lenguaje elevado de los dioses.

Sus versos, armonías de la patria y del corazón, dijeron al alma de los argentinos lo que la palabra del orador parlamentario ó del tribuno popular no podian encarnar en el corazón del pueblo durante aquella noche sombría, en que la patria de San Martín sólo escuchaba el ruido de las cadenas y el quejido de las víctimas que el tirano llevaba al altar de su barbarie.

La palabra humana necesita algunas veces del sonido musical para penetrar hasta donde alcanzan los acentos marciales de la *Marsellesa*, más elocuente que las frases sublimes con que Napoleón saludó las Pirámides de Egipto.

Mármol ha sido el poeta de la resistencia, el poeta de la revolucion, el poeta de la América.

Nacido del seno de la tempestad, su inteligencia brilló como relámpago, su voz resonó como trueno, su palabra hirió como rayo.

Trovador de la libertad y del amor, ha llevado á todas partes su lira y su esperanza, y en todas ha cantado á las divinidades tutelares del hombre.

Viajero y peregrino, el mar, la pampa y las montañas prestaron á sus cantos sus grandiosos acentos, sus perfumes virginales y el espléndido colorido de la vírgen naturaleza.

Arrojado por Rosas á las playas orientales del Plata, y levantado por el génio y el dolor al Parnaso, lanzó desde la cima del monte sagrado sus valientes estrofas, que cayeron sobre el tirano, no como el canto del poeta, sino como esas avanchas que, desprendiéndose de la cumbre del *Monte Blanco*, ruedan estrepitosamente por sus desfiladeros, y siembran el espanto al caer en medio de los rebaños del valle de *Chamounix*.

Montevideo, tierra de asilo y de esperanza para nuestros proscritos, como lo fué Chile, que tanto amaron ellos, y amaré yo, escuchó poco tiempo la voz del bardo argentino.

Mármol abandonó sus playas, surcó el Atlántico, dobló el cabo de Hornos, atravesó el Pacífico,

(1) Este es el uso bárbaro que tanto increpa Bella en su gramática.

se detuvo al pié de los Andes, contempló entusiasmado sus grandiosos panoramas, cantó á la espléndida naturaleza de Bolivia, y pasó muchas de las tristes noches de su vida aspirando los perfumes de los trópicos, embriagado con la luz de su brillante cielo, y deslumbrado por la belleza de las mujeres seductoras del país de los Incas.

El poeta ha dejado consignadas sus impresiones en las páginas del *Peregrino* y de las *Armonías*, compendio breve de su dolorosa historia, galería brillante de los paisajes del Nuevo Mundo.

Lleno de recogimiento, y dominado por el respeto que inspira el géneo, abro esos libros sobre la tumba de Mármol, para arrancar de sus páginas perfumadas estrofas, que, tomadas al acaso, justifican lo que digo del poeta, cuyo sepulcro sólo me es dado saludar á la distancia.

He dicho que fué el poeta de la resistencia contra Rosas, que su voz fué un trueno, y su palabra un rayo.

Hé aquí el eco de ese trueno y el rastro de ese rayo:

«.....  
Cuando de bayonetas se despeñó un torrente cubriendo de victorias el mundo de Colon, salvaje! tú dormías tranquilo solamente sin entreabrir tus ojos al trueno del cañon. Y cuando tus hermanos, al pié del Chimborazo, sus alturas sienas vestían de laurel al viento la melena, jugando con tu lazo, por la desierta pampa llevabas tu corcel.  
.....  
¿Qué sér velado tienes que te resguarda el paso, para poder buscarlo con el puñal en pos?  
¿Cuál es de las estrellas que te alumbrá, acaso, para pedir sobre ella la maldición de Dios?  
¿En qué hora sientes miedo dentro tu férreo pecho para evocar visiones que su pavor te den?  
¿En qué horas te adormeces, tranquilo sobre el lecho, para llamar los muertos á sacudir tu sien?  
.....  
Prestadme, tempestades, vuestro rugir violento cuando revienta el trueno bramando el Aquilon; cascadas y torrentes prestadme vuestro acento, para arrojarle eterna, tremenda maldición!  
.....»

Hay en estas estrofas algo como el eco de la desesperación del hombre que contempla su patria azotada por el bárbaro: algo como un estremecimiento de ira que estalló en una imprecación tremenda en el corazón del argentino, que en la impotencia de su peregrinación por las playas del destierro, parece esperar de los dioses el rayo de muerte que ha de arrebatarlo en su camino de crímenes y horrores.

Sin embargo, la desesperación no le impide vislumbrar, á lo lejos, los horizontes del porvenir, teñidos con los colores de la esperanza, y al terminar ese mismo canto, exclama:

«Y al extenderse hermoso tu brillantino manto, ni esclavos ni tiranos con mengua cubrirá, y entonces de este Rosas que te abomina tanto, ni el polvo de sus huesos la América tendrá!»

El tirano tenía sus cómplices, y Mármol les lanza también un tremendo anatema; y al ocuparse de ellos les dice con ese acento viril que debió hacerlos estremecer más de una vez:

«Diputados, ministros, generales, ¿qué haceis? decid. El bruto tiene fiebre, arrastrad vuestras hijas virginales como manjar nitroso á su pesebre; corred hasta las santas catedrales, á vuestros piés la lápida se quiebra, y llevad en el cráneo de Belgrano sangre de vuestros hijos al tirano.»

He dicho que el inspirado cantor del *Peregrino* fué el poeta de la América, que reflejó en sus versos los cielos y los paisajes de este nuevo mundo que parece colocado por Dios en el camino de la humanidad como un faro de esperanza que ha de alumbrar el derrotero de las generaciones venideras.

Leed su canto *A las nubes*, inspirado por esas gasas flotantes que velan los astrós en el Cabo de Hornos.

Reclinado en la popa de su bajel, que azotaban los vientos del Cabo, uniendo su voz al acento de las olas, conmovido por ese espectáculo grandioso en que el hombre se encuentra solo en presencia de Dios y de sus impresiones, Mármol exclama:

«Gloria á vosotros, vaporosos velos, que flotais en la frente de los cielos, como ajentos perdidos del que arrojó los astros encendidos, ó cual leves encajes que velan de su rostro la hermosura, enseñando al través de los celajes de sus azules ojos la dulzura, el alabastro de su frente hermosa, su labio de corales y en bellas espirales su cabellera de oro luminosa.  
¿O sois, decidme, acaso, los reflejos del alma de mi Dios? Bendice al mundo cuando de oro y azul pinta la esfera y derrama colores ricos en fantasía y en amores como los años de la edad primera?»

La aurora, tantas veces cantada por poetas que

no la han visto, ó presentada por la imaginación brillante de otros, no podía dejar de impresionar vivamente el alma de Mármol, y un día hirió los vientos con su canto fogoso, lozano y potente como la naturaleza tropical que se lo inspiraba, y brillante como el grandioso espectáculo que contemplaba en esa hora de luz y de armonías.

Escuchad sus primeras estrofas:

«Los trópicos! Radiante palacio del crucero, foco de luz que vierte torrentes por do quier! Entre vosotros toda la creación rebosa de gracia y cpulencia, vigor y robustez.  
Cuando miró imperfecta la creación tercera y le arrojó el diluvio la mano de su Dios, naturaleza llena de timidez y frío huyendo de los polos al trópico subió.  
Y cuando dijo: basta! volviéndola sus ojos y decretando al mundo su nuevo porvenir, el aire de su boca los trópicos sintieron y reflejarse el aire de su mirada allí!  
Entonces como premio del hospedaje santo naturaleza en ellos su trono levantó, dorado con las luces de la primer mirada bañada con el ámbar purísimo de Dios.»

Las noches de América, «noches de otro mundo,» como las llamaba Mora, tuvieron también en Mármol un cantor inspirado. Mecido en sus sombras, cuando nos habla de la noche, canta tiernamente.

«En tus velos la historia de mi vida con sus penas, su llanto y sus amores desde mi juventud vive escondida, coronada de espinas y de flores!»

Al trazar estas líneas, humilde, pero sincero tributo que la amistad y la admiración deposita sobre la tumba del amigo y del bardo, no he pretendido trazar un estudio sério del poeta: apenas he tratado de presentar las variantes caprichosas, llenas de fuego y luz, de impetuosidad y ternura, que se agitaban turbulentamente en aquella alma, de cuyo fondo partían ruidos tremendos contra la tiranía, y ecos melancólicos para cantar los dolores de su corazón.

Entre las composiciones más perfectas de Mármol, ocupará siempre un lugar preferente la que dedicó á la condesa de Walewski, esposa del ministro francés de ese nombre, que desempeñando su misión cerca de la corte de Palermo, perdió una hija tierna, que llenaba de encanto su hogar, trasplantado á la argentina playa.

La madre ha llorado allí; ha humedecido con su llanto la misma tierra que con el suyo humedecen las madres argentinas que ven morir sus hijos en el patíbulo, ó cuya cabeza, al despertar veían clavada al pié de la pirámide que simboliza la tradición gloriosa de la epopeya inmortal de la independencia.

En las lágrimas de la peregrina francesa y en las de nuestras madres, Mármol vislumbra la comunidad de la pena, la del sentimiento y del dolor; y compartiendo las emociones que abaten la frente de la condesa de Walewski, aprovecha hábilmente la presencia de esa tumba temprana é inocente para hacerla comprender, que si ella en el infortunio ha tenido al ménos el consuelo de poder llorar á su hijo, las madres argentinas ni eso pueden hacer á la sombra de la tiranía que las enluta.

Tiernas y bellas son las estrofas en que Mármol le dice:

«Vos, señora, nacida bajo un cielo dó siempre el iris y la aurora víais, recién alzado el nacarado velo de vuestra juventud, ¿llorar sabíais? ¡Ah! ¡Llegásteis allí y en vuestra suerte las flores con el llanto descoloran; que en esa tierra de infortunio y muerte hasta las piedras insensibles lloran.  
Disteis un ángel á la patria mía; pero al arrullo del materno anhelo la tempestad del Plata respondía, y asustado el querub, volóse al cielo.  
Llanto de madre vuestros ojos dieron y, asida al corazón la suerte ingrata, lágrimas y gemidos se perdieron entre las brisas del salvaje Plata.  
Ved ¡sí! señora, en vuestro propio llanto el llanto de mil madres argentinas.  
¿Dónde sus hijos son? ¡ah! cómo es santo el duelo de esas almas peregrinas!  
Allí donde perdisteis vuestra hija, allí arrancados de sus brazos fueron; y allí donde llorásteis tan prolija sobre sangre sus lágrimas corrieron.  
Mas vos, al ménos, llorareis amores, libre, en la urna vuestros ojos fijos; y ellas no pueden ni tejerles flores, ellas no pueden ni llorar sus hijos!  
¡Ay, señora! tened en la memoria que esa patria infeliz que veis en luto, llorando siempre su pérdida gloria, miró nacer á vuestro tierno fruto.  
Que allí, en el labio maternal bebísteis su primer respirar, su primer grito; que allí, en el brazo maternal sentísteis el primer sueño de su sér bendito.  
Que ella en los cielos argentinos mora: que allí os lo diera Dios, y á Dios entonces por su patria infeliz rogad, señora... Súplica de mujer conmueve al bronce.»

He dicho que Mármol fué también un trovador del amor.

Si hay algo que á un poeta le brinde inspiración tierna y apasionada á la vez, es ese sentimiento, misterio é insondable, que se llama el amor.

Cuando su soplo penetra en el corazón, lo levanta hasta Dios, porque comprende que su espíritu es la fuente de todas las inspiraciones que arroban el alma.

Mármol, al querer traducir en acentos tiernísimos esos arrobamientos deliciosos del corazón, se dirige á Dios, y le dice:

«¡Señor! no te profana al hablarte de amor mi voz mundana porque yo sé que con tu mismo aliento el fuego enciendes que en mi pecho siento!  
La cristalina gota del llanto matinal sobre las flores; el pequeño arbusto besando al mar desde la peña rota; al espirar el sol, los mil colores que huyen la noche con su ceño adusto: de los niños la risa y las congojas; de las palomas el sentido arrullo; la música del éfiro en las hojas, y el cristal de una fuente y su murmullo, fueron siempre, Señor, al alma mía el terso espejo dó tu imagen vía: dó mis ojos, Señor, te contemplaran en tu esencia de amor y de pureza, como el trueno y el sol me revelarían tu eminente poder y tu grandeza. Pero nunca jamás te hallé tan bueno, ni más sublime en débil criatura, que al sentir en mi seno este mar de inquietudes y ternura. Hoy no vivo por mí—vivo en la vida de una mujer que á revelarme vino la esencia celestial que hay encendida en cuanto es obra de tu sér divino.  
.....  
Ella no exalta, no, mi fantasía, ella hiere, señor, con mago encanto la sensibilidad del alma mía, como la luna sobre el mar sin olas, como en el templo el religioso canto, como en lo espeso de sus selvas solas, la música del viento, el quejido de amor de las palomas, y el penetrante aliento de las auras besando las aromas.  
.....»

Lamentando la ausencia del ángel de sus ilusiones, le dice en uno de los *Cantos del Peregrino*:

La misma línea del cielo cubre tu frente y la mía; ¿qué haces ahora, María, mientras suspiro por tí? Esos instintos secretos de los corazones que aman al ver la mar no te llaman pensando, María, en mí? ¡María! Mi dulce amiga, mi ángel de paz en la tierra. ¡Cómo en mi pecho se encierra la imagen de tu beldad! ¡Cómo estás en mi memoria cual un destello divino que va alumbrando el camino de una negra adversidad»

Se le presenta la imagen seductora de su amada en la hora de los sueños, y la llama:

«¡Fantasía de Dios en noche hermosa de que hizo luego terrenal hechizo!»

Se queja de su desvío y exclama airado:

«Hermosa estatua del jardín humano, obra perfecta del mejor cincel: si una alma hubieras en tu cuerpo frío un ángel fueras del soñado Eden!»

Llega para su alma el momento de la prueba: su corazón no late agitado por la esperanza que vivifica: el desencanto lo oprime con su aliento que mata.

Escuchad al poeta que pugna por alejar de su lado la visión dolorosa de su vida actual, ensueño feliz de su pasado:

«Delirio celestial, huye de mi alma, mi pecho es una tumba y quiero calma!»

Mármol no ha cantado solamente á la patria, á la naturaleza y al amor.

Su espíritu caballeresco le inspiró un drama titulado *El Cruzado*, de cuyos versos se desprende la luz y el perfume de la vida oriental.

La escuela romántica, en boga en la época en que él empezó á figurar, registra en sus anales una producción dramática suya titulada *El Poeta*.

Estas dos obras, inferiores á las otras que han salido de su pluma, no han disfrutado de reputación. Su vida ha sido efímera y pasajera, porque su autor no desplegó en ellas el conocimiento del arte que mueve los resortes dramáticos, da relieve á los personajes y los reviste con las galas de una eterna juventud.

Ninguna de estas dos producciones, analizadas concienzudamente bajo el punto de vista del arte dramático, de las condiciones indispensables que un drama de esta naturaleza debe tener para producir efecto, podría resistir á una crítica severa comparada con algunas otras obras dramáticas de autores americanos.

Puestas en paralelo con las de la escuela francesa, y mucho más con las que en los últimos años han hecho la delicia del espectador, cuyo gusto se refina cada día, á medida que pierde la pasión por la *Carcajada*, *Los siete grados del crimen*, y todos esos dramas que convierten la escena en una necrópolis inmensa, ninguna de las dos obras de Mármol podría entrar en cotejo con la más pobre de las representadas últimamente en *Varietés* ó la *Porte Saint Martin*.

Hay en ellas algunos versos en que se revela el poeta: nada más. Ni los personajes tienen armonía escénica, ni el conjunto satisface ninguna de las exigencias del arte dramático.

Caida la tiranía de Rosas y vueltos los proscripciones al seno de la patria, la lira de Mármol enmudeció.

Se cuenta que Milton sentía debilitarse sus fuerzas intelectuales en ciertas épocas del año, y que ellas adquirían todo su vigor desde el mes de Septiembre hasta el equinoccio de primavera.

La mente del autor del *Paraiso perdido*, jeme-la de la naturaleza, tenía como esta sus épocas de fecundidad y sus épocas de esterilidad.

Mármol, ménos feliz que el poeta inglés, no ha pasado por esas evoluciones periódicas, aun cuando tenía de común con él haber experimentado en su espíritu las influencias estimulantes ó enervadoras del mundo exterior.

¡Águila que desplegó el vuelo en la tempestad, plegó sus alas en la bonanza!

Mármol cantó sacudido por el choque de la electricidad; Mármol enmudeció cuando, serenada la tormenta y despejada la atmósfera por el huracán de la libertad, no había tiranos que combatir, ni pasiones ardientes que lanzar á la hoguera de la revolución triunfante.

El 20 de Marzo de 1848 tuvo lugar en Montevideo una escena, cuyo recuerdo hiela la sangre en mis venas, porque en aquella noche la que allí se derramó fué la sangre de mi padre.

Florencio Varela era el pensador severo, el periodista valiente que, justificando la resistencia al bárbaro sistema de Rosas y Oribe, alejaba de su causa, manchada con el crimen, las simpatías del mundo civilizado.

Las *mashorca* opuso á su pluma la única arma que pueden manejar los bárbaros: el puñal del asesino.

Cabrera fué encargado de borrar con la sangre de Varela las páginas brillantes de su diaria é inmortal propaganda.

Aun cuando *las ideas no se degüellen*, ese crimen podría haber sido fecundo para la barbarie, consumado antes que la enseñanza del mártir hubiera germinado en todos los corazones honrados.

No poseyendo Rosas y Oribe el poder con que soñaba aquel tirano antiguo que pretendía reunir en un cuerpo todas las cabezas para cortarlas de un solo golpe, el puñal de Cabrera no pudo atravesar en el pecho de Varela el corazón de su partido.

Hé ahí por lo que fué doblemente estéril y horrendo tan nefando crimen.

Al pié del cadáver de mi padre, sus amigos le prometieron venganza, y enviaron á decir á los tiranos «que cada uno de ellos era un heredero de su espíritu y de su propaganda.»

En el día siguiente de su muerte, Varela fué conducido triunfalmente al cementerio de Montevideo.

Después que sus compañeros de destierro le dijeron adios con la palabra y las lágrimas, se adelantó un joven con la cabeza levantada hácia el cielo y los ojos enrojecidos por el llanto, y acercándose al sepulcro que debía guardar las cenizas del proscrito, escribió sobre su puerta estas palabras:

«Muerto á la libertad, nació á la historia.  
Y es su sepulcro el templo de su gloria.»

Ese joven era Mármol; esa inscripción era una profecía.

Algunos años antes de su muerte, en el seno de la patria que tanto amó, redimióla ya del tirano, que más de una vez hizo temblar con los ecos de su lira; había perdido la vista.

Esta desgracia no produjo en Mármol el efecto que en el ruiñeñor, á quien se priva de los ojos para perfeccionar su canto.

El tampoco ganó como Milton en luz interna lo que perdió en luz del día. Las sombras exteriores penetraron en la mente del peregrino y envolvieron su alma en una nube de profunda melancolía, que le impidió cantar como el ruiñeñor del bosque y el poeta sublime de la *Caida de Adan*.

Una nueva desgracia lo sorprendió en su camino de sombras.

Al poco tiempo de no ver la luz sintió su pecho oprimido, como en otra hora cuando los suspiros ó la esperanza dilataban su corazón.

Su sangre se negaba á circular por esa vísce-ra, las corrientes de su vida se estancaban, y el poeta se sentía ahogado por su propio corazón!

La ciencia y la amistad lo rodearon, y comenzaron la lucha entre ellas y la muerte, que cernía sus alas sobre la frente pálida del antiguo trovador.

Antes de salir de Buenos Aires, en la víspera de mi partida, fuí á despedirme de Mármol en su lecho de agonía.

Sus ojos sin luz estaban fijos en un horizonte que pugnaban por abarcar con su mirada moribunda; sus oídos no escuchaban ya la voz de sus amigos; su espíritu, suspendido entre la tierra y

el cielo, empezaba á disfrutar del éxtasis de la bienaventuranza.

Pocas horas después se incorporó enérgicamente, y exclamó: ¡Vida! ¡Vida!

La muerte puso fin á esa aspiración semejante á la de Goethe, que en tan supremos instantes pedía: ¡Luz! ¡Luz!

La vida acudió al llamamiento de Mármol como acudió la luz al llamamiento de Goethe.

El resplandor que rodeó como una auréola el cadáver del poeta alemán, iluminó también la frente del poeta argentino, al penetrar su alma en la región de la vida inmortal!

HÉCTOR F. VARELA.

## LA MUJER ANTE SUS DETRACTORES.

Sin la falta de la compañera de Adan, investigaríamos en vano la causa de los males que afligen á esa criatura racional del sexo femenino, como llama ó define á la mujer el Diccionario de la Academia Española. Desde que la palabra del Sumo Hacedor fué revelada á Moisés, escribe cierto autor, vinieron los comentarios de los hombres, quienes no contentándose con creer, quisieron ver, y cayeron en el absurdo. Unos negaron su origen á Eva, y para conservar su costilla al primer varón, le adornaron con una cola, que Dios arrancó, y con la cual hizo á la mujer; otros sustituyeron la cola de Adan con un rabo de perro, con cuya materia aseguraban seriamente que se formó á aquella.

De haber criado Dios á la mujer después que al hombre, se han querido sacar diversas consecuencias. Quién dijo: la mujer, siendo obra posterior, es más perfecta; otro afirmó: criado el Universo y criado el hombre, el edificio estaba concluido; faltábale solo la veleta, y Dios hizo á la mujer.

Un proverbio antiguo reza: No sigais á la mujer. La glosa de esta sentencia es la siguiente. Tales palabras suponen que la perversion de la mujer ha sido el origen de todos los males. Los comentarios de Tching-Kiai confirman tal explicación. Un pasaje de Chi-King, citado por Roselly de Lorgues, es todavía más explícito: Nuestras desgracias no vienen del cielo; la mujer tiene la culpa de ellas. Más adelante indica: Todo nos estaba sumiso; la mujer es la que nos ha convertido en esclavos. Por esta razón, en el Celeste Imperio, la mujer expía con la esclavitud moral y material á que vive sujeta, y con la deformidad de sus piés, la gran parte que ha tomado en nuestros infortunios.

El primer poeta cómico de Francia, Juan V. de Bretaña, con la gracia que le distinguía manifestó, que una mujer era discreta cuando sabia encontrar la diferencia entre la camisa y el jubón de su marido, pensamiento de que se aprovecha en una de sus mejores comedias.

Para Plauto, tratándose del mérito de las mujeres, no cabe disputa, es inútil hablar de lo que no tienen.

Un escritor moderno, S. Catalina, asegura como de paso, que la mujer no es nada, pero que puede serlo todo con la educación, y el prologuista ó comentador del curioso libro donde aparece esa idea, cree, queriendo defender á las pobres hijas de Eva, que concediéndolo todo á la educación, se expone á colocarlas en la misma condición en que están las monjas que adiestran los piemonteses.

Desmaís pregunta: ¿Quién puede dar una definición exacta de la mujer? Verdaz es que todo habla en ella; pero es un lenguaje equívoco é incomprensible. La que parece más indiferente es á veces la más sensible; la más indiscreta pasa por la más falsa. Siempre prevenidos contra las hembras, el amor ó el despecho dictan los juicios que emitimos los hombres respecto de ellas. Los más precarios talentos, al querer descifrar el enigma viviente llamado mujer, no hacen más que presentar nuevos é irresolubles problemas.

Como quiera que no hay nada más atractivo que un rostro hermoso, nada debe infundirnos más sospecha, porque, como testifica Plutarco, es un traidor que se hace temer y mirar con mucho deleite.

Las mujeres, en opinión de Voltaire, se parecen á las veletas, en que después de girar es cuando se fijan.

Segun Belonio, la mujer es ciertamente el sér más voluble de la creación; nunca ó casi nunca la dirige el raciocinio, y casi siempre el capricho. No se dá razón de nada de una manera lógica; rara vez procura investigar el móvil de sus actos: de suerte que cambia de ideas, impresiones y sentimientos con una rapidez inconcebible. En un mismo instante se la ve reír y llorar, colérica y risueña. Es la golondrina que hiende los aires sin saber á dónde dirigir su vuelo; es el jilguero que salta continuamente de rama en rama sin objeto ni voluntad propia.

Opina Desnoyers, que la mujer que se pone á la cabeza de los hombres, pronto se encuentra á sus piés.

La reina Cristina, de Suecia, decia: Me gustan los hombres, no tanto porque son hombres, cuanto porque no son mujeres.

Tito Livio creía que las mujeres son unas hermosas casquivanas, que dan al espejo y á los adornos el único interés de la vida.

En el desvanecimiento del amor propio ha

llegado el hombre hasta á poner en tela de juicio la racionalidad de la mujer, como sucedió en el siglo VI, en el Concilio de Macon, donde más de doscientos obispos y abades disputaron si podría ó no ser calificada de criatura humana.

Poco elevada, ó por mejor decir nada elevada, era la idea que de la organización intelectual de la mujer tenía aquel duque de Wutenberg que contestó á la suya, cuando quiso hacerle algunas observaciones respecto á la guerra que proyectaba contra la Suabia: Señora, hemos tomado á usted para tener hijos y no para dar consejos.

Mahoma dá por cierto que la mujer no es más que una materia de goces, un juguete para divertirse en tanto en cuanto agrada y que se rechaza después que hastía. Bajo esta idea imaginó su paraíso y las hurís que le habitaban.

El canciller Manpeon ha negado rotundamente la aptitud del bello sexo para ciertas materias, como, por ejemplo, la política, escribiendo que las mujeres entienden tanto de ello como los gansos.

Si escuchamos á un crítico notable, le oiremos decir, que la mujer es una criatura humana que se viste y se desnuda.

Al crear Dios á la mujer, aseveraba el poeta Simónides, sólo le dió cuerpo, mas cuando intentó regalarla un alma, fabricó la de la primera hembra con una porción de marrana, la de la segunda con una mistura de zorra, la de la tercera con una partícula de perro, el alma de la cuarta con un puñado de tierra, la de la quinta con la espuma del mar, la de la sexta con una oreja de asno, la de la sétima con el rabo de un gato, la de la octava con las crines de un jumento, la de la novena con una mueca de mono, y finalmente, el alma de la décima con la miel de abejas. De suerte que, entre diez mujeres, sólo una es digna de atención á los ojos de Simónides.

La mujer no es tan virtuosa como el hombre, aseguraba Platon; no posee mas que un alma subordinada, añadia Aristóteles; no debe hacer hablar de ella ni en bien ni en mal, repetia Tucídides; es perversa por naturaleza, suponía Hipócrates: su inclinación debe reprimirse incesantemente, de lo contrario crece en todas direcciones como árbol torcido.

¿Por qué hablar mal de las mujeres? interrogaba Carcinus; ¿no basta el nombre de mujer para indicar todo lo malo?

Eurípides interpelebalas de esta suerte en pleno teatro: Vuestro génio rematadamente malo, la perversidad innata en vuestra alma son causa del duelo en que se vé envuelta nuestra patria. Seria de desear que la naturaleza descubriese alguna receta para perpetuar el género humano sin tener que recurrir á vosotras.

No faltan entre los rabinos quienes pretendan que el nombre Eva está derivado de una palabra que significa «hablar,» y que á la primera mujer se la dió dicha denominación, porque poco tiempo después de la creación del mundo, cayeron del cielo doce cestos llenos de palabras, de los cuales ella cogió nueve, mientras su marido se apoderaba de los tres restantes.

Balzac asentó, que la mujer es una variedad rara en el género humano. Hasta los treinta años, el rostro de la mujer es un libro escrito en lengua extranjera, que puede traducirse, no obstante los modismos del idioma; pero pasados los cuarenta, la mujer se convierte en un geroglífico indescifrable, que solo es capaz de adivinar una mujer de la misma edad.

E. de Neuville, después de preguntar ¿qué es la mujer? la describe así: Es una criatura imperiosa en medio de su debilidad; sencilla y astuta, tímida é intrépida. Se la ha visto subyugar la fuerza con su destreza; querer á un hombre, y adorar á otro al mismo tiempo; buscar al que huye de ella, y huir del que la sigue; vacilar veinte veces al día entre el deber y el amor; amalgamar del mejor modo posible las obras de Dios con las de Satanás, y reunir, en una palabra, todos los extremos, cual si cupieran en su naturaleza todas las deducciones de la locura y del sentido comun.

Segun patentiza un sábio religioso, el corazón de la mujer es de cera; mujer, continúa éste, deriva de *mulier*, y *mulier* de *mollis*; de consiguiente la mujer no es otra cosa que arcilla de alfarero, y por lo mismo el demonio tiene constantemente la mano en la masa; por cada hechicero fabrica diez hechiceras.

En la Edad Media la mujer es adorada y despreciada á la vez. Una leyenda antigua atribúyela nueve defectos, ni más ni ménos, y todos ganados: defecto de prudencia, de lealtad, de modestia, etc. Froissant ennegrece todavía la leyenda para justificar la ley Sálica. El reino de Francia, indica, es noble en demasía para caer en manos de hembra.

Brahma, decia la ley de Manú, ha inculcado á la mujer la pasión de los adornos, de los manjares succulentos, de la pereza, de la mentira, de la perfidia, de la lujuria, etc. No hay vicio ni defecto, por grosero ó agradable que sea, que la mujer no posea. Una mujer, añade el texto, puede desviar al sábio mismo del camino recto; no hay virtud que resista á su poder. Tiene la boca del loto y el corazón de cortante acero; no ama á nadie sino á sí misma, y para satisfacer un capricho es capaz de hacer matar á su marido, á su hijo, á su hermano, á su cuñado.

La mujer, opina Pelletan, ha sido la inventora del mal y la que ha dado participación en él á su compañero de existencia. Ella, bajo el nombre de

Eva, cogió la manzana, condenando de esta suerte al hombre á perpetuo trabajo; ella, adoptando el nombre de Pandora, abrió la caja del infierno y esparció por el haz de la tierra el aguinaldo de las enfermedades, de la guerra, de la discordia, del hambre...

Quevedo dejó escrito en la vida de Marco Bruto: que la mujer es compañía forzosa, que se ha de guardar con recato, se ha de gozar con amor y se ha de comunicar con sospecha. Si las tratan bien, algunas son malas; si las tratan mal, muchas son peores. Aquél es avisado que usa desus caricias y no se fia de ellas.

Publius Sirus presupuso que toda mujer que piensa, piensa mal.

En concepto de la Rochefoucauld, el talento de la mayoría de las mujeres sirve más para fortalecer su locura que su razón.

Rousseau aseguraba que podemos más bien vivir sin ellas, que ellas sin nosotros.

Tres son las cosas que dominan poderosamente en la mujer, según Diderot: el interés, el placer y la vanidad.

Preguntado Sócrates sobre si era mejor el tomar mujer ó no, contestó: El que haga cualquiera de las dos cosas se arrepentirá.

En el álbum de una señora, que quería que se dijese algo acerca de la desgracia de ser mujer, estampó estos versos una aventajada poetisa, C. Coronado:

¡Oh Dios! Nacer mujer es triste cosa,  
desventurada suerte nos rodea!  
¡Ay infeliz de la que nace hermosa!  
y ¡ay infeliz de la que nace fea!

Un apologista del sexo bello, L. de Vega, poetizó al final de cierto soneto:

Es la mujer, en fin, como sangría,  
que á veces da salud y á veces mata.

De otro escritor no ménos ingenioso, Tirso, son los siguientes versos:

..... Maravillas  
hacéis las mujeres, raras,  
Pues de cuatro salserillas  
sabeis sacar veinte caras.

Por la mujer ocurrió, según un vate moderno, que

Hércules perdió el valor,  
Sansón la fuerza y... el pelo.

Florentino Sanz, en una de sus más lindas comedias, dijo:

Que es un reloj la mujer,  
donde puso el relojero  
un camino al minuterio,  
por el cual debe correr.  
Y, si por cualquier pretexto,  
de tal camino se sale,  
ya la mujer nada vale...  
como el reloj descompuesto.

H. D'Urfé, hablando del corazón de la mujer:

Ménos se agitan las olas,  
ménos corre y cambia el viento,  
ménos titila la llama,  
ménos vuela el pensamiento,  
que el corazón de mujer  
diverso á cada momento.

Espronceda profetizó:

..... Que es la mujer ángel caído,  
ó mujer nada más y lodo inmundo,  
Hermoso sér para llorar nacido  
ó vivir como autómatas en el mundo.

Por último, el compilador de estos ligeros apuntes, concluye la ingrata tarea que se impuso sin formular opinión propia, por atenerse al conocido refrán, «con la mujer y el dinero, no te burles, compañero,» y también á aquellos versos de L. Moratin:

Los hombres y las mujeres,  
todos, poco más ó ménos,  
son de una misma calaña.

ANTONIO M. DUMOVICH.

## REPÚBLICA ARGENTINA.

Uno de los diarios más importantes de París, ocupándose de la situación de la República Argentina, al dar á sus lectores las últimas noticias que de allí le llegan, dice lo siguiente:

«Pocas ó ninguna de las Repúblicas Sud-Americanas presentan ante el mundo un estado más próspero, una situación más floreciente que esta República que marcha á la vanguardia de los progresos y de la civilización.

La inmigración ha vuelto á tomar un incremento extraordinario, todo debido á la paz, á la estabilidad definitiva y que nada ni nadie podrá alterar en lo sucesivo; tal es el espíritu de firmeza y de patrióticos propósitos que animan á S. E. el señor presidente Roca, secundado en estos sentimientos de orden y de engrandecimiento por todos los hombres eminentes de la nación, sin distinción de partidos, y por el pueblo en masa, libremente entregado á los adelantos de las industrias y de un progreso de que no hay ejemplo en América.

La Exposición Continental que hace poco se ha inaugurado en Buenos-Aires, es el hecho más trascendental que ha podido realizar esta joven República, en cuyos robustos bra-

zos se levantan las esperanzas más grandiosas que pueblo alguno haya acariciado en los tiempos modernos. Ese gran torneo de la industria y de las artes argentinas es el signo más palpitable de los extraordinarios recursos, de la riqueza y del desarrollo general que allí se opera con asombro del mundo entero. El es también el síntoma consolador, el hecho más gigantesco que pone en relieve á los ojos de propios y extraños los magnos esfuerzos, los grandes sentimientos y ambiciones legítimas que alientan á un pueblo viril, á una raza privilegiada que abre sus puertas y su corazón á todas las creencias, á todas las lenguas, á todos aquellos, en fin, que, cualquiera que sea su origen, llevan consigo el espíritu del trabajo, de la industria y del comercio en el campo del bien y de la honradez.

Buenos-Aires, la gran capital de la América Meridional, la Atenas Argentina, se encuentra animada como nunca desde la inauguración de la gran Exposición Continental, la primera realizada en la América española, con proporciones asombrosas, habiendo acudido á ese gran torneo los principales Estados del Nuevo Continente. El aspecto de Buenos Aires, con tal motivo, es absolutamente el mismo que ofrecen nuestras más grandes capitales europeas cuando realizan Exposiciones ó acontecimientos de esta magnitud.»

Las noticias que de allí llegan á Europa, justifican plenamente estos juicios de nuestro ilustrado colega francés.

El espectáculo que presenta la República Argentina es verdaderamente brillante: espectáculo de trabajo, de adelantos, de progreso, de reformas y mejoras, de Gobiernos que han prescindido completamente de la ocupación de la política, que aquí nos vá consumiendo, para entregarse con fe y resolución á todas las tareas materiales y morales que hacen la grandeza, la prosperidad y el bienestar de las naciones.

En el orden político acaba de producirse un hecho que revela hasta qué punto de importancia ha llegado allí el respeto á la autoridad constituida y el amor á la paz.

En la provincia de Corrientes, una de las más importantes por su riqueza y población, por el carácter belicoso é independiente de sus hijos, y por su situación geográfica, estalló un movimiento revolucionario, de carácter puramente local.

Cuando uno de estos hechos—naturales en pueblos que viven á la sombra de la más amplia y completa libertad—se producía en cualquier punto del territorio, los Gobiernos anteriores tenían por costumbre nombrar interventores nacionales, con la misión de ir á pacificar la provincia sublevada.

Esas intervenciones, por lo general, eran fatales para las provincias.

Comprendiéndolo así, y teniendo ante sus ojos los resultados dolorosos de la experiencia, ¿saben los lectores de LA AMÉRICA lo que acaba de hacer el joven general Roca, presidente de la Argentina?

Apenas tuvo conocimiento del movimiento revolucionario de Corrientes, se embarcó en uno de los buques de la escuadra, y sin séquito, sin un soldado, y sin más compañeros que su inteligente ministro el doctor Wilde y un par de edecanes, se trasladó personalmente á dicha provincia.

Roca no tenía contra quién combatir; pero como César, fué, vió y venció, desarmando inmediatamente á los partidos locales, evitando la efusión de sangre, y restableciendo el orden y la paz, momentáneamente alterados.

Este hecho, que revela el prestigio inmenso del presidente de la República, y la solidez del respeto á la autoridad nacional, no había tenido precedente en el país, que lo ha festejado como una nueva é importantísima conquista en el perfeccionamiento de sus hábitos y costumbres políticas.

Conocido por el pueblo, resolvió hacer una manifestación de simpatía y gratitud al presidente Roca, presentándole un álbum.

La comisión nombrada con ese fin eligió al diputado del Congreso, Nicolás Antonio Calvo, para que redactase la dedicatoria que el álbum debía llevar en su primera página.

Oportunamente LA AMÉRICA tuvo ocasión de hablar de este señor, uno de los hombres más eminentes de su país, por su talento natural, su vastísima instrucción, la independencia de su carácter, y su práctica en las cuestiones políticas.

Al señor Calvo, pues, pertenece la dedicatoria que el pueblo argentino le dirige, en nombre de la simpatía que le ha inspirado la gran obra por él realizada en Corrientes.

Dice así:

«Los sucesos, consumándose, vienen uno tras otro, á robustecer la fe que el pueblo argentino deposita en aquel de sus hijos que su voluntad ha elevado sobre los demás, por el período legal, para encaminarlo á sus altos destinos.

Corto tiempo ha trascurrido, señor, desde que, guiado por el génio de la patria, V. E. abrió en su totalidad las fértiles planicies de la desierta pampa argentina á la civilización, al capital, al trabajo y al progreso moderno.

Por primera vez repercute en sus recónditas soledades y páramos, el eco poderoso de la nacionalidad argentina, que se avanza majestuosa á tomar posesión perpetua del hermoso suelo, donde las autoridades y los pueblos, libres y felices, que formarán las provincias nuevas de las generaciones argentinas venideras, tremolarán el glorioso pabellón, á cuya sombra V. E. ha restablecido la integridad del territorio argentino y la plenitud de los derechos constitucionales de sus pueblos; relegando al olvido que merecen nuestras sangrientas, insensatas y vetustas divisiones, para abrir sobre su sepulcro la era fecunda de la libertad verdadera, de la estabilidad y del orden, cuyo avenimiento en esta manifes-

tación espontánea de vuestros conciudadanos queremos celebrar.

La conquista del desierto; su progresiva colonización y organización territorial; la honrosa paz con Chile y los bienes que de ella se derivan; la capital permanente y definitiva de la república, que corona la obra laboriosa de la nacionalidad; los ferro-carriles que suprimen las distancias; el crédito público á la par, que hace posible su construcción; el telégrafo interior, que puede llamarse inter-oceánico, de los Andes al Atlántico y del Estrecho á Bolivia; la confianza pública en la magnanimidad y la prudencia del gobernante, que no ha proscripto á un solo conciudadano, que no ha enlutado una sola familia, que no ha hecho derramar una sola gota de sangre, ni una lágrima de dolor, por causas políticas, son las garantías con que contamos, y son los títulos que os hacen acreedor, señor, al respeto, al afecto, á las simpatías, y á la gratitud de vuestros compatriotas.

La patria, agradecida á los grandes hechos cívicos de sus próceres ilustres, les discierne los honores póstumos á que se han hecho acreedores en vida, cuando la posteridad labra el fallo inapelable y sereno de la historia.

Nosotros, señor, nos anticipamos al juicio seguro del porvenir y contribuimos á fundarlo, al dedicaros este modesto álbum popular, firmándolo como testigos oculares, ante la posteridad, de nuestros grandes hechos contemporáneos.

Y lo hacemos, en testimonio de la profunda fé que abrigamos, de que sabreis, señor, corresponder hasta el fin, á las esperanzas que habeis hecho nacer desde el principio.

La evolución política que V. E. ha iniciado, cerrando con mano hábil la época del desquicio y de la anarquía, para inaugurar la era del orden, del bienestar, de la tranquilidad y de la gloria nacional, cuenta, señor, con el apoyo unánime y entusiasta del pueblo argentino; y al asociarnos á aquella, los firmantes, cada uno en su esfera de acción social y política, tenemos la convicción profunda de llenar un serio deber cívico, agrupándonos al rededor del alto magistrado de nuestra elección, y contribuyendo á hacer compacta la opinión pública, para que ella sea el pedestal granítico sobre el cual se eleve algún día la estatua de V. E., ornada con la oliva de la paz y el laurel de la victoria.

..

Tal es la dedicatoria del álbum que el pueblo argentino presenta al general Roca.

¿De cuántos presidentes americanos habrá podido decirse otro tanto, desde que las Repúblicas del Nuevo Mundo se hicieron independientes?

¡Gloria al que ha conseguido que se lo digan!

El telégrafo nos ha anunciado que el Congreso argentino abrió sus sesiones en los primeros días de este mes de Mayo. Con tal motivo el General Roca presentó el Mensaje que es de práctica, documento que pone de relieve la situación verdaderamente próspera del país.

La República está en paz con todas las naciones.

No tiene cuestión pendiente con ninguna.

La gran Exposición Continental se halla abierta, llevando millares de visitantes de todas partes.

La población sigue en aumento considerable. Las rentas han producido más de lo presupuestado.

Se han fundado nuevos establecimientos de educación, dándoles una organización minuciosa á todos los que existían.

En varios puntos del territorio siguen los trabajos de los ferro-carriles, prolongándose algunas líneas y empezándose otras.

La nueva Casa de Moneda nacional sigue acopiándose.

Ha sido organizado el cuerpo diplomático y consular.

Varios buques de la escuadra andan haciendo viajes de instrucción y exploraciones científicas. Las líneas telégraficas se multiplican.

Estos son, según el telégrafo, algunos de los puntos de que se ocupa el Mensaje presidencial, cuyo texto estará en Madrid dentro de pocos días.

Las Cámaras y el Gobierno provincial de Buenos-Aires se hallaban á su vez ocupados en la designación del punto en que debía establecerse la capital de dicha provincia de Buenos-Aires, pues la ciudad fué declarada capital de la nación.

Con este motivo, el gobernador, doctor Dardo Rocha, había pasado un Mensaje á las Cámaras, proponiendo *La Ensenada* como el punto más apropiado para capital de la provincia.

Ese Mensaje, que ocupaba no ménos de ochenta pliegos de papel, ha venido á demostrar una vez más, las altas dotes de hombre de Estado y de gobierno, del doctor don Dardo Rocha.

Dada su importancia, y lo que la cuestión en sí entraña, nos ocuparemos de ella en un artículo especial, siéndonos grato, desde luego, felicitar al joven magistrado por la forma y el fondo de ese documento, que revela, á la luz de los grandes intereses políticos y materiales del país la conveniencia de levantar la nueva capital en la *Ensenada*, puerto el más hermoso de aquellas vastas costas, situado á pocas leguas de la ciudad, y ligado á ella ya por el ferro-carril.

Entre los cónsules nombrados por el Gobierno argentino, figura el Sr. D. Felipe Augusto Picot, honrado ciudadano francés, que ha vivido treinta años en la República, captándose generales simpatías por su laboriosidad, inteligencia, y la lealtad de su carácter, y al que se ha señalado por residencia la importante ciudad de Marsella.

Conociendo las raras aptitudes del señor Picot, y su entrañable amor á la patria Argentina, desde que nos llegó la noticia de su nombramiento, exclamamos:

¡Ah, si todos los cónsules de la República Argentina fuesen como el señor Picot!

P. DE NAVARRETE.

### FRANCESCA DE RIMINI.

Francesca de Rimini pertenece á todas las artes; ha inspirado á la vez á los poetas, á los pintores, á los escultores y á los músicos. ¡Admirable privilegio del génio! Bastó á Dante evocarla en algunos versos para darle una vida inmortal. La ha creado, por decirlo así; la ha hecho tal como es, y pocos saben de ella más de lo que Alighieri quiso decir. Otras muchas mujeres han caído más interesantes, y, seguramente, más dignas de lástima; pero su memoria se ha perdido ó ha quedado sólo en los anales del crimen, mientras Francesca vivirá, en tanto que haya piedad en el corazón del hombre.

Un erudito francés de mucho ingénió, Mr. Carlos Iriarte, quiso reconstruir el drama, y emprendió la tarea con un cuidado tan minucioso, con una atención tan perseverante que, á ménos que no se descubran nuevos documentos, puede considerarse como terminada definitivamente la información.

Hé aquí las conclusiones á que ha llegado el célebre escritor, y los detalles más interesantes del drama.

Abramos primero la *Divina Comedia* y leamos los versos de belleza incomparable, consagrados por el poeta á la memoria de Francesca.

Dante, con Virgilio, su guía, llega al segundo círculo del infierno, en que los condenados giran arrastrados por una tempestad eterna. Entonces se les aparecen dos sombras, tales como las representa Gustavo Doré en sus ilustraciones al *Infierno*.

«Maestro,—dice Dante á Virgilio,—quisiera hablar á esas dos sombras que van juntas y parecen que vagan en el viento.

Y Virgilio le responde: «Llámalas cuando lleguen cerca de nosotros, en nombre del amor que las impele, y vendrán.

«Cuando el viento las trajo hácia nosotros, levanté la voz:—Oh, almas, venid á hablarnos si no os está prohibido.—

«Como palomas llamadas por el deseo vuelan á su dulce nido á través del aire, con las alas inmóviles y abiertas, llevadas de un solo querer, así salieron estas dos almas de la multitud en que está Dido, viniendo hácia nosotros á través del aire maléfico; tanto poder tuvo sobre ellas mi voz afectuosa.

«Sér afable y benévolo que atravesando esta atmósfera sombría, vienes á visitarnos á nosotros, que hemos teñido el suelo de sangre; si el rey del universo nos fuese propicio, le pediríamos por tu reposo, ya que tienes piedad de nuestra horrible desgracia. Escucharemos lo que quieras decirnos, y te diremos lo que quieras oír, en tanto calle el viento como ahora lo hace. La tierra en que he nacido, está sentada á orillas del mar, allí donde baja el Pó para estar en paz con los ríos que le siguen. El amor que tan pronto se apodera de los corazones más nobles, hizo á éste que ves se enamorase del bello cuerpo de que fuí despojada de un modo que me extremece todavía. El amor, que á ningún sér amado hace merced, me embriagó tanto con la felicidad de mi amante, que, como ves, no me abandona, el amor me condujo á la misma muerte! El círculo de Cain espera á aquél que nos privó de la vida.—

«Tales fueron sus palabras. Cuando oí á estas almas heridas, incliné la frente sobre el pecho, y tanto tiempo la tuve así, que el poeta me dijo:—

«En qué piensas?—

«Cuando pude responder, exclamé:—¡Ay! ¡Qué dulces pensamientos, qué deseos han traído á estos séres á su desgraciado fin!—Luego me volví á ellos y hablé y les dije:—Francesca, tus tormentos me hacen llorar de lástima y tristeza, pero, dime: ¿cómo el amor os permitió conocer vuestros dudosos deseos, en el tiempo de los dulces suspiros?

«Y ella á mí:—No hay mayor dolor que acordarse del tiempo feliz en el infortunio, y ya lo sabe tu maestro, pero si tienes fuerzas para conocer la primera fuente de nuestro amor, haré como el que habla y llora á la vez. Leamos un día, por gusto, cómo el amor se apoderó de Lancelot (1); estábamos solos y confiados; varias veces la lectura hizo que nuestros ojos se encontrasen y cambiasemos de color; pero sólo un pasaje nos perdió. Cuando leíamos cómo aquel amante tan tierno había besado la adorable sonrisa de su amada, éste que nunca se separara de mí, besó mi boca temblorosa.

«El libro y el que lo ha escrito fueron otro Gallehaut... (2). Aquel día no leímos más!—

«Mientras uno de los dos espíritus hablaba así, el otro lloraba tanto que me sentí desfallecer de lástima y caí como cae un cuerpo muerto...»

Hé aquí el relato admirable, el más conmovedor y casto que ha salido nunca de los labios de una mujer. Ahora bien, este relato, ¿contiene una

(1) *Lancelot del Lago, caballero de la tabla redonda*, novela francesa.

(2) En esta novela Gallehaut es quien sirve los amores de Lancelot y Ginebra, y quien lleva á la reina á los brazos del caballero.

verdad histórica ó es simplemente una ficción del poeta? Ya no hay duda posible respecto á esto, y M. Carlos Iriarte, apoyándose en autorizados documentos, afirma que Giovanni di Malatesta, hijo de Malatesta di Veruchio, señor de Rimini, asesino á Francesca, hija de Guido de Lamberto di Polenta, señor de Ravena. Francesca no tenía aún diez y ocho años cuando se casó en 1275 con Giovanni di Malatesta «el cojo», sin haberle visto nunca. Este era feo, grosero y deforme, y un defecto en una cadera le hacia cojear, por lo cual era comúnmente conocido por el *sciancato*. Añadamos que todo el mundo conocia su vida desordenada y su valor y que cuando se unió á Francesca tenía más de treinta años y tendremos su retrato.

En cuanto al tercer personaje del drama, Paolo, el fatal amante de la joven, era hermano de Giovanni, se le llamaba *Paolo il Bello* por su belleza, y estaba también casado desde 1260, en que razones de política le obligaron á unirse, cuando solo tenía 17 años, á Orabela Beatrice, heredera de Uberto, conde de Chioggiolo, de edad entonces de 15 años.

Hé aquí á los autores. Dejemos ahora la palabra á Boccaccio que, en las lecciones que dió en Florencia, contó así el matrimonio, amores y asesinato de Francesca.

Dante había muerto en Setiembre de 1321; en 1373 Boccaccio se expresaba así:

«Francesca era hija de Messer Guido, anciano de Polenta, señor de Ravena y Cervia.

«Después de una guerra larga y cruel entre éste y los señores de Malatesta de Rimini, se trató de la paz, que fué luego concluida por algunos intermediarios. Con objeto de hacerla estable, cada uno de los partidos convino en afirmarla por lazos de familia, y se acordó que Messer Guido diese por mujer á Giancotto, hijo de Messer Malatesta, su hija Francesca joven y hermosa. Tomada esta resolución, y advertidos ella los amigos de Messer Guido, uno de ellos habló así á los demás: «Ved lo que vais á hacer, y cómo se puede evitar; hay en esta union una circunstancia que podría dar lugar á gran escándalo. Debeis conocer el carácter de Francesca y la altivez de su alma; si vé á Giancotto antes que el matrimonio sea un hecho, nadie la decidirá á que se lleve á cabo. Creo, pues, que debeis hacer que Giancotto no venga aquí en persona, sino envíe á uno de sus hermanos que se case por poderes en su lugar.

«Giancotto era valiente y todos sabian que á la muerte de su padre él heredaría el señorío; de aquí que, aunque era feo y deforme, Messer Guido deseaba tenerle por yerno más que á ninguno de sus hermanos; así que conociendo, cuán justo era lo que su amigo le decía, mandó en secreto que todo se hiciera así.

«Llegado el día de la boda, Paolo, hermano de Giancotto, vino á Roma con orden de desposarse con Francesca. Paolo era guapo, seductor y de maneras distinguidas; cuando atravesó con otros nobles el patio de la casa de Guido, una criada, que conocia á los Malatestas, se lo enseñó desde una ventana á Francesca:—Ese es vuestro esposo,—la dijo, y así lo creyó la pobre criatura, que desde aquel momento le entregó su pensamiento y su corazón. Después se firmó artificialmente el contrato de esponsales, y habiendo ido á Rimini Francesca, no se dió cuenta del engaño, de que había sido víctima hasta el día siguiente, en que vio á Giancotto á su lado.

«Es de creer, que al verse de este modo engañada, se encolerizaría, pero sin pensar en otra cosa que en desterrar de su corazón el amor que la había inspirado Paolo. Que más tarde se haya rendido á su cariño no lo he oído decir nunca, y no sé de esto sino lo que Dante ha escrito. Es posible que haya sucedido así; pero me inclino á creer que esta es una ficción basada por el poeta, más bien sobre la posibilidad del hecho que sobre una noción positiva.

«Paolo y Francesca continuaron viviendo en gran familiaridad, y habiendo salido Giancotto de la villa, empezaron á verse sin temor ninguno. Un servidor leal vino en secreto á Rimini, y al ver que Paolo se introducía en las habitaciones de su señora, condujo al marido á la misma puerta del cuarto, cerrada por dentro. Llamó éste á su esposa, se arrojó violentamente sobre la puerta, con todo el peso de su cuerpo; pero Francesca y Paolo le conocieron, y queriendo evitar las consecuencias de su falta, ó á lo ménos disminuir la, Paolo dijo á su amante que abriera, y se dirigió rápidamente á una puerta de escape, que comunicaba el aposento con otro inmediato; pero en su precipitación quedó sujeto á un clavo por el paño de sus vestidos. Francesca abrió, creyendo que estaba sola, y que al hallar la cámara vacía se dispararían las sospechas de su esposo; pero éste vio á Paolo y corrió hácia él con la espada desnuda para herirle. La joven advirtió este movimiento, y para desviarle se interpuso entre los dos; pero Giancotto no pudo detener el golpe y atravesó el pecho de su esposa; y furioso por este incidente—porque la amaba más que á su vida—hirió luego á su hermano y le mató, huyendo al punto, abandonando uno sobre otro los cuerpos, ya sin vida, de los culpables.

«Al día siguiente se les dió honrosa sepultura en medio de la desolación general.»

He aquí lo que dice Boccaccio en su lección, justificando en parte á Giancotto, que no es el asesi-

no voluntario de Francesca; pero estos detalles se separan mucho de otros contemporáneos, que han llegado hasta nosotros, y de la leyenda que quiere que Francesca y Paolo hayan sido heridos por el mismo golpe.

M. Iriarte ha puesto de acuerdo los antiguos cronistas y compulsado sus notas. En general no admiten la fuga de Paolo, ni la muerte involuntaria de Francesca. Hay algunos tan expresivos, que es cuestión harto difícil traducir los términos exactos en que refieren el suceso.

Jacobo Della Luna (1389), dice: Francesca «gira» con Paolo... reprendida varias veces por su esposo, ni uno ni otro se recataron, hasta que un día los halló, «*sus il peccato*» y los pasó con su espada, muriendo uno en brazos de otro.—Fra Giovanni de Sarrasella, que en 1416 escribió unos comentarios á la *Divina Comedia*, por orden del los padres del Concilio, dice sobre esto, con toda la inmunidad que dá el latin: *Hoc lecto Paulus Franciscam intuitus juit et in tali intustu potmerunt ambo, et rubuerunt: tandem habuerunt rem simul. Unus ex familia Gianchotti hoc vidit et revelavit domino suo, qui posui se in istudiis et breviter ambo unum super alium amplexatos interficit.*

Tomasso Diplovatazio, Baldo di Branchi, Teófilo Betti lo cuentan del mismo modo.

Añadamos que—segun M. Iriarte,—el día en que murieron, Francesca tenía veintiocho años y Paolo treinta y cuatro; que aquella dejó una hija llamada Concordia, que la sobrevivió, y que Giancotto se volvió á casar y tuvo otros varios hijos, y habremos reunido todo lo que sabemos y todo lo que importaba saber sobre un drama, cuyo recuerdo ha inmortalizado el génio inmenso del Dante.

LEAR.

### LA HUERTA DEL TIO MARTIN.

En tal situación se hallaba el Tio Martin, cuando presentáronse en la huerta los hijos y el yerno de don Agapito, á cuya sola vista estremeciése el viejo como la hoja en el árbol, recelando que acaso algun nuevo incidente, funesto para él, los llevaba á su presencia.

Muy pronto, sin embargo, logró dominar su profunda emoción, al ver que los hijos se le acercaron con ademán más pacífico de lo que al principio se había imaginado.

El objeto de los hijos de la desgraciada víctima del ferroz Tio Martin era convencer á éste para que fuese á Archidona y tratase de arrancarle á su hijo preso alguna revelación, relativa á la suerte y paradero del infeliz don Agapito, cuyos hijos dieron este paso, recordando la conversacion habida con el sargento Magan al pie del peral, en la que el taimado viejo manifestó que tal vez él conseguiria, si le dejaban libre á José, que éste se espontanease con él y le dijese lo que supiera.

Aun cuando este medio era tan ineficaz y aventurado, como fácilmente se comprende, los infelices hijos de don Agapito, ansiosos de salir de la espantosa duda en que vivían, lo creyeron, sin embargo, útil y asequible, teniendo en cuenta, por otra parte, la lentitud de los trámites judiciales y la obstinacion de los procesados en no decir la verdad en sus declaraciones.

Así, pues, creyeron los infelices que por aquel camino podrían llegar más pronto á salir de su cruel incertidumbre, y á saber algo de su padre, estando muy distantes de sospechar la delincuencia del malvado viejo y su horroroso cinismo, que le había permitido hablar, como lo hizo al pie del árbol citado, es decir, sobre la misma sepultura del infeliz don Agapito.

Sabido por el Tio Martin el deseo de los hijos de su víctima, no tuvo inconveniente en aceptar el encargo que se le daba, prometiendo ir á la cárcel de Archidona, conversar á solas con su hijo, y volver inmediatamente á decirles todo cuanto averiguase.

Los hijos le ofrecieron su agradecimiento y proteccion por este servicio, y el Tio Martin, muy satisfecho de aquellas ofertas y muy gozoso por que nada sospechaban de él, partió sin dilacion á cumplir su cometido, con el propósito firme de hacer luego su composicion de lugar, y decirles únicamente aquello que á su persona conviniese, para entretener el tiempo, ganarles la voluntad, y extraviarlos en sus ulteriores pesquisas.

Pero si el viejo criminal contaba con su astucia y experiencia en la tortuosa senda del mal, que hasta entonces había recorrido con próspera suerte, fiándose en sus artes, en sus protectores y hasta en su buena estrella, no contaba ciertamente con las mudanzas y alteraciones, á que todo está sujeto en el mundo físico y moral.

### CAPÍTULO XLVI.

#### EL DESPERTAR DE LA CONCIENCIA.

El Tio Martin marchó con efecto á Archidona para hacer las averiguaciones prometidas; pero consecuente con su mala ralea y con los hábitos de toda su vida, vió á su hijo y le aconsejó, por el contrario, que á todo trance se mantuviese firme en su reserva y en su negativa.

Así es que gastó algunos días en el viaje, y con aquel pretexto, visitó á varios de sus antiguos compinches y valedores que tenia en aquella comarca, refiriéndoles sus cuitas, pidiéndoles hipócritamente consejos y husmeando cuanto podía para saber á qué atenerse.

Al fin regresó á la huerta, á donde acudieron de nuevo los hijos de don Agapito, y con expresion muy compungida y apesurada, les manifestó que sentia en el alma el no haber podido hacer en su obsequio todo cuanto él deseaba y se había propuesto; pero que no le habían permitido en la cárcel ver á su hijo, porque decían que estaba incomunicado, y

que por lo tanto, se había vuelto con el disgusto de no haber podido complacerlos.

No dejaron de comprender los hijos de don Agapito, bien que vagamente, las marrullerías del Tío Martín, y con este motivo le reconvinieron con aspereza, diciéndole que no tenía buena voluntad en servirlos, porque si quisiera, él podía ayudarles mucho en sus pesquisas, no sólo valiéndose de sus hijos, sino de sus muchos conocimientos con las gentes de mal vivir, y que si no averiguaba el paradero de su desgraciado padre, era porque no le daba la gana; y á estas expresiones añadieron otras, amenazándole y diciéndole que le había de salir muy mal la cuenta, si en aquella cuestión no se ponía de parte de ellos.

Aguantó el viejo aquella tempestad de amenazas y dicerios con la más hipócrita resignación y mansedumbre, manifestando que no tenían razón para maltratarlo así, que él había hecho todo cuanto había podido, y que para en adelante, se comprometía también á hacer todas las averiguaciones que pudiera, dándole cuenta en seguida de cuanto averiguase; en fin, él se dió tal maña, que por entonces consiguió aplacarlos, á la vez que se quedaba con un pretexto muy plausible para abandonar frecuentemente su vivienda y evitar el continuo choque de la Guardia civil de tres provincias y de otros espías, que sin cesar le asediaban.

Los días pasaban, y la familia de don Agapito, despues de más de dos meses de haber pagado el rescate, se hallaba en una ansiedad inexplicable, no perdonando medio alguno de averiguación en aquel triste suceso, no obstante haber visto defraudadas hasta entonces las esperanzas que primero les hizo concebir el Bisco de La Alameda, conocido también por Cagarrache, y despues el Tío Martín.

Ya sabe el lector que los hijos de don Agapito habían puesto en conocimiento de la Guardia civil sus entrevistas con Cagarrache, así como su repentina desaparición del pueblo.

La Guardia, pues, con este dato, practió diligencias, y averiguó más tarde que el tal licenciado de presidio estaba segando en el término de Cañete la Real, provincia de Málaga, á donde luego salió una pareja en su busca, y por cierto que, al intimarle que se diese preso, Cagarrache rompió su hoz, diciendo: «¿Para qué quiero esto, si no me ha de servir más?»

La pareja lo condujo al pueblo de La Alameda, y desde allí á la cárcel de Archidona.

Entretanto el Tío Martín, habiendo sufrido nuevos interrogatorios y registros por la Guardia civil, se ausentó de la huerta y fué á parar al cortijo llamado de las Grajas, término de Lucena, donde tenía una hija casada.

Allí permaneció algunos días, habiendo dejado el cuidado de la huerta á su mujer y á sus hijos, los cuales á su vez, no considerándose allí muy seguros, se fueron á vivir á Casariche.

Pero el Tío Martín que, como ya he dicho, estaba dotado de facultades afectivas muy vehementes, no en el sentido de las afecciones del alma, sino de los más groseros apetitos del cuerpo, no se hallaba muy contento lejos del lecho conyugal, y por lo tanto, ansiando ver á su esposa, abandonó el cortijo donde habitaba con su hija, y tomó el camino para reunirse con ella en la huerta.

Llegó el Tío Martín bestialmente ansioso de abrazar á su esposa, llevando en su cerebro un torbellino de imágenes obscenas, que sólo excitaban en su tosoo y material organismo el hambriento deseo de satisfacer la brutalidad de sus desenfrenados y cenagosos apetitos.

Pero esta misma disposición, no de su ánimo, sino de su sensibilidad animal, aumentó lo rudo y lo aterrador del contraste, que en sus impresiones le aguardaba.

En vez de hallar su apetecido lecho y á su esposa ri-sueña y alegre y celebrando su inesperada visita, solo halló la huerta abandonada, las puertas de la casa por el suelo y sin que nadie, ni aun los animales domésticos, saliesen á recibirlo.

Entró en su vivienda y no encontró alma viviente; llamó á su esposa y á sus hijos y nadie le respondió; subió al sobrado y sólo encontró allí recuerdos que le horrorizaban; volvió á bajar á tientas la escalera, porque la oscuridad era completa, y al desembocar en la cocina y al dirigir la vista hácia el hogar, le pareció que dos ojos de fuego le estaban mirando, y al atravesar el espacio que mediaba hasta la puerta derribada, atrancó maquinalmente, como si temiese pisar el cadáver de Alberto, que le pareció ver en un charco de indeleble sangre.

Despavorido, con los cabellos erizados, conmovido por visiones y recuerdos espantosos, encaminóse instintivamente hasta las chozas, que halló también desiertas, y entonces, desatentado, presa de una excitación febril, de un terror sobrehumano y de una angustia que jamás había sentido, comenzó á recorrer la huerta en todas direcciones, lanzando de tiempo en tiempo una especie de sordo aullido, como un lobo á quien le hubiesen arrebatado su compañera y sus hijuelos, hasta que por último, jadeante, sudoroso y rendido de cansancio, vino á caer al pie del fatídico peral, sobre la misma sepultura de don Agapito y de Alberto.

Largo rato permaneció allí como sujeto por manos invisibles, hasta que mirando con ojos delirantes á un lado y á otro, pareció reconocer el sitio en que se hallaba, y lanzando un grito de indecible espanto, se levantó como impelido por un resorte, y con rapidez vertiginosa huyó de allí para sustraerse á sus remordimientos y á sus terrores.

Pero á donde quiera que posaba su planta, sentía debajo vacilar la tierra, como si se negase á sostenerlo; y entonces, tendiendo los ojos á su alrededor, creía ver salir de todos los ámbitos de la huerta pálidos fantasmas, espectros aterradores, crujientes y blancos esqueletos, que le miraban con sardónica sonrisa y que, gozándose en sus tormentos, le señalaban con los huesosos índices los diferentes sitios en que ellos habían sido sus víctimas y él su verdugo.

La huerta en aquella hora tomó en su imaginación calenturienta la figura de un cementerio, y aquel campo, que tantos atractivos había tenido para él durante largos años, y que en vez de hacerlo fecundo por su honrado trabajo, lo había convertido en una mazmorra de sangre, lágrimas y torturas, le pareció entonces tan odioso, tan árido y tan ne-

gro, como las sombrías profundidades de su conciencia culpable.

Todo su deseo, ó por mejor decir, todo su instinto, se condensó en el vehemente conato de ausentarse de allí; pero temblaba á la idea de moverse y de atravesar por aquellos sitios malditos, que ocultaban tantos crímenes, y cuya superficie le parecía estar á la sazón cubierta con las áscuas del infierno.

Al fin, cerró los ojos, y con presuroso paso abandonó la huerta, como si al dejarla intentase huir de su propia conciencia.

Dando un gran rodeo y atravesando silenciosos y apacibles campos, cubiertos de mieses, llegó ya tarde á las inmediaciones de Casariche; pero sin atreverse á entrar en el pueblo.

¿Qué había sucedido durante su ausencia? Hé aquí la pregunta, que, ya más tranquilo, se formulaba sentado en un paredon, inmediato á las calles de Casariche.

En aquel momento llegó á su oído una voz que, sacándole de su profunda meditación, le dijo:

—¿Qué hace usted aquí, Tío Martín?

El interpelado reconoció á un vecino del pueblo, amigo suyo.

—Aquí estoy descansando.

—Pero, ¿no sabe usted lo que pasa?

—No sé nada. ¿Qué sucede? preguntó el Tío Martín, recobrando instantáneamente su astucia ordinaria, haciéndose de nuevas y ocultando que ya había estado en la huerta.

—Que ha venido la Guardia civil á prenderle á usted, y se han llevado á la tía María y á sus hijos Francisco y Antonio.

Esta noticia impresionó de una manera extraordinaria al Tío Martín, que entonces comenzó á comprender la causa del abandono y soledad de la huerta.

—¿Que se han llevado á mi mujer y á mis hijos! exclamó al fin con acento entre iracundo y asombrado.

—Sí, señor, y si lo ven á usted, en seguida lo prenden.

—¿A mí! ¿Y por qué?

—Eso es lo que yo no sé; pues lo que ha sucedido es, que no encontrándole á usted en la huerta la Guardia civil, vino al pueblo y se los ha llevado á ellos. ¿No le han dicho á usted nada?

—Te digo que no sabía una palabra, porque yo había ido á pasar unos días con mi hija, la que está viviendo en el campo de Lucena, y he vuelto esta noche, se me ha hecho tarde, vengo muy cansado y aquí estaba pensando si me iría á la huerta ó me quedaría en el pueblo.

—Pues usted hará lo que quiera; pero si yo estuviese en su pellejo no entraba en el pueblo; en fin, usted sabrá lo que le conviene. Por mi parte, yo á nadie le diré que le he visto á usted.

—Te agradezco el aviso y la reserva, no porque yo tenga nada que temer, gracias á Dios, sino porque como en este mundo todos tenemos enemigos...

—Sí, señor, á nadie le faltan malas voluntades. Con que buenas noches, y Dios le ayude.

—Anda con Dios, y muchas gracias.

El campesino entró en el pueblo, mientras que el Tío Martín quedose todavía sentado allí, caviloso, pensativo y combatido por contrarios sentimientos y en una situación indecisa, como la luz crepuscular cuando combaten los últimos resplandores del día con las primeras sombras de la noche.

El Tío Martín apenas había podido serenarse de la inmensa perturbación que le habían causado sus pavorosos recuerdos y los implacables remordimientos de su conciencia; y ahora, bajo la impresión todavía de aquella espantosa lucha interna, había recibido una terrible é inesperada noticia, que comunicaba un nuevo rumbo á sus ideas y á todo su sér por medio de una súbita sacudida exterior, cuyo violento choque le empujaba de repente y sin transición alguna, desde las regiones espirituales de la conciencia al camino áspero y positivo de la ruda y pesada realidad de la vida.

A los terrores intensos del remordimiento siguieron bruscamente los terrores que le inspiraba la Guardia civil; á las revelaciones conscientes de la justicia divina siguieron inmediatamente los temores que le inspiraba la justicia humana.

Bajo esta impresión levantose rápidamente, sin pensar, ni querer, ni desear otra cosa, que sustraerse á todo trance á la prision que le amenazaba.

Y entonces, esquivando sendas y caminos al través de los campos, emprendió su marcha, pensando vagamente en buscar un refugio contra sus perseguidores.

Pero, ¿gen dónde buscarlo? ¿Habrá sido débil su mujer, confesando sus delitos? ¿Se habrían mantenido firmes sus hijos? ¿Por qué habrían ido á prenderlo? ¿Estaba ya denunciado por alguno de sus cómplices, ó acaso por la misma enlutada? ¿Habrá oído el secuestrado al mendigo? He aquí las preguntas que á sí mismo se dirigía lleno de ira y espanto.

Aquel hombre, que había trasgado los límites ordinarios de la vida, conservando una fuerza y un vigor indomables, que durante medio siglo había perpetrado crímenes sin cuento, logrando con su hipocresía pasar por un hombre honrado, y sustraerse con inusitada fortuna á todos los peligros, así como también á la acción de la justicia, y que además había encontrado siempre padrinos y valedores que lo protegiesen, aquel hombre, repito, caminaba ahora extraviado por los campos, dudando de su mujer, con la cual soñaba poco antes de una manera voluptuosa, recelando de sus propios hijos, buyendo de su hogar y sin haber encontrado amparo ni aun en aquellos mismos que en otras ocasiones lo habían favorecido con empeño, á trueque de que él compartiese con ellos el fruto de sus rapiñas.

¿Qué poder maldéfico y contrario se había desencadenado contra él y contra todos los suyos? Esta idea le aterraba, lo enfurecía y lo llenaba de confusión y de aturdimiento.

—¿Se ha trocado mi suerte! exclamó el Tío Martín, alzando al estrellado cielo sus ojos fulgurantes, en cuya mirada se contenía una blasfemia. ¿Por qué antes me salía

odo bien y ahora me sale todo mal? ¡Es claro, se le han muerto á uno los mejores padrinos y las mejores madrinas!... La suerte no favorece á los viejos, y además, por guardar reserva no he puesto á otros en su lugar, para que me guarden las espaldas. Por otra parte, los que tanto me han valido, hoy se encuentran en baja... Y esa gente de Córdoba... Desde que yo ví que no respetaban ni al Niño, y que había tenido que fugarse, ya me olió yo la quema... De allí viene el huracán que se ha llevado á tantos compañeros... ¡Qué torpe he sido, cuando me podía haber curado en salud! ¿Me habrá delatado alguno?... Si es así, estoy perdido; pero si así no fuera, todavía me atrevo yo á salir adelante, con tal que alguna autoridad me apadrinase y me oyese, porque yo entonces podría prestarle grandes servicios y descubrirle... ¡Qué desamparado estoy! ¡Maldita sea mi suerte!...

Tales eran los pensamientos que preocupaban al Tío Martín en su noturna marcha, la cual interrumpía á cada instante, aplicando el oído al más mínimo rumor, viendo en cada árbol un guardia civil, creyendo ser descubierto á cada minuto, dando rodeos para no pasar junto á los caseríos, y evitar que los perros ladrasen, ocultándose á cada momento y volviendo luego á seguir su marcha interrumpida, temiendo encontrarse con gente, recelando hasta de su propia sombra.

La noche estaba serena y apacible; la luna esparcía su resplandor suave sobre las campiñas; el aura susurraba en las copas de los árboles, y el canto de las cigarras se confundía, ora con el agorero y compasado grito de la siniestra corneja, ora con los armoniosos tintos del ruiseñor enamorado.

Toda la naturaleza, como un gran pensamiento poético realizado en la materia y difundido en el espacio, exhalaba del cielo, de la tierra y de los vientos voces misteriosas é inefables melodías, que hablaban al sentimiento, despertando esas puras emociones que elevan el alma á la región de lo infinito, y le hacen sentir ese mundo de ideal perfección con que sueña constantemente nuestro deseo.

¿Qué contraste formaba la plácida calma de la tranquila noche, de la plateada luna y de la soledad majestuosa de los campos, con los temores, las sospechas, los recelos, los tumultuosos sentimientos que agitaban el corazón empedernido de aquel malvado!

La pureza de la conciencia es la condición primera para sentir y gozar, con una fruición divina, los saludables encantos de la madre naturaleza.

El Tío Martín, pues, desatentado, inquieto y temeroso, ya caminando con precipitado paso, como si alguien le persiguiese, ya deteniéndose en su marcha, como si recelase que otros agentes de la autoridad le saliesen al encuentro, andubo toda la noche en varias direcciones, esquivando tropezar con los vianlantes y pastores que oía ó divisaba.

En vano se proponía buscar un asilo para sustraerse á su horrorosa inquietud, pues que todo le inspiraba temor, creyendo que llevaba la frente y las manos teñidas en sangre, y que nadie podría mirarlo sin conocer al punto que era un criminal, que huía despavorido para libertarse de los rigores de la justicia humana.

Andando sin cesar, la noche le parecía infinitamente larga, y sin embargo, temblaba de que apareciese el astro del día.

El feroz anciano, maldiciendo su suerte, prosiguió su fuga, sin tomar alimento, sin encontrar reposo, profiriendo espantosas blasfemias y sintiendo por la primera vez en su vida, que aquella noche se hubiesen levantado en su conciencia, implacables y feroces, los gritos de sus remordimientos, que durante tantos años habían permanecido como serpientes dormidas en su seno.

## CAPITULO XLVII.

### LAS REVELACIONES DEL TIO MARTIN.

Mientras el Tío Martín, para quitarse de la huerta, donde era constantemente molestado, había ido á pasar algunos días con su hija en el citado cortijo de las Grajas, sucedió que el jefe de la Guardia civil de la línea de Estepa, don José Pérez y Pérez, que ya había estado en la casa del viejo hortelano, encontró vehementes indicios de que aquel era el caserío donde habían tenido secuestrado al joven Reina.

Este distinguido jefe tomó con gran empeño el averiguar si el caserío en que tuvieron encerrado á dicho joven, estaba dentro de su jurisdicción, y por lo tanto, de acuerdo con el gobernador de Sevilla y con el comandante de la Guardia civil de la misma provincia, volvió á el Arahál para adquirir noticias y precisar las señas de la habitación en que había estado el cautivo.

No se manifestaba éste propicio á secundar aquel empeño, pero á pesar de su discreción y reserva, no pudo excusarse de manifestar las circunstancias de la habitación en que lo habían tenido recluso, y entonces recordó el señor Pérez que todas las señas y circunstancias convenían con las de la casa del Tío Martín, por cuyo motivo procedió á practicar un nuevo registro, á fin de confirmar hasta la evidencia sus indicios y sospechas.

Llegó, pues, el referido jefe con sus guardias á la huerta del Tío Martín, y viendo la puerta cerrada, llamó repetidas veces hasta que se convenció de que no querían abrir la puerta, en cuyo caso la derribaron; penetraron en la casa, y reconociendo minuciosamente el desván, encontró confirmadas todas las señas, como los nueve escalones, los tres ventanillos, y hasta la circunstancia de seguir uno de ellos tapado con un capacho.

En vista de tal coincidencia, más los antecedentes sospechosos que ya tenía del dueño de la casa y de la huerta, juzgó indispensable buscar á los moradores en Casariche, donde sólo encontró á la mujer del Tío Martín y sus hijos Francisco y Antonio, llevándose á los tres presos á Estepa, á cuyo juzgado pertenecen Casariche y la huerta.

Al mismo tiempo, el referido jefe de la línea de Estepa, con actividad y celo dignos de elogio, adoptó las disposiciones convenientes para que la fuerza de su mando buscara al Tío Martín, y procediese á su captura como cómplice en el secuestro del joven Reina.

Entretanto había ocurrido el robo de unas yeguas en Antequera, que pertenecían á don Francisco Gonzalez Agua-

yo, vecino de dicha población, y en cuya busca practicaba las más activas diligencias el benemérito cuerpo de la Guardia civil.

Ahora bien; el Tío Martín, acosado por sus temores y remordimientos, desfallecido de hambre, rendido de cansancio, con el rostro descompuesto y con evidentes muestras de turbación y recelo, había llegado á una choza donde estaba un mozalvete, al cual le pidió algo de comer, ofreciéndole pagarlo; pero como aquel le respondiese que nada tenía que darle, el viejo, entregándole una peseta, le suplicó que fuese al inmediato pueblo de Bobadilla, y le comprase pan y tabaco.

El mozueto aceptó el encargo, mientras que el Tío Martín se quedó en la referida choza, esperando su regreso; mas acació que al salir del estanco el joven mandadero, encontró á un sargento de la Guardia civil que le conocía, y el cual le preguntó:

—¿Qué llevas ahí?

—Pan y tabaco.

—Y para quién llevas eso?

—Para un hombre que ha llegado allí á la choza y me ha pedido de comer, y yo le dije que no tenía que darle; y entonces me rogó por favor que viniera á comprarle pan y tabaco.

—Y por qué no ha venido él?

—No sé; pero me dijo que él no podía venir... y que le hiciera por Dios este favor, y he venido.

No se necesitaba más para que el citado sargento se imaginase en seguida que el tal hombre, que así rehusaba entrar en poblado, debía ser alguno de los ladrones de las yeguas de don Francisco Gonzalez Aguayo.

En vista de esta suposición, el sargento siguió al mozueto con otro guardia, y poco rato despues el Tío Martín fué preso y conducido á Bobadilla por indocumentado.

Allí, en presencia del alcalde, se le interrogó más minuciosamente respecto al motivo que le había llevado á aquella comarca, y á su repugnancia á entrar en el pueblo; pero al ver la turbación del Tío Martín, y notando las contradicciones en que incurria, el mismo alcalde le aconsejó al sargento que lo llevase preso á Antequera.

Hízolo así, conduciéndole á la casa-cuartel de la Guardia civil en dicha población, donde interrogado de nuevo, dió lugar con sus respuestas á que se le creyese criminal; pero no pudiendo lograr la Guardia civil que el viejo saliese de su reserva sospechosa, y no encontrando ningun motivo concreto para ponerlo á disposición del juzgado, estimó lo más oportuno dar cuenta á el Alcalde, á fin de que éste se informase de los antecedentes de aquel hombre, y ver de averiguar si era cómplice en el robo de las yeguas, que por entonces tanto preocupaba á las autoridades de Antequera.

Acudió al cuartel el alcalde don Antonio Granados Espinosa, acompañado del jefe de la Guardia municipal, don José Ruiz Sanchez, que por cierto se había hecho temer de la gente de mal vivir de Antequera.

Entonces le preguntaron por el consabido robo de las yeguas, del cual nada sabía el Tío Martín; pero no obstante, Granados y Ruiz, por su porte y respuestas, sospecharon que aquel hombre era delincuente, por cuyo motivo el jefe de la Guardia municipal le preguntó:

—¿No me conoce usted á mí?

—No, señor.

—Yo soy Ruiz.

—¡Ah! exclamó turbado el Tío Martín. No le conocía á usted personalmente; pero sí de oídas.

—¿Y á quién le ha oído usted nombrarme?

—A los muchachos.

—¿Y quiénes son esos muchachos? preguntó Ruiz.

—Yo le diré á usted; como he vivido siempre en el campo, y allí tiene uno que estar á merced de todo el mundo, les he oído contar lo que usted hacía con ellos, y la verdad, no le tienen á usted mucha ley.

—¿Y quiénes son esos que me quieren tan bien?

—Yo le he oído hablar de usted á un tal Antonio Romero, que le conocen por Alberto, y á un cojo que lo llaman Carreras.

—¿Y qué decían?

—Que usted trataba á la gente á la baqueta.

—Yo trataré mal á los tunos; pero no á los hombres que me sirven y quieren ser amigos míos.

Estas palabras astutamente aventuradas por Ruiz, no cayeron en saco roto, pues que el Tío Martín las recogió, imaginándose á su vez que Ruiz podía también servirle.

—Será lo que usted dice; pero yo no he hecho más que repetir lo que he oído, y eso porque usted me lo ha preguntado, repuso el viejo.

—Pues ya que usted conoce á Alberto, sabrá su paradero.

—Yo no sé nada; pero si usted quiere buscarlo, me parece trabajo perdido.

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque ya hace tiempo que no le veo, y dicen que ya no anda por estas tierras.

—¿Y sabe usted á dónde se ha ido?

—No, señor.

—¿Y podría usted averiguarlo?

—Hombre, yo no se si preguntando se podría averiguar algo. ¿Le interesa á usted mucho? preguntó el Tío Martín, alzando la cabeza y clavando sus ojos en Ruiz, que respondió:

—A la autoridad le interesa siempre saber el paradero de un desertor de presidio, y por eso lo busco, y aún daría cualquier cosa buena por encontrarlo.

—Pues me parece que no debe usted molestarse mucho en buscarlo.

—Ese es mi deber, y yo quiero cumplirlo.

—Es que hay cosas que no se pueden cumplir aunque se quiera.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Nada, que no se puede siempre lo que se quiere.

—Vamos, buen viejo, usted sabe más de lo que dice, replicó Ruiz con voz insinuante y muy convencido de que, en efecto, el Tío Martín guardaba reserva.

Entonces Ruiz sospechó que acaso el viejo no se espon-

taneaba por temor de comprometerse delante del alcalde y de la Guardia civil, y por lo tanto, llamando á unos y á otros aparte, les manifestó la conveniencia de que lo dejaran á solas con el viejo, para ver si conseguía de algun modo ganarse su voluntad para que cantase.

El alcalde y los guardias, animados del mejor desseo, accedieron á la indicación de Ruiz, que condujo al Tío Martín á la cuadra del cuartel, en donde con halagos y promesas le dijo, que había conocido que él sabía cosas que no declaraba; que el decir la verdad no le comprometía en nada, si era inocente; y que aun cuando no lo fuera, él tenía mucha mano con el alcalde, y que desde luego le aseguraba, que entre ámbos lo sacarian adelante de cualquier mal paso que hubiese dado, pudiendo contar con su protección decidida, si él se prestaba á secundar los deseos de la autoridad, revelando todo cuanto supiese de Alberto y de otros criminales.

Esta proposición agradó sobremanera al Tío Martín; aunque al pronto se guardó muy bien de manifestarlo.

En efecto, la idea de la protección y del padrazgo en los criminales de Andalucía es tan enérgica, poderosa, tradicional y consuetudinaria, que una vez convencidos de que personas influyentes se declaran en su favor y están dispuestas á servirlos, deponen toda su desconfianza, y no vacilan en confesar los más atroces delitos, imaginándose que pueden quedar impunes, si tienen buen padrino.

—Yo le aseguro á usted, que el alcalde y yo haremos por usted lo imposible, siempre que nos diga todo lo que sepa.

—Eso se dice muy bien ahora, respondió el Tío Martín; pero luego cuando vienen las apreturas, lo dejan á uno en las astas del toro.

—Usted diga todo lo que sepa, y yo le respondo á usted de que lo sacaremos en palmas, ó hemos de poder poco.

—No es menester que nadie me saque en palmas, porque yo no he cometido delito ninguno.

—Pues entonces, ¿qué teme usted?

—Yo lo que temo es, que por hablar se me lie una culebra al pescuezo, que me ahogue.

—No tenga usted cuidado por eso, pues por lo que á mí se me diga, no se compromete nadie.

—Ya ve usted, como uno está en el campo y ve y oye cosas... En fin, yo no quisiera que, sin comerlo ni beberlo, me armen un alzapicé y tenga yo que sentir, nada más que porirme de la lengua.

—Al contrario, buen viejo, usted prestará un gran servicio y tendrá padrinos que le protejan, porque merecerá usted un premio por denunciar á la autoridad lo que otros hayan hecho; pues lo culpable sería saber que se han cometido robos ó cualesquiera otros delitos, y no delatarlos.

El Tío Martín, que en aquellos días se encontraba tan desamparado por haber perdido sus antiguos valedores, vió el cielo abierto, como suele decirse, al oír las palabras y propuestas del astuto Ruiz; y en aquel mismo instante concibió la idea de acoger aquellos ofrecimientos, confiando en que él sabría darse tal maña, que conseguiría prestar grandes servicios al alcalde y al jefe de la Guardia municipal, revelándoles grandes cosas, sin que él apareciese culpable.

Así, pues, con el propósito de vender y delatar á todos sus cómplices, si era necesario, á trueque de conseguir su propia salvación, el Tío Martín apresuró á responder:

—Pues sí usted y el señor Alcalde se deciden á ser mis padrinos, y me aseguran que yo no tendré que sentir por lo que les diga, yo manifestaré el paradero de Alberto y otras cosas.

—El alcalde le asegurará á usted lo mismo que yo le digo, y si usted quiere oírlo de su propia boca, vamos á buscarle y se convencerá usted de que es verdad todo cuanto yo le he prometido.

—Vamos donde usted quiera.

Y Ruiz y el viejo salieron de la cuadra, yendo á reunirse con el alcalde, al cual le manifestó el jefe de la Guardia municipal todo lo que había sucedido.

El Alcalde aceptó muy gustoso la propuesta, ofreciéndose de la manera más expresiva á favorecer al Tío Martín en todo y por todo, según y conforme le había manifestado previamente Ruiz.

Con estas promesas, el redomado viejo no tuvo ya inconveniente en espontanearse, si bien refiriendo los sucesos á su modo y sin más norte ni guía que su propia conveniencia.

—Vamos á ver, dijo Ruiz, yo hace mucho tiempo que busco á Alberto y tengo grandísimo empeño en hacerle preso. ¿Puede usted ayudarme para conseguirlo?

Al oír esta pregunta, una sonrisa diabólica vagó por los labios del Tío Martín, que repuso:

—Ya he dicho á usted que no debe molestarse en buscarlo.

—¿Por qué?

—Porque Alberto ya no puede dar ruido.

—¿Pues ha muerto? terció el alcalde.

—Sí, señor.

Una sospecha cruzó entonces por la mente del alcalde, y fué que receló que aquel viejo marrajo tal vez se proponía desorientar á las autoridades, diciendo que había muerto el desertor de presidio, con la mira de salvarlo.

Aquella misma sospecha se reflejó en el ánimo de Ruiz, el cual le preguntó:

—¿Y cómo es que habiendo muerto no lo saben las autoridades?

—Pues ahí verá usted; yo lo sé y lo digo para que no se causen ya en buscarlo.

—Pero no basta que usted lo diga; es necesario probarlo.

—Pues lo probaré, si no basta mi palabra.

—¿Cuándo ha muerto?

—Hace ya muy cerca de tres meses.

—¿Y de qué murió?

—De una puñalada que le dió el cojo Carreras.

—¿Y dónde está enterrado?

—En el campo.

—¿Y sabe usted el sitio?

—Sí, señor; como que yo mismo, obligado á la fuerza, tuve que enterrarlo.

El alcalde y Ruiz cambiaron una mirada de asombro,

comprendiendo que las revelaciones del viejo eran de más importancia de lo que al principio se habían imaginado.

—Pues vamos, dijo el alcalde, cuente usted todo lo que sepa, en la seguridad de que presta un gran servicio á las autoridades y de que, lejos de traerle sus revelaciones ningun disgusto, por el contrario encontrará en nosotros la protección más decidida.

El Tío Martín oyó muy satisfecho estas palabras, que tan perfectamente respondían á sus más vivos deseos.

—Ya saben ustedes, dijo el Tío Martín, lo que es vivir en el campo, y que está uno siempre á merced de los contrabandistas, de los ladrones y de toda la gente de mal vivir, y que no hay más remedio que oír, ver y callar, porque si no está uno bien con los tunantes, le pegan fuego á la pobreza que uno tiene, ó le dan una puñalada ó un trabucazo.

—Sí, señor, respondieron á una el alcalde y Ruiz; esa es una desgracia inevitable para los que habitan en el campo.

—Pues bien; yo estaba en mi huerta en paz y en gracia de Dios, cuando una noche llegaron allí ese Alberto y unos amigos suyos, que acompañaban á un pobrecito viejo que decían era de La Alameda y que estaba enfermo, y me mandaron que lo tuviese allí unos días, hasta ver si se mejoraba con los aires sanos de la huerta.

El alcalde y Ruiz, que tenían noticia del secuestro de don Agapito Delgado, comprendieron al punto la inmensa trascendencia de aquella revelación tan inesperada.

El Tío Martín continuó:

—Alberto y sus compañeros, cuando yo les dije que no tenía ni comodidad ni gusto en tener huéspedes en mi casa, me amenazaron con matarme si no lo admitía, sin decirle nada á nadie; y que en cuanto á darle de comer, el viejo se contentaría con lo que yo comiese, y que además me lo pagarían. Yo, en vista de esto, aunque con gran repugnancia, admití al viejo en mi casa y lo traté como á un amigo, porque aquel hombre era un alma de Dios; pero al cabo de algunos días, volvió Alberto con sus amigos, y entraron á ver al viejo, y lo que hablaron allí entre ellos yo no lo sé, porque no estaba presente; lo único que sé es que se armó una pendencia entre ellos de mil demonios, y cuando acudí á las voces y al ruido, me encontré al pobrecito del viejo que lo habían ahogado, y á Alberto, con las ansias de la muerte y tendido en un charco de sangre. ¡Figúrense ustedes cómo yo me pondría al ver esta perdición dentro de mi casa!

—¿Qué escena tan horrorosa! exclamó el alcalde.

—Continúe usted, añadió Ruiz.

—Los amigos de Alberto se marcharon, dejándome allí aquellos dos hombres muertos, amenazándome que me cortarían la cabeza si no les enterraba y callaba el pico. ¡Qué fatigas pasé yo para quitar del medio aquellos dos hombres y lavar la sangre! A cada momento estaba temiendo que llegase algun extraño y viese aquello, y que pagase yo sin tener culpa ninguna. Al fin quiso Dios que todo se pudiese arreglar sin que nadie lo viera, ni lo haya sabido hasta ahora más que ustedes; pero por Dios y por la Virgen Santísima, les pido que ya que me he confiado en sus promesas, me sirvan ustedes de padrinos, y no tenga yo que sentir sin comerlo ni beberlo.

—Usted no tiene responsabilidad ninguna, si todo pasó como usted lo cuenta, dijo el alcalde.

—¿Y cómo supo usted que Carreras mató á Alberto? preguntó Ruiz.

—Porque se lo oí decir á ellos.

—¿Y quién mató al viejo de la Alameda?

—Segun dijeron, tambien habia sido Carreras.

—¿Y usted no podrá decirnos quiénes eran los demás cómplices?

—Si los viera, los conocería; pero por su nombre, no conozco más que á Carreras.

Grande impresion causaron en el ánimo del alcalde y de Ruiz las trágicas y sorprendentes revelaciones del Tío Martín, que se manifestó dispuesto á acompañarlos á la huerta, para probarlos evidentemente la exactitud de su relato.

El alcalde y Ruiz aceptaron la oferta del marrullero viejo, tratándole muy afectuosamente, bien que sin dejar por esto de ponerle á buen recaudo, mientras se concertaban con la Guardia civil acerca de lo que debía hacerse en aquel singular y extraordinario caso.

## CAPITULO XLVIII.

## LA EXHUMACION.

Puestos de acuerdo con la Guardia civil el alcalde y el jefe de la Guardia municipal, determinaron partir inmediatamente en el tren para Casariche, á fin de comprobar sobre el terreno todas las declaraciones hechas por el Tío Martín, pero ántes avisaron al jefe de la línea de Antequera, el sudicho don Francisco García, que tan vivo interés se había tomado por la desgraciada familia de don Agapito, y que precisamente, á la sazón, se hallaba en La Alameda haciendo averiguaciones.

El mencionado aviso, que llevó una pareja de la Guardia civil, se limitaba á expresar que se iba á hacer por el alcalde de Antequera un importante reconocimiento en la huerta del Tío Martín y la conveniencia de que se pusiese inmediatamente en camino para dicho punto, como así lo verificó, acompañado de una pareja, si bien ántes de su partida comunicó á los hijos de don Agapito lo que ocurría.

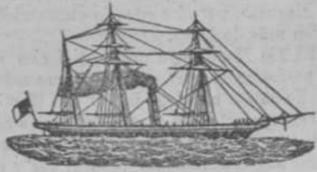
El alcalde, señor Granados, el jefe de la Guardia municipal, Ruiz, y el sargento Martínez, acompañados de algunos guardias, salieron con el Tío Martín de Antequera en la tarde del 15 de Julio de 1870; y llegados que fueron á la estacion de Casariche, el hipérita viejo les suplicó que se le permitiese bajarse por el lado opuesto al de costumbre, á fin de sustraerse á las miradas de la gente del pueblo, en atención á que era muy conocido y á su deseo de no dar escándalo y de que nadie se enterase de la operacion que se iba á practicar, temeroso, según decía, de la venganza de los malhechores.

Los que acompañaban al Tío Martín no tuvieron inconveniente en acceder á su demanda.

JULIAN ZUGASTI.

(Continuará).

# ANUNCIOS.



VAPORES-CORREOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA.  
(ANTES A. LOPEZ Y COMPANIA).

### SERVICIO PARA PUERTO-RICO Y LA HABANA.

Salidas: de Barcelona los días 4 y 25 de cada mes; de Valencia el 5, de Málaga 7 y 27; de Cádiz 10 y 30; de Santander el 20; y de la Coruña el 21.

NOTA. Los vapores que salen de Cádiz el 10 hacen la escala de las Palmas (Canarias).

Se expenden tambien billetes directos para MAYAGÜEZ, PONCE, SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS, con trasbordo en Puerto-Rico ó Habana.

Rebajas á familias y platos convencionales para aposentos mayores que os correspondientes ó de gran lujo.

Los pasajes de 3.ª clase acaban de fijarse en 35 duros.

Idem de 3.ª preferentes con mayores comodidades á 50 duros á Puerto-Rico y 60 duros á la Habana.

Para más detalles dirigirse á Julian Moreno, Alcalá, 28, Madrid.—D. Ripoll y Compañía, Barcelona.—A. Lopez y Compañía, Cádiz.—Angel B. Perez y Compañía, Santander.—E. da Guarda, Coruña.

CASA GENERAL DE TRASPORTES  
DE  
**JULIAN MORENO**  
CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES  
1.ª MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,  
Y  
UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.ª  
MADRID.—ALCALÁ, 28.  
**PALACIOS Y GOYOAGA**  
SASTRES.  
3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3

## TRADICIONES DE TOLEDO POR

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

Esta obra, tan encomiada por la prensa y que consta de 316 páginas de esmerada impresion y excelente papel satinado, se halla de venta en Madrid en las principales librerías al precio de diez reales.

Los Sres. Montoya y Compañía, —Caños, 1,—son los encargados de servir los pedidos que vengan acompañados de su importe.

## VENTA DE SOLARES Y TERRENOS CALLE DEL SUR, 16

Dirigirse: Fuencarral, 39, portería.

EDMUNDO DE AMICIS

## MARRUECOS

Traducción española, con permiso del autor, y noticia biográfica del mismo, por

JOSÉ MUÑOZ CARRO

Un volumen de 450 páginas.—Se vende al precio de 3'50 pesetas.—Los pedidos acompañados de su importe á Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, librería, Madrid.

### BANCO HISPANO-COLONIAL

Situacion en 30 de Abril de 1882.

	Posetas.	Cénts.
<b>ACTIVO.</b>		
Accionistas	75.000.000	
Caja	10.983.636'71	
Cartera: valores varios	61.012.725'84	
Préstamos	4.995.000	
Banqueros	6.319.320'73	
Deudores varios	13.435.592'13	
Gastos: { Amortizables	1.000.000	
{ Generales	157.846'90	
Depósitos en custodia	123.615.300	
	<b>296.519.422'31</b>	
<b>PASIVO.</b>		
Capital	150.000.000	
Acreedores varios	19.385.613'96	
Reserva de beneficios del quinto año	2.425.734'72	
Beneficios y pérdidas	1.092.773'62	
Acreedores por depósitos en custodia	123.615.300	
	<b>296.519.422'31</b>	

Barcelona 8 de Mayo de 1882.—El Contador, Joaquin Soldevila.—V.º B.º—El Vice-gerente, P. Aleu Arandes.

### BANCO DE ESPAÑA.

Debiendo aplicarse en cada trimestre al pago de intereses y amortizacion de la Deuda al 4 por 100 la suma de 22.625.000 pesetas, cuarta parte de la anualidad de 90.500.000 que determina el art. 3.º de la ley de 9 de Diciembre de 1881, corresponden en justa proporcion, por ambos conceptos, á cada una de las cinco series en que se halla dividida la emision, las cantidades siguientes:

A la serie A	1.131.250
» » B	3.393.750
» » C	6.787.500
» » D	4.525.000
» » E	6.787.500

En suma... 22.625.000 pesetas.

Las diferencias que en cada sorteo puedan resultar de más y de ménos en las cuotas trimestrales fijadas para intereses y amortizacion, por la necesidad de acomodarse á lotes cabales, se tendrán en cuenta y se compensarán convenientemente en los sorteos sucesivos.

Para cada serie se hará un sorteo independiente, introduciendo en un globo las bolas que representan los títulos que de cada una existen en circulacion, y extrayendo á la suerte las que corresponden á la amortizacion del trimestre vencido en 1.º de Julio próximo, segun el detalle siguiente:

Series	Bolas que representan.	Capital.	Bolas que han que re-sentan.	Capital amortizado.	A pagar por intereses.	Total de intereses y amortizacion.
A	17.924	179.540	47	235.000	897.700	1.132.700
B	10.772	107.720	28	700.000	2.693.000	3.393.000
C	10.772	107.720	28	1.400.000	5.386.000	6.786.000
D	2.873	28.730	8	1.000.000	3.591.250	4.591.250
E	2.154	21.540	5	1.250.000	5.385.000	6.635.000
	44.525	445.250	116	4.585.000	17.952.950	22.537.950

Los sorteos tendrán lugar públicamente en el Salon de juntas generales del Banco, sito en la casa calle de Atocha, núm. 32, el día 1.º de Junio próximo, á la una de la tarde, y los presidirá el gobernador, ó un sub-gobernador, asistiendo además una comision del Consejo, el secretario y el interventor.

Las bolas sorteables se expondrán al público para su examen antes de introducirse en el globo; así como las amortizadas en el primer sorteo celebrado el día 20 de Marzo último.

La Administracion del Banco anunciará en los periódicos oficiales los números de los títulos á que haya correspondido la amortizacion, y dejará expuestas al público para su comprobacion las bolas que hayan salido en los sorteos.

Oportunamente se publicarán las reglas á que ha de sujetarse el cobro de intereses y amortizacion.

Madrid 12 de Mayo de 1882.—El secretario, Juan de Morales y Serano.

### BANCO DE ESPAÑA.

El Consejo de Gobierno ha acordado se pongan en circulacion billetes de las series de 50 y 100 pesetas de la emision de 1.º de Enero de 1878, así en Madrid como en las sucursales.

Madrid 25 de Mayo de 1882.—El secretario, Juan de Morales y Serano.

### BANCO HISPANO

COLONIAL.

Con arreglo á lo dispuesto en el artículo 1.º del Real decreto de 12 de Junio de 1880, tendrá lugar el octavo sorteo de amortizacion de los billetes hipotecarios del Tesoro de la isla de Cuba el día 1.º de Junio próximo, cuya amortizacion, conforme á la Real orden de 26 del mismo Junio, se hará como los anteriores por milésimas partes, debiendo amortizarse en este octavo trimestre 6.000 billetes de los 750 000 emitidos.

El sorteo se verificará públicamente en Barcelona, en la sala de sesiones de este Banco, á las once de la mañana del referido día 1.º de Junio, y lo presidirá el presidente del Banco ó quien haga sus veces, asistiendo además la comision ejecutiva, director-gerente, contador y secretario general. Del acto dará té un notario, segun lo previene el real decreto de 12 de Junio de 1880.

Antes de introducirse en el globo destinado al efecto, se expondrán al público las 852 bolas sorteables y se extraerán de ellas ocho, cuyos números quedarán amortizados en cada uno de los 750 millares de los títulos emitidos; resultando, por consecuencia, amortizados los 6.000 billetes correspondientes á este sorteo.

El Banco publicará en los periódicos oficiales los números de los billetes que en cada millar queden amortizados, y dejará expuestas al público en este establecimiento, calle Ancha, núm. 3, las bolas que hayan salido en el sorteo.

Barcelona 15 de Mayo de 1882.—El gerente, P. de Sotolongo.

### BANCO HIPOTECARIO

DE ESPAÑA.

Préstamos al 5 por 100 de interés en cédulas.

Préstamos al 5 y medio por 100 en metálico.

Deseoso este Banco de promover y facilitar los préstamos en beneficio de los propietarios, ha acordado hacer á quienes lo soliciten préstamos en cédulas al 5 por 100 de interés. El Banco comprará las cédulas.

Al mismo tiempo continúa haciendo préstamos al 5 y medio por 100 en metálico.

Las condiciones comunes á unos y otros son las siguientes:

Este Banco hace los préstamos desde cinco á cincuenta años con primera hipoteca sobre fincas rústicas y urbanas, dando hasta el 50 por 100 de su valor, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, sobre los que sólo presta la tercera parte de su valor.

Terminadas las cincuenta anualidades ó las que se hayan pactado, queda la finca libre para el propietario sin necesidad de ningun gasto ni tener entonces que reembolsar parte alguna del capital.

La cantidad destinada á la amortizacion varía segun la duracion del préstamo.

### ADVERTENCIA IMPORTANTE

El prestatario que al pedir el préstamo envíe una relacion clara, aunque sea breve, de sus títulos de propiedad, obtendrá una contestacion inmediata sobre si es posible el préstamo, y tendrá mucho adelantado para que el préstamo se conceda con

la mayor celeridad, si hay términos hábiles.—En la contestacion se le prevendrá lo que ha de hacer para completar su titulacion en caso de que fuere necesario.

Admite tambien el Banco Hipotecario valores en custodia é imposiciones en cuenta corriente con interés.

### OBRAS NUEVAS.

UN VIAJE A PARIS POR EMILIO Castelar, seguido de un guia descriptivo de París y sus cercanías, por L. Taboada.

Si París no es ya para muchos el cerebro del mundo civilizado, es sin duda para todos el corazon que regula y difunde el movimiento de las ideas. Por esto conviene siempre conocer ese foco donde se concentra é irradia á la vez toda la vida de nuestro siglo. Y este libro presenta la gran ciudad en una de las crisis más trascendentales de su dramática historia; el período en que se estableció por tercera vez la República, está iluminado, más que descrito, por un pincel inimitable: la pluma de Castelar.

Pareciosis que completaría el conocimiento de ese fecundo escenario un guia de París y sus cercanías, cuyo mérito consiste principalmente en la abundancia de útiles noticias y en el método y la claridad de su exposicion. Con él son, en verdad, innecesarios los servicios de modestos y costosos tutores. Los suple sobradamente un precioso plano de París y los del Louvre, sin cuyo auxilio no podrán recorrerse aquellas vastas y ricas galerías.

Todo está contenido en un tomo manuable de unas 600 páginas, de letra compacta, que se vende á reales..... 20

### LA AMERICA

Año XXIII

Este periódico quincenal, redactado por los primeros escritores de Europa y América, y muy parecido por su índole é importancia á la REVISTA DE AMBOS MUNDOS, se ha publicado sin interrupcion durante diez y nueve años. En él han visto la luz más de ocho mil artículos, todos originales y escritos expresamente por sus numerosos colaboradores, lo que puede justificarse consultando el índice que figura al fin de cada tomo. Para comprender toda su importancia, bastará decir que el Gobierno español, años hace, lo ha recomendado de real orden á los capitanes generales y gobernadores de la Isla de Cuba, Puerto-Rico y Filipinas; así es que nuestra REVISTA UNIVERSAL cuenta en dichos países con numerosos suscriptores, como en toda la América, España, Francia, Inglaterra y el resto de Europa. El número de nuestros comisionados ó corresponsales excede de 400.

LA REVISTA UNIVERSAL consta de 8 páginas (4 pliegos marca española) y hace tres grandes ediciones: una para España y el extranjero, esto es, toda Europa y Filipinas.

Agente general en la Isla de Cuba el Sr. D. Alejandro Chao, director del acreditado establecimiento LA PROPAGANDA LITERARIA.

Precio de suscripcion en España, 24 rs. trimestre.

En el Extranjero 40 francos. En Ultramar, 12 pesos fuertes.

Precio de los anuncios, 4 reales línea.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LOS SEÑORES M. P. MONTOYA Y C.ª Caños 1.